

Relaciones peligrosas

Ally Blake

Relaciones peligrosas
Allt Blake

Relaciones peligrosas (4.6.2008)
Título Original: Falling for the Rebel Heir (2008)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2199
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Hudson Bennington y Kendall York

Argumento:

Lo único que ella deseaba era sentirse segura… Él, sin embargo, amaba el peligro.

Desde el accidente que se había llevado a su prometido y la había dejado herida, Kendall York buscaba seguridad y tranquilidad, por lo que nunca salía de su pueblo.
Al volver de su última misión como corresponsal de guerra, Hudson Bennington encontró a Kendall nadando en la piscina de su casa… y le encantó.

Sus vidas eran completamente diferentes, pero Hudson deseaba aliviar el dolor que el pasado había provocado en Kendall. ¿Se atrevería ella a confiar en que Hudson estaría a su lado en el futuro?

Capítulo 1

HUD SE colgó al hombro su destartalada mochila mientras observaba la fachada de Claudel, la gran casa antigua que se alzaba ante él. La hiedra trepaba sobre los muros externos de mampostería; los escalones de mármol estaban cubiertos de moho; los ventanales delicadamente enmarcados estaban salpicados del fango que se había acumulado con las tormentas a lo largo de los años; al tejado gris a dos aguas le faltaban tejas y las canaletas estaban cubiertas de hojas.

Pero ni siquiera una década, reflejada en el abandonado estado de la casa, podía acabar con los recuerdos de los días de sol que había pasado con su tía en la casa grande durante los incontables veranos en los que sus padres se habían marchado, dejándolo atrás, a vivir aventuras por tierras lejanas para autentificar nuevos descubrimientos sobre civilizaciones perdidas. Podía verse tumbado sobre la fresca hierba a un lado de la casa leyendo las ediciones originales de la Tía Fay de *Las Crónicas de Narnia* e imaginándose que era un fauno o un león o, aún mejor, uno de los cuatro hermanos Pevensie que tomaban parte en aquellas aventuras. Juntos.

Respiró hondo decidiendo dejar la casa y el aluvión de recuerdos que ésta le despertaba para más tarde y así giró a la izquierda para adentrarse en el colosal jardín de Claudel y encontrarlo en un estado todavía más lamentable.

Lo que una vez había sido un césped verde y perfecto, abarrotado de mazos de croquet y bordeado por un impresionante jardín que exhibía esculturas de mármol dignas de una galería de arte, se había convertido en un caos infestado de maleza y de hierba. Las coníferas, que tan delicadamente habían sido cuidadas y cortadas, ahora crecían indómitas y mostraban ramas partidas por la fuerza de las tormentas. Las álsines, las moras y las rosas avanzaban salvajemente. Cualquier parte de césped aún visible a través de los arbustos estaba plagado de margaritas salvajes. Si la Tía Fay viviera y hubiera visto el modo en que él había echado a perder aquel lugar, habría puesto el grito en el cielo.

Pero después de que el impacto inicial se hubiera ido, Hud comenzó a notar que el fuerte aroma floral había sobrecargado el

aire; ese brumoso aire de verano en el que flotaban las abejas y el polvo de acacia. Como fotógrafo de Voyager Enterprises, tanto para sus documentales televisivos como para sus revistas, había fotografiado jardines de reinas, selvas tropicales y marismas protegidas por sureños armados. Pero aquel lugar estaba tan fuera de control, tan libre de contaminación y era tan locamente bello, que a Hud se le hizo un nudo en la garganta por la inesperada emoción al contemplarlo.

Se aclaró la garganta y empujó hasta lo más profundo de su ser esa sensación; hasta el mismo lugar en el que había estado guardando todos los otros sentimientos que habían estado amenazándolo con salir durante los últimos meses. Así, había continuado en dirección a la maleza, sin importarle demasiado si las ramas le arañaban las manos o si sus pantalones iban recogiendo punzantes espinas. Todo aquello sólo le trajo más recuerdos de cuando seguía al loco perro lobo irlandés de la Tía Fay a través de aquellos mismos jardines por los que el perro, a su vez, iba persiguiendo duendes del aire invisibles.

Un puntito de luz que se coló por un agujero de aquella jungla que parecía no tener fin cegó a Hud. Alzó una mano para protegerse los ojos y atravesó la maleza hasta encontrarse cara a cara con la vieja casa de la piscina.

Una media sonrisa se le marcó en las comisuras de los labios y arrugó el contornó de sus cansados ojos cuando más recuerdos de momentos inolvidables le asaltaron la mente. Tirarse al agua a bomba, hacer rocambolescas volteretas hacia atrás desde el trampolín, tumbarse durante horas y observar cómo cambiaban las nubes mientras se preguntaba si sus padres verían las mismas nubes al otro lado del mundo.

Por aquel entonces, él había estado lleno de esperanza y de planes; aunque cuando había crecido, cuando había sido lo suficientemente mayor como para adentrarse en la aventura de su propia vida, se había dado cuenta de lo complicado que era todo. Se preguntó cuándo toda esa impenetrable esperanza se había convertido en frustración. Cuándo sus expectativas se habían convertido en un frío conocimiento. Cuándo había crecido, después de todo.

¿Habría sucedido cuando, con apenas veintiún años, había estado escondido detrás de un arbusto con la única compañía de su cámara durante dieciocho horas en medio de un tiroteo en Bosnia?

¿Al despertarse y descubrir que el guía los había abandonado a su equipo y a él en el Campo Base del K-2 el día de su veintiséis cumpleaños? ¿O habría sido cuando se había despertado en un hospital londinense menos de dos meses atrás, sin apenas fuerzas para pedir un vaso de agua?

Dejó la pesada mochila sobre el suelo. Claude se encontraba a cincuenta metros de la carretera, tras un muro de tres metros y a un paseo de diez minutos a través de un pinar hasta el cercano pueblo de Saffron.

Se crujió el cuello, unió las manos, estiró los brazos por detrás de la espalda y miró hacia arriba para ver que unas enredaderas de color rojo brillante parecían haberse tragado la mitad de la edificación, dejando los restantes paneles de cristal enmarcados en blanco, que habían sobrevivido al paso del tiempo, cubiertos de polvo y moho. No podía más que aventurarse a adivinar cómo estaría el interior después de no haber sido bendecido por una mano humana en diez años.

—Si la memoria no me falla... —dijo en alto y el sonido de esa intensa voz resultó profundo y áspero en sus oídos, que no habían percibido nada en horas. Entonces, rodeó la parte trasera de la casa y encontró la puerta entreabierta, torcida sobre unas bisagras oxidadas.

Con un instinto desarrollado tras años colándose en lugares secretos y oscuros, caminó despacio, de puntillas, sobre una pequeña pila de cristales rotos, y entró en la casa de la piscina donde sus pies se detuvieron en seco sobre unas baldosas francesas de mosaico.

La casa de la piscina estaba limpia. Las baldosas color verde moteado brillaban y las docenas de bancos de mármol blanco estaban impecables. Unas palmeras diminutas en macetas que adornaban la habitación se veían lustrosas. Y el agua de la piscina resplandecía y resultaba atrayente sobre el suelo negro de hormigón.

Un sonido rompió el ensueño de Hud. Un suave oleaje producido por el agua que golpeaba delicadamente el borde de la piscina le dijo que algo estaba a punto de romper esa superficie negra. Contuvo el aliento, se puso en guardia y escuchó en absoluto silencio mientras...

Una sirena emergía de las profundidades.

A partir de ese momento, todo pareció ralentizarse: su

respiración, los latidos de su corazón, el polvillo que flotaba a través de los rayos de sol, mientras la sirena surcaba el agua, alejándose de él y dejando tras de sí un rastro de pausadas y pequeñas olas.

El agua caía sobre ese pelo color brandy. Se deslizaba sobre unos brazos claros, delgados y juveniles embelleciéndolos. Y, mientras subía los escalones contoneándose, el agua se adhirió a sus esbeltas formas tanto como pudo antes de que la cruel gravedad la reclamara de vuelta a las oscuras profundidades de la piscina.

Hud sintió que debía apartar la vista, como si él fuera demasiado mayor, demasiado cínico y estuviera demasiado hastiado para que se le permitiera contemplar tal visión. Pero su curiosidad lo sobrepasaba y sus ojos permanecieron clavados en la espalda de la exquisita extraña.

Una vez que ella se encontró en tierra, su pelo brotó en forma de ondas que le alcanzaron la región baja de la espalda, cubriendo así la extensión de piel que su sencillo traje de baño dejaba visible. Era funcional. Negro. De una pieza. Pero con su corte de cadera alta y muy bajo por la espalda, resultaba tan sexy que las pulsaciones de Hud se aceleraron y éste temió que la chica pudiera oírlas tanto como las estaba oyendo él.

Sus pisadas húmedas produjeron un suave sonido cuando caminó hasta una toalla color melocotón con estampado de cachemir extendida sobre uno de los bancos de mármol y bajo la que se encontraba una pila de ropa.

Entonces ella alzó un pie y se agachó para recorrer una de sus piernas con la suave toalla. Una pierna larga y esbelta. Una gota de sudor se deslizó lentamente por la mejilla de Hud.

Cuando la chica repitió la acción con la otra pierna con actitud relajada y reposada, él cerró los ojos y tragó saliva para calmar la garganta, que repentinamente se le había quedado seca.

La joven alzó la toalla y se la pasó por el pelo; escurrió la mayor parte del agua mientras sacaba hacia afuera la cadera derecha. Varios rayos dorados de luz que se colaban por las ventanas realzaron el vivo color de su cabello rojo oscuro. Ese brillo de sol jugaba sobre su lechosa piel a modo de caricia. Y todo lo que Hud podía pensar era que si aquél no era un momento digno de ser grabado para la eternidad, ningún otro lo era.

Estaba tan concentrado en el aspecto estético, calculando mentalmente la distancia focal y la sensibilidad de la película, que

no se fijó en que ella había comenzado a girarse en su dirección hasta que ya fue demasiado tarde.

Se dio la vuelta. Lo vio. Y gritó.

Y él no podía culparla. No se había afeitado en quince días y llevaba una ropa más propia de un invierno en Londres que de un día de calor en Melbourne.

Kendall tiró de la toalla para cubrirse las piernas con un movimiento que fue puramente instintivo y su grito resonó por toda la sala.

Desafortunadamente, aquel grito no había hecho que el intruso saliera huyendo. El sencillamente se quedó mirándola. Alto, piel morena, completamente vestido y muy masculino.

Cuando sus ojos fueron de un lado a otro del cuerpo de la joven, ella se dio cuenta de que aferrarse simplemente a la toalla no la ayudaría en nada. Se giró hacia la izquierda, alejándose de él, y se rodeó el cuerpo con la toalla logrando cubrir aquellas zonas que necesitaban ser cubiertas.

Después, tomó aire profundamente antes de informar al hombre con calma:

—Sal de aquí inmediatamente o volveré a gritar y lo haré tan alto que el pueblo entero vendrá corriendo.

Los ojos oscuros de él se alzaron hacia ella. Se conectaron a través de quince metros de un agua oscura y fría. Cada centímetro de piel que su mirada acariciaba vibró como si él hubiera establecido contacto físico. Ella decidió que se trataba únicamente de un efecto secundario del impacto por encontrarse medio desnuda frente a un extraño. Nada más.

—No vuelvas a gritar, por favor —dijo él con una agradable sonrisa—. Un tímpano perforado al día ya es suficiente diversión.

—Entonces márchate, ahora, y así podrás salvar el otro —respondió ella y escupió un mechón de pelo mojado que se le había metido en la boca—. Si te has perdido, puedo indicarte el camino hasta la carretera principal o hasta el pueblo por el bosque —miró sobre su hombro en esa dirección y cuando volvió la cabeza habría jurado que él se había acercado a ella.

—No me he perdido —dijo.

—Bueno, lo que está claro es que no estás donde deberías estar. Todo lo que hay en cien metros en cada dirección de este lugar es propiedad privada.

Sonrió un poco más haciéndole preguntarse si él ya sabría eso. Todo el mundo en Saffron lo sabía. Claudel era propiedad de los descendientes de lady Fay Bennington, que no se habían molestado en mantener aquel hermoso lugar desde que Fay había muerto diez años atrás. Pero en Saffron todos se conocían y ella jamás había visto a ese tipo antes. Era la clase de hombre que no se olvidaría fácilmente.

Alto y fuerte, con un físico que podría eclipsar al sol. Ropas oscuras. Ojos oscuros. Pelo ondulado y oscuro. Barba oscura y descuidada. A juzgar por eso y por los vaqueros hechos jirones y las botas arañadas, ella podría haber pensado que se trataba de un indigente, pero había algo en su elegante porte y en el brillo de sus ojos que la hacía dudar.

Sujetó la toalla con más fuerza.

El metió las manos en los bolsillos de un excesivamente pesado abrigo marrón y se acercó a ella.

—Estoy pensando que tú eres la que no deberías estar aquí, señorita...

—Mi nombre no es asunto tuyo, tío.

Había hecho un curso de defensa personal desde que había llegado al pueblo y se había mudado con

Taffy. Eran dos chicas solas, de modo que más valía prevenir que curar. Por esa razón sabía que era mejor correr que intentar hacer entrar en razón a un asaltante.

Tiró la toalla para recoger sus ropas y entonces se dio cuenta de que estaba desnuda a excepción de una tela de lycra que no la cubría demasiado. De modo que recuperó la toalla y la empleó como una pantalla improvisada mientras, a toda prisa, se ponía su vestido de tirantes rojo sobre el bañador.

Hasta que su cabeza no asomó por la apertura del cuello y el vestido se deslizó con dificultad sobre el bañador mojado no se dio cuenta de que se lo había puesto del revés. Mala suerte. Demasiado tarde. Él se estaba acercando.

—No te acerques —insistió ella mientras recogía su par de botas Doc Marten y las sostenía delante de ella como si fueran alguna especie de arma letal.

Por alguna razón, pareció funcionar. El chico se detuvo y extendió las manos. Unas manos con unos dedos largos. Unas manos limpias. Las manos de un caballero, no las de un vagabundo.

—Nada de esto es necesario —dijo él—. Antes de que me

golpees con un zapato volante, deberías saber algo.

Ella se preguntó si tal vez él no sabría nadar y le preocupaba caer inconsciente a la piscina. No quería que se acercara más, no quería que la engañara contándole cualquier historia, pero tampoco quería matarlo. Era demasiado guapo para morir.

Sintiéndose ridícula por pensar tal cosa, alzó las botas unos centímetros más y preguntó:

—¿Qué es todo esto?

—Esto —dijo él, ondeando su mano hacia la izquierda y dando un par de pasos hacia ella— es todo mío.

Las botas descendieron unos centímetros.

—¿Tuyo?

Él asintió y se acercó más. Estaba lo suficientemente cerca como para que ella pudiera ver una delgada cicatriz que le llegaba desde la punta de la nariz hasta el labio superior. Ella sabía de cicatrices y el hecho de que aún estuviera de color rosa significaba que era prácticamente reciente.

Aparte de esa imperfección, resultó que tenía una bonita nariz recta y una mandíbula angulosa, como esas estatuas que podían encontrarse bajo el denso follaje en los jardines de Claudel. De cerca, su pelo oscuro se rizaba con un peinado estilo «recién salido de la cama». Era una especie de Lord Byron moderno.

Pero todo aquello quedó a un lado cuando lo miró a los ojos. Eran color avellana; un color avellana profundo y enigmático que destacaba sobre el más blanco de los blancos que había visto en su vida y enmarcado por unas largas pestañas oscuras.

Aquel tipo necesitaba un afeitado, un corte de pelo y una sesión de compras, pero era absolutamente guapo. Tan guapo que ella se dio cuenta de que había pasado los últimos veinte segundos mirándolo y citando a Byron como si nunca antes hubiera visto un hombre así. De cerca. En carne y hueso.

«No», pensó muy nerviosa. «Ahora no. Así no. No estoy preparada».

Parpadeó y pensó en lo que se habían dicho. ¿De verdad había él sugerido que...?

Volvió a poner las botas en guardia.

—¿Qué quieres decir con eso de que todo es tuyo?

—Me llamo Hudson Bennington 111, pero todo el mundo me llama Hud —dijo extendiendo la mano derecha—. Mi tía Fay vivió aquí. Yo venía a pasar el verano cuando era niño y luego ella me lo

dejó todo cuando murió. Puedes preguntar por el pueblo, si no me crees. Estoy seguro de que muchos lo recordarán.

Ella miro la mano extendida; luego lo miró a los ojos, pero, al encontrarlos demasiado inquietantes, los ignoró y se agachó para ponerse las botas con un movimiento que le produjo un latigazo en su pierna lesionada. Hizo un gesto de dolor y se estiró. No se atrevió a seguir atándolas.

—Pues entonces será mejor que vaya al pueblo ahora mismo y me asegure.

Agarró la toalla y rodeó la piscina en dirección a la salida alejándose de Hudson Bennington 111 y de sus ojos oscuros, de su pelo despeinado, de su ruda elegancia, de sus manos de caballero y de su inquietante belleza al estilo de Byron.

Si aquel joven era quien decía que era, si había regresado para reclamar la tierra que le pertenecía, ella tendría que decir adiós a sus baños diarios. Ya no se deleitaría en la dicha de verse flotando, de sentirse ligera y llena de energía. Y si antes había sentido pánico, eso no era nada comparado con el pavor que la embargó en aquel momento.

—No tienes que ir ahora mismo —le gritó él con esa profunda voz.

Pero Kendall salió a la brillante luz y caminó tan deprisa como se lo permitieron sus temblorosas piernas.

Se adentró en el pinar y miró hacia atrás para ver a Hud de pie, fuera de la casa de la piscina buscándola, con las manos en las caderas y forzando la vista. Pero ella se conocía esa parte del mundo demasiado bien y para entonces ya era una más de las miles de sombras entre los troncos.

A cada paso que daba en dirección al pueblo, su persistente cojera se volvía más pronunciada.

Hud se pasó una mano por la cara y miró hacia los árboles. Le había ido pisando los talones hasta que ella había salido de la casa de la piscina, pero después, de repente… había desaparecido.

Una mujer que vivía en la zona. Una mujer con una verborrea y una actitud más valerosa de lo que habría esperado en una sirena. Una mujer que, de cerca, tenía una piel de porcelana, unos ojos del color del cielo antes de una tormenta y el pelo del color del vino tinto.

Y una mujer que, durante los demasiado pocos minutos que

había estado cerca de él, le había sacado de la mente cada una de las cosas que él tenía la intención de olvidar regresando a Claudel.

Kendall salió del pinar y se detuvo para comprobar si había alguien en la carretera principal de Saffron. No quería que nadie la viera saliendo de allí con el vestido del revés, las botas desatadas y el pelo empapado.

Le había costado casi los tres años que llevaba viviendo en Saffron que la gente del lugar comenzara a ignorar su cojera y dejaran de susurrarse al oído cómo había pasado. El accidente de coche. La muerte de un hombre joven. Los meses que ella había perdido después. Pero ahora se había convertido en la formal, sensata y digna de confianza verificadora de datos del periódico local. Y estaba decidida a que nada de ello cambiara.

Miró a la derecha, luego a la izquierda, a la derecha otra vez, antes de salir como una flecha y cruzar Peach Street para a continuación franquear la puerta del jardín y de ahí correr hasta la casita de dos plantas que compartía con Taffy.

El ruido que hizo quitándose las botas de una patada y lanzando la toalla mojada sobre el respaldo de una silla que había en la entrada fue suficiente para que Taffy levantara la vista de la mesa de la cocina. Se le cayó el periódico del domingo, sus ojos verdes se abrieron como platos y tosió mientras masticaba una magdalena cubierta de miel.

—¿Pero qué demonios te ha pasado?

—No quiero hablar de ello —Kendall comenzó a subir las escaleras. Deseaba poder subir los escalones de dos en dos, pero había corrido tanto que aquella maldita pierna no le respondía.

—Ah, no, espera —la voz de Taffy se oyó detrás de Kendall seguida de unas atronadoras y vigorosas pisadas.

Kendall entró en su habitación. Orlando, su perrito Schnauzer sordo, levantó la vista ante el brusco movimiento de la puerta y luego volvió a posar su encantador hocico sobre las patas.

Taffy entró en la habitación de Kendall y se apoyó sobre la jamba de la puerta.

—Bueno, ¿es que de pronto ha habido tormenta? ¿En el supermercado? Porque ahí es adonde me dijiste que ibas, ¿te acuerdas? Al supermercado a comprar carne para la cena de esta noche.

—Y… —dijo Kendall enrollando su pelo húmedo en un moño

bajo antes de comenzar a buscar desesperadamente una toalla limpia entre la pila de ropa recién lavada que tenía sobre una silla en un rincón de su dormitorio.

—Y… No veo carne por ninguna parte. Lo único que veo es un pelo mojado y un vestido puesto al revés —Taffy entró en la habitación con la mano sobre el corazón—. ¡Oh, Kendall! Por favor dime que la carne…

Kendall levantó los brazos y se apretó los ojos para intentar detener las perturbadoras imágenes que le llenaban la cabeza; imágenes de un brazo bronceado, de una nervuda muñeca con una fina capa de vello negro y un reloj que parecía haber sobrevivido a tres guerras mundiales.

—¡Taffy! ¡Para!

Taffy se sentó en una esquina de la cama de Kendall y se relamió miel de las manos. Luego apretó los labios y esperó a que Kendall hablara.

Dispuesta a no seguir pareciendo un gato empapado, se quitó el vestido y se envolvió en la toalla; al hacerlo se sintió extraña, como si estuviera otra vez en la casa de la piscina. Expuesta. No le gustaba esa sensación. Tiempo atrás eso le había encantado; le había gustado ser el centro de atención, el payaso de la clase.

—¿Puedes salir mientras me cambio? Taffy negó con la cabeza.

—Explícame lo de la carne.

Se trataba de Taffy. Taffy, que la había acogido en el momento de su vida en el que más había necesitado una amiga, cuando la familia que ella había llegado a querer como si fuera la suya propia la había abandonado.

Se dejó caer sobre la cama, junto a su amiga.

—He estado nadando.

—¿En las cascadas?

—No. En Claudel.

—¿En la vieja casa? Pero ¿cómo? Ese lugar está decrépito.

Kendall se encogió de hombros.

—No tanto. Al menos, no la casa de la piscina. Ya no.

Taffy sacudió la cabeza y casi se rió al mismo tiempo.

—¿Qué has hecho ahora?

Kendall se echó hacia delante y hundió la cara en sus manos.

—La encontré durante uno de mis paseos por el bosque. Es un edificio maravilloso, Taff, y resultaba tan triste verlo derrumbándose de ese modo. Me sentí como obligada a dejarlo

nuevo. Ahora lo he limpiado, las baldosas del suelo parecen cristal. Y los bancos de mármol parecen sacados de una película de Grace Kelly.

—¡Eh! Espera un segundo. ¿Que has limpiado?

Kendall, aún con la cabeza sobre las manos, se rió.

—Más que eso, Taff. He llenado la piscina, le he echado cloro, la he mantenido impoluta. Perfecta. Y la he visitado todos los días desde hace dos años. En el momento en que la vi, fue como si… no tuve elección.

—Pero eso sigue sin explicar esto —Taffy agarró un mechón del pelo de Kendall y luego lo soltó, echándoselo sobre la espalda.

—Hoy… —dijo antes de respirar hondo mientras intentaba buscar las palabras con las que explicar el inesperado efecto de aquel joven rudo, alto y moreno sin hacerse quedar como una idiota —. Hoy he sido sorprendida… por el propietario de Claudel.

Tras un largo silencio, Taffy dijo:

—¿No me digas que te refieres a Hud?

Kendall miró a su amiga directamente a los ojos por primera vez desde que había entrado en casa.

—Hudson Bennington. Tercero, nada menos.

Taffy le dio una palmadita en el brazo.

—Sal de aquí.

—Me encantaría, pero no me vas a dejar. ¿Lo conoces?

—Dios, sí. Estuve enamoradísima de Hud Bennington cuando él tenía dieciocho años y yo trece. Era su último año en el colegio interno y vino aquí a pasar el verano. Se quedó con Fay mientras sus amigos se marchaban a Letonia en busca de restos de duendes o algo así. Era como mi ídolo de juventud. Bueno, ¿y cómo estaba? ¿Encantador? ¿Descarado? ¿Se comportó como un ligón empedernido? ¿Mordaz? ¿Sigue tan guapo como siempre?

—Parecía… parecía que le hacía falta un buen afeitado —«y más», pensó Kendall. «Parecía que le hacía falta un abrazo».

—¡Ooh! Hud Bennington con barba. Eso tengo que verlo. Ahora date prisa y vístete. Vamos a ir allí y así me lo vuelves a presentar.

—¿Es que no me has oído? Me ha pillado. En su piscina. Sin su permiso. Sin haberle pedido permiso a nadie. Y encima estaba desnuda… de no ser por mi… bañador.

Taffy sonrió y asintió, embobada, pero Kendall sabía muy bien que su amiga era tenaz, ingeniosa y testaruda.

—Ve tú sola si quieres —dijo Kendall—. No voy a detenerte,

pero no le digas que me conoces y todo te irá de maravilla.

—No, así parecería que estoy desesperada. Es mucho mejor toparme con él de casualidad por el pueblo. Invitarlo a un café para que podamos recordar viejos tiempos. Y así podrá recordar cómo lo estuve siguiendo por todas partes aquel verano.

Taffy se levantó de la cama y salió de la habitación. Kendall, con el pelo chorreando y el bañador empapado, fue hacia el cuarto de baño, donde pasó la siguiente media hora en la ducha, dejando que el agua caliente le recorriera la piel mientras finalmente se apoderaban de ella los mismos temblores que la habían amenazado en el momento en que había sido descubierta.

Se masajeó su muslo lesionado esperando que el dolor cesara, pero funcionó tanto como lo habría hecho una tirita sobre un corazón partido.

Porque los típicos dolores que sentía a diario parecían haberse extendido hasta su pecho y ése era un dolor intenso y punzante, como el producido por un recuerdo olvidado intentando salir a la superficie. Sabía lo que eran esos dolores. Eran el aguijón agridulce de una inoportuna atracción y le aterrorizaron.

Cerró los ojos, se deleitó bajo el calmante agua e intentó desesperadamente no pensar demasiado en el modo en que la llegada de Hud Bennington había estropeado su tranquila y ordenada vida.

Una hora más tarde, tras presentarse ante su antigua habitación... que seguía tal cual la había dejado doce años atrás, con la cama de matrimonio, el mobiliario de teca y pequeños aviones estampados en el papel de la pared... Hud se encontraba bajo el agua de la ducha de bronce sorprendido de que las cañerías siguieran funcionando. Sorprendido y agradecido. El agua fría, que él mismo había preferido utilizar, lo estaba librando del calor que había arrastrado desde que había salido del aeropuerto.

Cerró los ojos, abrió la boca y saboreó el agua de Melbourne, que caía sobre su cara y le despertaba más recuerdos que había olvidado hacía tiempo.

Con seis años se había escapado la primera noche que sus padres lo habían dejado allí y se había perdido en el pinar antes de que Tía Fay lo encontrara con la ayuda de su perro y de su farol. El roble centenario en el centro del pueblo que él veía distinto cada verano, aunque no sabía decir por qué. El piano en el salón del primer piso

con su Mi bemol roto.

Y entonces, de pronto, antes de que si quiera pudiera sentirlos acercarse, unos recuerdos de otra clase lo embargaron e hicieron que el agua que tenía en la boca supiera a polvo. Recuerdos de la falta de agua durante días; sintiéndose tan sediento que no podía dejar de temblar. Y el sonido de un grifo goteando en una habitación cercana. Tan cerca y aun así, tan lejos.

Abrió los ojos. Cerró el grifo. Se le aceleró la respiración. Apoyó la mano en la pared y observó las gotas de agua deslizarse sobre su piel y caer al suelo. Del mismo modo en que lo habían hecho cuando su sirena llena de vida había emergido de las profundidades de la resplandeciente piscina.

Se concentró en el pelo color brandy, en las largas extremidades, en los ojos azul grisáceos. Su respiración se apaciguó. Sus recuerdos se calmaron. Y todo gracias a ella.

Quienquiera que fuera.

Capítulo 2

HUD SE despertó temprano la mañana siguiente. Todavía aturdido por el sueño, sacó unos vaqueros viejos y una camiseta de su mochila, se dirigió a la planta baja, atravesó las frías y silenciosas habitaciones de Claudel y salió a la bruma del amanecer.

No fue mucho antes de que rondara alrededor de la casa de la piscina. Pensó en asomarse, a pesar de saber que no encontraría nada aparte de agua tranquila y sombras; no se merecía algo tan bueno como toparse con semejante aparición en dos días consecutivos.

De modo que continuó hasta desaparecer entre los impresionantemente altos árboles cubiertos de musgo y el suelo color beige cubierto por una capa de hojas de pinochas y sombras del imponente bosque que separaba los jardines de Claudel del pueblo.

Sus dedos se deslizaban sobre las ásperas cortezas de los árboles mientras avanzaba no sabía adónde. ¿A una dichosa nada? ¿O lo hacía deliberadamente sabiendo que aquél era el último lugar donde la había visto?

El sonido de una rama partiéndose lo hizo detenerse. Miró a su alrededor y vio algo brillar y moverse. Tenía suerte de que allí no hubiera osos, aunque, de todos modos, ya había podido comprobar que podía ser bastante peor encontrarse con un humano en un callejón oscuro.

Esa silueta se alargó. Tomó forma. Forma humana. Forma femenina. Y allí estaba. Como si él la hubiera evocado y hecho salir de la bruma. Su sirena. La mujer cuyo encanto natural había rondado su cabeza durante toda la noche y, milagrosamente, había logrado que sus sueños más oscuros quedaran acorralados por primera vez en semanas.

Sus rizos rojos oscuros le caían sobre los hombros como olas de seda. Su tez clara se veía luminosa bajo la débil luz de la mañana. Los finos rasgos de su rostro no escondían nada; ni su belleza ni su cautela. Una vez más, él deseó tener allí la cámara. Esa cámara que no había utilizado en dos largos meses.

—Vaya, hola —dijo él cuando ella estuvo lo suficientemente cerca como para ver el blanco que le guardaba los ojos.

—Hola —dijo ella con una media sonrisa, los puños apretados y

la barbilla agachada.

—No esperaba encontrarte aquí.

—No he venido a usar tu piscina, si eso es lo que quieres decir.

Hud se rió. Se sintió bien haciéndolo. No, se sintió genial. Fue una risa natural, espontánea, reconstituyente. Alzó las dos manos a modo de rendición.

—Ah, no. Sólo intentaba sacar conversación.

Ella se apartó el pelo de la cara. No fue un gesto insinuante, más bien pareció que estuviera espantando una mosca fastidiosa. De cualquier modo, el movimiento de su pelo lo cautivó.

—¿Sueles venir mucho por aquí? —le preguntó.

—Más de lo que debería admitir —respondió ella encogiéndose de hombros.

Hasta ese momento Hud no cayó en la cuenta de que esos hombros habían pasado a ser su debilidad. Unos hombros blancos, delicados y elocuentes.

—Pero esta mañana he venido esperando toparme contigo —dijo ella cuando, por fin, lo miró a los ojos por un tiempo prolongado.

—Podrías haber llamado directamente a mi puerta. Creo que ambos sabemos que sabes dónde vivo.

—Ése no es mi estilo —dijo mientras esa media sonría se volvía más natural y se marcaba en ambos lados de su boca—. Siempre tiendo a hacer las cosas mucho más complicadas de lo que son.

Entonces la sonrisa se desvaneció, ella sacudió la cabeza y, tras respirar hondo, añadió:

—Mira, quería disculparme por lo de ayer. Y por todos los días anteriores. Por haber traspasado tu propiedad, por haberlo ordenado todo y por haber utilizado agua —cerró un ojo y lo miró con el otro, visiblemente avergonzada por haber admitido todo eso.

Y él vio claramente que esa mujer era absolutamente adorable. Fuera quien fuera e independientemente de lo que tuviera que decirle, porque estaba seguro de que no había ido simplemente a decirle: «Lo siento».

—No tienes nada de qué disculparte. La casa de la piscina jamás ha estado mejor. Jamás. Yo mismo debería haber cruzado este pinar en tu busca para darte las gracias.

Ella abrió el otro ojo y sus cejas se alzaron quedando ocultas bajo unas volutas de cabello rojo oscuro.

—¿Jamás ha estado mejor? A lo mejor deberías decirle al antiguo encargado de la piscina que te devuelva el dinero.

Hud volvió a reírse. Y, después, no dejó de sonreír.

—No deberías haber trabajado tanto en ella.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Es la construcción más hermosa que he visto nunca. Es como sacada de un cuento de hadas —dejó escapar un suspiro. Un largo y romántico suspiro que pareció envolverlos a los dos hasta que Hud se dio cuenta de que todos los sonidos del bosque se habían desvanecido y que lo único que podía oír era la voz de la joven, su respiración, el susurro de su voluminosa falda.

Cambió de postura, inquieta.

—Pero, aun así, no hay duda de que te sorprendió... lo que te encontraste. Y me siento absolutamente avergonzada por todo lo de la piscina, a pesar de que esté cuidada y ordenada. Y por pensar que pretendías asaltarme. Y por salir corriendo sin dar ninguna explicación.

«¿Y?», pensó Hud. Porque estaba seguro de que no había terminado.

Se puso derecha, volvió a apartarse el pelo, lo miró directamente a los ojos y dijo:

—Pero ya que piensas que he hecho un buen trabajo manteniendo tu casa de la piscina, tal vez podríamos llegar a algún acuerdo y podrías dejarme continuar haciéndolo.

Hud abrió la boca para decirle que podía hacer lo que quisiera, pero entonces ella alzó una mano y él se detuvo antes de que esas palabras pudieran pasar de su laringe.

—Estoy dispuesta a comprar el cloro, el limpiador para las baldosas, pagar una parte de tu factura del agua, ponerme de rodillas para limpiar las juntas con un cepillo de dientes... Haré lo que sea, pero necesito... —se detuvo para tragar saliva y por primera vez él pudo ver un asomo de vulnerabilidad bajo ese fuerte exterior—. Pero necesito seguir usando tu piscina... si a ti te parece bien.

Lo dijo de tal forma que pareció que necesitara la piscina del mismo modo que él necesitaba el oxígeno.

Del mismo modo que necesitaba aclarar su cabeza para poder volver al trabajo. Y del mismo que había necesitado adentrarse en el brumoso bosque para asegurarse de que ella era real.

—¿Y de dónde demonios vas a sacar tiempo para hacer todo eso? —le preguntó.

—Soy verificadora de datos para varios periódicos de la región.

Soy autónoma, así que yo organizo mi tiempo.
—Parece un trabajo muy cómodo.
—A mí me viene bien. En Saffron no se necesita mucho dinero para llevar una vida bastante buena —miró por encima del hombro de Hud para ver el elegante tejado a dos aguas de Claudel—. Bueno, a mí por lo menos no me hace falta.
Hud esperó a que ella volviera la mirada hacia él.
De pronto, se le estaba ocurriendo una idea.
Ella organizaba su propio tiempo y a él el tiempo le sobraba. Tal vez las necesidades de esa mujer podían ajustarse a las suyas. Se metió las manos en los bolsillos.
—Entonces imagino que sabes escribir a ordenador —dijo.
—¿Que si sé escribir a ordenador?
Él asintió con la cabeza.
—Tan deprisa que ni se me pueden ver los dedos. Pero no entiendo qué tiene eso qué ver con...
—Necesito transcribir una historia —dijo—. Y yo sólo sé mecanografiar con dos dedos.
—¿Eres escritor? Creía que eras fotógrafo de documentales —dijo ella y entonces agachó la cabeza al darse cuenta de que le acaba de decir que había estado haciendo preguntas sobre él.
—Lo soy, pero ahora, por circunstancias, tengo que dejar plasmadas algunas de mis experiencias más recientes.
Era cierto, le habían ofrecido escribir un libro. No necesitaba el dinero, pero si eso era lo que hacía falta para que su jefe viera que estaba deseando volver al trabajo y que se encontraba en condiciones de volver a vivir esas aventuras que tanto echaba de menos en la vida real, entonces lo haría.
—Entiendo —asintió ella con el labio inferior sobre saliéndole de la boca. Aunque a juzgar por esos ojos abiertos de par en par, él sabía que Kendall no podía llegar a hacerse una idea de la grandeza de su plan.
—Te propongo algo: yo te dicto, tú pasas mi historia al ordenador y a cambio...
Ella se cruzó de brazos, creando un escudo entre los dos. Hud contuvo las ganas de reír.
—Y a cambio —prosiguió—, puedes utilizar mi piscina tanto como quieras.
—¿Dónde está la trampa?
—No hay trampa. Yo pondré la comida y una silla cómoda.

Incluso, si quieres, puedo comprar un ordenador nuevo. No creo que lleve más de... no sé... dos semanas.

Que era cuando su equipo regresaría a Londres después de grabar en Uzbekistán y antes de marchar a una nueva expedición. Él tenía que ir con ellos porque se temía que, si no lo hacía, jamás volvería a estar allí fuera. Y allí fuera era el lugar al que pertenecía.

—¿Y seguiría a cargo del mantenimiento? —preguntó ella.

Él negó la cabeza.

—No sería necesario. Todo esto necesita un repaso. Contrataré a un jardinero, traeré una excavadora y un contenedor de basura. O a lo mejor una varita mágica para que todo esto vuelva a ser lo que era.

Ella asintió.

—Excelente. Me parece estupendo, pero ¿qué pasará cuando terminé de escribir? ¿Qué clase de trato tendré que hacer contigo entonces?

Seguía con los brazos cruzados y los apretó tanto que sus pechos se unieron creando un hermoso escote. El intentó con todas sus fuerzas mirarla directamente a los ojos.

Media hora en la piscina a cambio de un beso. Una hora a cambio de tumbarse junto a ella sobre el césped. Una tarde entera en la piscina a cambio de visitar el resto de la casa de Tía Fay y decidir qué muebles y adornos tirar y cuáles quedarse. Por eso, él le dejaría quedarse con la maldita piscina.

—Ninguno. No habría más tratos. Si haces esto por mí, me estárás haciendo un gran favor, de modo que podrás usar la piscina siempre que quieras. Eternamente. Y así, estrechemos las manos y trato hecho —extendió la mano para sellar el acuerdo.

—*Enrique V* —dijo ella con una sonrisa que arrugó su hermoso rostro. Era bellísima cuando sonreía y él de

cidió que si ella aceptaba sus términos, se encargaría de que esa sonrisa volviera a aparecer una y otra vez durante las dos siguientes semanas.

—¿Enrique qué?

—Estrechemos las manos y trato hecho —repitió, mirándolo bajo sus oscuras pestañas—. Es de la escena del cortejo de *Enrique V*. Te hará reír y llorar y el corazón te latirá con fuerza. Y, si no es así, entonces me temo que no eres humano.

Hud tragó saliva para humedecer su garganta seca. Aquella mujer no sólo tenía el cabello de una modelo de Botticelli, la piel de

una princesa escandinava y la habilidad de iluminarle los rincones oscuros de su subconsciente, sino que además, como él acababa de descubrir, los ojos le destellaban como el heraldo de una tormenta de verano al hablar de literatura.

—Shakespeare, el poeta inglés. Fue muy famoso en su época. Es gracioso que ese verso sea de la escena en la que se hace la proposición de matrimonio y tú acabas de hacerme una proposición a mí. Aunque por supuesto, no es la misma clase de proposición. Yo no me casaría con un tipo a cambio de utilizar su piscina...

—Sé quién es —dijo Hud, interrumpiéndola—. Aunque creo que es demasiado tarde para tirarme el farol de que lo he citado a propósito. Un tipo con el que trabajo... con el que trabajaba... decía esa frase todo el tiempo. ¿Y tú por qué la conoces tan bien?

—Literatura Inglesa en la universidad. Una chica que se sepa citas de Shakespeare, Keats y Byron y que tenga ordenador puede conseguir un buen trabajo como verificadora de datos en un periódico. En las fiestas soy muy popular.

—Eso no lo dudo —le extrañaría mucho que ella saliera de una fiesta sin una docena de nuevos admiradores masculinos. Se preguntó si alguno de esos admiradores habría logrado hacerla suya y si realmente sabría qué joya había tenido entre las manos—. Y he de decir que estoy impresionado. Eres la primera chica que ha captado una cita de Shakespeare cuando la he dicho. Aunque yo tampoco supiera que la había dicho...

Ella se agarró un extremo de la falda y le hizo una pequeña reverencia. Sí, hubiera sido bueno que unos de esos tipos de las fiestas la hubiera apartado del mercado, porque él no había llegado a Claudel con la intención de comprar esa clase de... ¿qué? ¿Cita? ¿Enamoramiento? ¿Romance de verano? ¿Tormentoso *affaire*?

La chica era ingeniosa, prudente y seductora. Sólo le había llevado un instante ver que era la clase de mujer con la que un hombre podría tener una vida placentera. Pero él no tenía una vida. Tenía dos semanas, lo cual era más de lo que le había dado a ninguna mujer en años. De modo que debería tener cuidado y no olvidar eso.

—¿Y quién es ese chico?

Hud enarcó una ceja.

—El chico al que le robas las citas, el chico con el que trabajabas.

—Ah. Se llamaba Grant, un técnico de sonido.

—¿Se... llamaba Grant? —preguntó y de repente su voz adquirió un tono más suave y delicado.

—Bueno, aún se llama Grant. Y se llamará así por muchos años.... espero. Está bien. Está grabando a miles de kilómetros mientras que yo estoy aquí y él se lleva todos los honores que deberían corresponderme a mí.

Cuando Hud dejó de hablar, el corazón se le aceleró como si hubiera acabado de escalar una montaña, mientras que lo único que había hecho había sido contarle a una extraña más de lo que jamás le había contado a nadie sobre sus sentimientos. Más de lo que le había contado a su jefe o a los médicos de Londres; o al editor que le había ofrecido dinero a cambio de «contar su historia», o a cualquiera de los amigos y compañeros de trabajo que lo habían estado llamando para preguntarle cómo se encontraba.

—Entonces, ¿tenemos un trato? —preguntó él, sabiendo que había llegado el momento de concluir ese encuentro—. ¿Tú mecanografías a cambio de mi piscina?

—Claro —dijo ella aún con una voz suave que lo hacía sentirse como si lo hubiera rodeado de algodones.

En aquella ocasión fue Kendall la que alargó la mano para cerrar el trato. Él dio un paso al frente y la estrechó adentrándose así en su espacio y tocándola por primera vez.

Tenía una mano pequeña, suave, cálida. Envuelta en la suya, lo hacía sentirse fuerte. Grande. Casi superior. Y hasta ese momento él no se dio cuenta de que esa sensación había estado perdida los últimos meses y quería sentirla de nuevo. Quería más. Necesitaba más.

Tras unos segundos en los que simplemente se estrecharon la mano, los tempestuosos ojos de ella se clavaron en los de él. Parpadearon rápidamente. Se cerraron. Se comunicaron con él. Una corriente pareció fluir desde la mano de ella hasta la de él... o, tal vez, sucedió al revés.

Y en aquel momento él notó que ella también sentía esa extraña fuerza que tiraba de los dos. Vio en sus ojos un profundo deseo de seguir aferrada a su mano y no soltarlo.

Hud entendió lo que le sucedía. Era un hombre encerrado en unos recuerdos violentos y recibiendo compasión cuando a lo que estaba acostumbrado era a recibir elogios. Y ella era como una luz resplandeciente y cálida que revoloteaba a su alrededor.

No tenía la más mínima idea de lo que una mujer como aquélla

podía ver en un hombre hundido al que le hacía falta un buen afeitado. No tenía nada que ofrecerle, aparte de su piscina. Se consoló a sí mismo al pensar que ella parecía bastante perspicaz y que se daría cuenta lo suficientemente pronto.

Le soltó la mano y ella estiró los dedos antes de entrelazar las manos por detrás de la espalda.

—¿Y cuándo empezamos? —preguntó ella.

«Me temo que ya lo hemos hecho», pensó él. Pero todo lo que dijo fue:

—Por mí mañana está bien. A menos que estés ocupada.

Ella asintió.

—A mí siempre me vienen mejor las mañanas. Me suele llegar trabajo en torno al mediodía. ¿Te parece bien a las nueve?

—Igual de bien que cualquier otra hora.

Ella se despidió con la mano y se giró, dispuesta a llevarse toda esa hermosa y vibrante energía consigo.

—¿Y por qué necesitas mi piscina tanto como para estar dispuesta a desperdiciar tu preciado tiempo conmigo? —preguntó él, que se negaba a dejarla marchar.

—Me estoy entrenando para las Olimpiadas —le respondió.

—Entonces será mejor que no olvides tu bañador.

—Por nada del mundo.

—La próxima vez tómate la libertad de entrar por la puerta principal.

Ella volvió la cabeza, ligeramente, pero fue suficiente para que él pudiera ver esa sonrisa.

—Hace muy poco que nos conocemos, Hud, pero creo que ya me conoces...

Al oírla pronunciar su nombre por primera vez se sintió como si se conocieran desde hacía cien años, pero también se dio cuenta de que no sabía cómo se llamaba.

—¿Quién eres? —gritó.

Ella se giró y comenzó a caminar hacia atrás, sin el mínimo miedo a chocarse contra un árbol.

—Soy Kendall York I—la media sonrisa que se marcó en una esquina de su boca le sonrojó la mejilla y formó un hoyuelo. Tenía una estructura ósea increíble; digna de ser fotografiada.

Y cuando comenzó a desaparecer entre las sombras del pinar que tan bien parecía conocer, le lanzó una última sonrisa y, junto a ella, una última frase:

—Si me lo hubieras pedido amablemente, habría mecanografiado tu historia a cambio de nada. Yo soy así.

Esa sonrisa lo golpeó en el centro del pecho. Se hundió en él, se derritió hasta que ya fue demasiado tarde para poder sacarla de allí.

—Y aunque tú me hubieras dicho que no, te habría dejado usar mi piscina de todos modos. Yo soy así.

Ella se tambaleó ligeramente, pero lo suficiente como para que Hud diera un paso adelante para poder sujetarla, a pesar de que ya se encontraba a bastantes metros de distancia.

—Hasta mañana, Hud —fue todo lo que dijo.

—Lo estoy deseando, Kendall.

Y con eso, aceleró el paso y se alejó.

Hud la observó hasta que no fue más que un dulce recuerdo que él permitiría correr libre por su mente día y noche.

A la mañana siguiente, pocos minutos antes de las nueve, Kendall se encontraba en el límite del pinar de Claudel.

Una enorme y pesada bolsa de cáñamo, que le colgaba del hombro, contenía su portátil, la libreta roja sin la que nunca salía y un estuche de tela escocesa que había tenido desde el colegio. Por el contrario, la bolsa de plástico que contenía su bañador y su toalla resultaba ligera como el aire.

Miró al tejado gris de la casa principal de Claudel y, como siempre que pisaba aquellos terrenos, cerró los ojos y se imaginó rodeada de damas con largos vestidos blancos y sombreros blancos jugando al croquet y de hombres con trajes de lino bebiendo té helado Long Island.

Abrió los ojos y aquella imagen se metamorfoseó en un jardín a punto de devorar viva la casa mientras ella estaba allí de pie, sola, con una de sus típicas faldas largas capeadas y sus pesadas Doc Marten, tensa ante el hecho de volver a encontrarse en compañía de un hombre que la hacía sentir... ¿qué?

Bueno, eso era todo. La hacía sentir. Nerviosa. Torpe. Divertida. Femenina. Con un parpadeo de esos ojos avellana oscuro, con un movimiento de esos sensuales labios, con la imagen de ese fuerte pecho, él le despertaba unos sentimientos que ella había creído muertos hacía mucho tiempo, desde que se había marchado el chico con el que los había compartido

No. Por ese tipo no sentía nada como lo que había sentido por George. Apenas podía recordar un momento de su vida en el que

George no hubiera estado presente.

Dos conversaciones con un hombre impresionante no originaban un romance, por mucho que ella hubiera estudiado literatura romántica. Pero, a pesar de todo, sentía algo. Un revoloteo, un susurro. El comienzo de algo que fácilmente podría convertirse en otra cosa. Después de haber mirado a Hud Bennington a los ojos... dos veces... se le ponían los nervios de punta sólo con pensar en volver a verlo cara a cara.

Quería esa piscina, necesitaba esa piscina, pero ¿haber hecho ese trato supondría el peor de sus males?

Si se daba la vuelta y rompía el trato, seguro que podría encontrar otra salida. Otra piscina. Tendría que haber cientos de piscinas públicas en aquella parte de Melbourne.... Pero entonces tendría que ponerse en bañador delante de la gente; de gente que le miraría la pierna izquierda, la señalaría y se susurrarían al oído.

O, ¿y si simplemente fuera a darse un baño de todos modos? ¿Qué podría hacer él? ¿Llamar a la policía? ¿Cerrar la puerta con barricadas? ¿Instalar una barrera de seguridad con láseres, cámaras y francotiradores?

No. Él había pedido ayuda; una ayuda que ella podía darle muy fácilmente. Tenía el tiempo, podía hacerlo, y sobre todo, quería volver a verlo para saber si esa cálida y deliciosa sensación que la envolvió la noche anterior, cuando se había quedado dormida, tenía tanto que ver con él como ella pensaba.

Bueno, ¡qué más daba! Se había enamorado de Lord Byron cuando tenía doce años y había sobrevivido a ello. Ahora era tres veces mayor que entonces y había aprendido el valor del autocontrol. Siempre que su corazón no se metiera por medio, podría actuar como si todo se tratara de un simple negocio.

Tragó aire, dejó que el limpio aroma del bosque le infundiera fuerza y así caminó hasta la puerta trasera de la casa. La mano le tembló ligeramente cuando la levantó para golpear sobre la gran puerta de madera tallada.

—Buenos días —dijo una profunda voz a sus espaldas.

Kendall se giró y se encontró a Hud caminando hacia ella, desnudo de cintura para arriba. Unos vaqueros desgastados le colgaban de las caderas. Unas pesadas botas cubiertas de barro compensaban unos hombros increíblemente anchos. Y, utilizando su camiseta como bolsa, llevaba un montón de patatas, tomates y zanahorias que debía de haber encontrado en un huerto que había

sobrevivido al paso de los años.

Cuanto más se acercaba, más le costaba a ella respirar, porque había pasado mucho tiempo desde que se había visto tan cerca de un muro de músculo masculino... Por no decir que era la primera vez. George había sido un académico, un tipo inteligente con los labios más suaves del planeta. Pero cuando un pequeño volantazo le había arrebatado la vida, había sido un niño comparado con el hombre que en aquel momento se encontraba delante de ella.

Parpadeó rápidamente para contener esos recuerdos y pensamientos bien dentro de ella.

Hud alzó el brazo derecho para secarse la frente y Kendall pudo ver un tatuaje que se extendía sobre su enorme bíceps. Era una palabra. Un nombre. El nombre de una mujer: Mirabella.

Se mordisqueó el labio inferior.

¿Sería una antigua novia? ¿O tal vez su novia actual? ¿Su mujer? ¿Sería una intrépida reportera? ¿O una nativa de algún lugar exótico que le había robado el corazón para siempre, haciéndolo intocable, para su desgracia?

El bajó el brazo y ella, tras alzar la vista, lo encontró mirándola con una de esas medias sonrisas que le producían mariposas en el estómago.

—¿Una mañana ajetreada? —se colocó uno de sus tirantes.

Él se encogió de hombros y de pronto a esa sonrisa se unió un rubor que no se correspondía con un chico de semejante tamaño.

—Perdona por mi media desnudez, aún sigo con el horario de Londres. Me he levantado hace mucho y ni siquiera sabía qué hora era.

—Supongo que ya estamos en igualdad de condiciones —dijo ella antes de arrepentirse de haber recordado aquel momento en que él la encontró en su piscina.

—Eso es —dijo él con mirada comprensiva—. Bueno, ¿te has bañado ya?

—Todavía no. Pensé que primero tendría que trabajar antes de reclamar mi premio. No quiero aprovecharme de ti... quiero decir, de tu piscina.

—No te preocupes por eso. Puedes nadar por la mañana si quieres, sobre todo con las Olimpiadas a la vuelta de la esquina.

Ella sintió calor en las mejillas y contuvo una sonrisa mientras dijo:

—Te tomé el pelo respecto a eso.

—No. ¿En serio? —el sarcasmo rezumaba de sus palabras, pero a pesar de ello no perdió la sonrisa.

—Sí. De verdad, necesito la piscina porque en realidad soy coreógrafa de natación sincronizada, pero lo llevo en secreto. No quiero que se sepa porque si no tendría a todo el mundo llamando a mi puerta.

—Entiendo. Eso tiene todo el sentido del mundo.

Tras unos largos segundos en los que el olor de las pinazas y de las rosas se mezcló con el aroma de una cálida piel masculina, Hud continuó en dirección a ella. Kendall se balanceó hacia atrás sobre los talones.

La alcanzó en el último segundo y entonces ella sintió cómo todas las promesas que había hecho para no encapricharse de ese chico se derretían con el invasor calor del día. Le costaba respirar.

Él le acarició el hombro; deslizó la mano hábilmente bajo la tira de la pesada bolsa y se la quitó de encima como si no contuviera más que un puñado de plumas. Y entonces se alejó, bañándola a su paso con un susurro de aroma a sándalo, y deteniéndose únicamente para decirle «¿vienes?» antes de desaparecer dentro de la casa.

Si Kendall quería volver a ver su ordenador portátil, no tenía más opción que seguirlo.

Y en lo que respectaba a encontrar una oportunidad de descubrir quién era esa tal Mirabella... bueno... tendría que recordarse continuamente que eso no era asunto suyo.

Capítulo 3

LA PURA elegancia del exterior de la casa le había dado a Kendall una pista sobre la grandeza que se encontraba dentro de las altas paredes de Claudel.

Papel pintado color crema con rosas dibujadas oro pálido la llevaron hasta un enorme salón donde unos suelos de roble tenían insertadas grecas de mármol también con forma de rosa. El techo era tan alto que tuvo que estirar el cuello para poder ver la segunda planta, completamente bordeada por una galería. A través de entradas en forma de arco vio pasillos que llevaban a habitaciones y alas en todas las direcciones con escaleras de caracol que daban a alcobas escondidas. Era inmensa. Preciosa. Elegante. Como sacada de un libro de Historia del Arte.

Pero, a pesar de todo ello, no pudo apreciar un ápice de calidez. Todos los muebles estaban cubiertos con sábanas blancas como si la casa hubiera sido cerrada y la familia siguiera fuera. El regreso de Hud no había dejado que entrara aire nuevo en aquel lugar.

—Kendall —dijo una voz desde algún punto a su derecha. Ella caminó lentamente para que sus enormes botas no resonaran por el majestuoso vestíbulo.

Pronto encontró a Hud en una gran habitación, iluminado por una luz que atravesaba varias ventanas en forma de arco con sus cortinas de terciopelo dorado. Afortunadamente se había puesto una camiseta limpia con la que cubrirse. De no ser así, habría tenido que sentarse allí con él con el torso desnudo y no estaba muy segura de que hubiera podido aguantar la mañana entera sin sufrir la rotura de algún vaso sanguíneo.

Kendall observó su bolsa de cáñamo a los pies de Hud justo antes de que él le bloqueara esa imagen al quitar una gran sábana blanca de un mueble que había entre ellos dos. La tela levantó una nube de polvo que lo envolvió en una brumosa luz dorada y rodeó con un halo sus rizos morenos.

—No necesitamos todo esto —dijo ella con una voz algo rasgada, para nada producida por el efecto del polvo—. Estoy acostumbrada a unas condiciones de trabajo mucho más sencillas. Suelo trabajar en un escritorio de formica de segunda mano junto a la cocina. O, si Taffy me echa del ordenador grande, entonces utilizo el portátil apoyado en mi regazo y sentada enfrente de la

tele.

Hud enrolló la sábana en una bola y la dejó junto al sofá.

—Pues esa mesa también es de segunda mano —dijo él, que de pronto se giró hacia ella y la encontró mirándolo.

Rápidamente, Kendall apartó los ojos y miró hacia la mesa a la que se estaba refiriendo. Bordes biselados, patas estilo Reina Ana, una auténtica pieza de anticuario. Volvió a mirarlo con una ceja arqueada.

—Estoy segura de que mi mesa de formica no ha recibido su nombre de un miembro de la realeza y de que jamás habrá estado en manos de uno de ellos.

—Ahí me has pillado —la observó durante unos segundos con una cálida sonrisa.

Ella sintió una repentina necesidad de respirar profundamente. Se tambaleó y se desplomó sobre la silla con respaldo de terciopelo que había detrás del improvisado escritorio. Juntó las rodillas, mantuvo la espalda erguida y siguió aferrada a su bolsa de baño, sin estar muy segura de qué hacer mientras él seguía quitando sábanas de los muebles de la habitación. Cuando terminó, la sala parecía un lugar más acogedor y la hizo dejar de sentirse como si fueran dos niños que habían entrado en una casa sin permiso.

Después, Hud se quedó analizando la habitación, con las manos en las caderas, el pecho hacia fuera y esos ojos oscuros oscilando de detalle a detalle como un soldado reconociendo el terreno de un campo enemigo.

—Y Taffy… —dijo él tomándola por sorpresa—. No puede ser la pequeña Taffy Henderson, ¿verdad?

Ella parpadeó y dejó caer la bolsa de la piscina sobre el suelo de madera pulido.

—Sí, pero ya no es tan pequeña.

—Estaba seguro de que ya estaría viviendo en Nueva York, pisando los escenarios de Broadway. Siempre fue una pequeña reina del drama.

Kendall no pudo evitar reírse a carcajadas.

—Ah, no. Trabaja como recepcionista para los contables del pueblo —y tras una pausa añadió—: Hace de reina del drama cuando está en casa.

La miró y le sonrió. Ella sintió una sacudida en el estómago tan fuerte que pareció resonar en todo su cuerpo.

—Qué suerte tienes —dijo él.

—Ni te imaginas.

—Así que es tu…

—Amiga. Tengo una habitación alquilada en su casa. Nos conocemos desde que fuimos juntas al instituto. Ella iba dos cursos por encima y el resto es una larga historia.

—Pues a mí me sobra tiempo —dijo dirigiéndose con paso tranquilo hacia ella.

—Salí con su primo —dijo ella, tan distraída por la presencia de Hud que ni siquiera sintió las palabras hasta que no estuvieron fuera de su boca.

—¿También es de por aquí? ¿Lo conozco?

—No —respondió Kendall, pasándose una mano sobre la nuca para intentar aliviar la tensión que le comprimía los músculos—. Todos estudiamos en Melbourne. Taffy estaba con la familia de George durante la semana y vivían cerca de la mía. Pero ¿sabes?, tengo que entregar unos artículos en el periódico a las tres y además tengo un baño pendiente…

—Claro. Disculpa, he olvidado completamente que ésa es la razón por la que estás aquí.

Sacó su viejo portátil de la funda y junto a él, su omnipresente libreta roja. Miró hacia el ordenador, colocó los dedos sobre las teclas, la mitad de las cuales hacía tiempo que estaban borradas, y se decidió a no volver a mirar a Hud.

Pero después de varios momentos interminables, no pudo resistirse. Alzó la mirada y se encontró a Hud de pie en medio de la habitación, con una mano en la cadera, la otra sobre la nuca como si también hubiera algo que le estuviera incomodando. Sus bíceps se marcaban bajo el algodón de la camiseta y los vaqueros le colgaban demasiado por debajo de las caderas. La miró. Peor todavía, miró dentro de ella.

Como si las paredes protectoras que solían mantenerla a salvo de cualquier desorden emocional fueran transparentes ante él. Como si él supiera que los artículos que tenía que entregar a *The Northern News* no fueran la razón por la que ella quería centrarse rápidamente en la tarea que habían acordado.

Estaba allí porque se sentía atraída por él, aunque no sabía si era por sus ojos tristes o por su hermosa cara.

Apoyó las muñecas sobre la mesa y el aire que soltó al expirar fue un aire caliente, como si hubiera estado encerrado dentro de ella durante una eternidad; la piel le ardía mientras esperaba a que

él dijera algo, que le dijera lo que estaba viendo.

—Si ahí estás cómoda, yo prefiero caminar mientras hablo. ¿Te parece bien?

Kendall habría estado mucho más cómoda en el sofá, con los pies sobre la mesa de café y el portátil sobre los muslos, pero eso la habría situado más cerca de Hud y de su aroma a sándalo y le habría hecho más fácil tirar abajo esas paredes que la protegían.

—Por mí está bien.

—Bien, entonces vamos a empezar con esto.

«Esto», se repitió Hud en su cabeza, como si contar la historia de los dos últimos meses de su vida y plasmarlos en el papel fuera una distracción que impedía otras cosas que ellos dos podrían estar haciendo juntos en aquel momento.

Pero «esto» era la razón por la que él estaba allí, mientras que esa joven era la auténtica distracción. De eso no había duda. Esa piel que parecía estar cubierta de rocío, esos enormes ojos y aquella personalidad compleja eran suficientes para hacer que un tipo como él, un tipo famoso por cansarse pronto de todo, se mostrara interesado.

Con el paso de los años, había encontrado mujeres por todo el mundo que eran felices siendo la distracción de un hombre que sentía una resistencia innata a asentarse en un mismo sitio. De algún modo, eran ellas las que lo buscaban a él y no al revés. Pero su instinto le decía que esa mujer no era como las demás.

Comenzó a caminar lentamente mientras intentaba encontrar el modo de empezar, de pronunciar las palabras con las que sacar de dentro de sí esa gran y oscura sombra que se cernía sobre su futuro como una nube de tormenta esperando a estallar.

Kendall apretó los labios y apoyó las manos sobre el borde del ordenador.

—El «Érase una vez…» ya se ha usado demasiado —dijo ella—. El «Nací…» también se ha utilizado ya, pero cualquier otra cosa nos podría valer.

—Gracias —dijo él dirigiéndole una irónica sonrisa. Y tal vez, tras decidir que eso de estar paseando mientras le dictaba no le servía de ayuda, se sentó en el sofá, agarró un cojín de terciopelo, lo golpeó unas cuantas veces y lo colocó en una esquina del sofá antes de tumbarse y apoyar la cabeza en él. Pero entonces se sintió como si estuviera en la consulta de un psiquiatra.

Se incorporó y se sentó, entrelazó las manos con fuerza y pensó

que debería empezar por el día en que todo ocurrió.

—Colombia —dijo y la palabra salió de sus pulmones como si hubiera tenido que atravesar un obstáculo. Cerró los ojos y respiró hondo mientras intentaba controlar todas las imágenes que empezaban a acumularse en su cabeza.

«Mala idea, mala idea», le canturreó el subconsciente para luego decirle: «Sé un hombre y hazlo».

Miró a Kendall y vio que, mientras tenía la pierna derecha cómodamente estirada, estaba masajeándose la izquierda con expresión ausente.

—¿Estás bien? —le preguntó, feliz ante la interrupción.

Ella alzó la vista y él señaló a la pierna.

Entonces, rápidamente se estiró la falda y dobló ambas piernas.

—Muy bien —dijo con una sonrisa—. Continúa, hasta el momento está siendo una historia fascinante. Ojalá el resto también lo sea.

—Listilla —le dijo, pero en el fondo estaba pensando: «Ten cuidado con lo que deseas...».

—Noche —continuó él—. Un cielo azul oscuro. Sombrillas como negros agujeros triangulares apoyadas contra la tierra, construcciones cuadradas de adobe rodeando el centro del poblado. Sus ventanas oscuras como ojos vacíos mirando hacia la ruidosa multitud. Paso por delante de un grupo de jóvenes que están apoyados contra la pared de un edificio fumando, riéndose y contando chistes verdes.

Cuando se detuvo para tomar aire, no oyó el sonido de las teclas. Miró a Kendall y la encontró mirándolo con una mano apoyada en la barbilla. Parecía haberse metido en la historia, pero él sabía que aún no había historia y eso sólo podía indicar que se había quedado absorta por alguna otra razón...

Ella se aclaró la garganta y se ruborizó.

—Lo siento, ¿se supone que ya hemos empezado?

Hud se rió y, al hacerlo, liberó parte de la tensión que se había estado acumulando dentro de él. Ya pocas cosas en el mundo le sorprendían después de haber pasado una década fotografiando cosas que mucha gente se moriría sin ver y, aun así, esa criatura no dejaba de maravillarlo.

Era como una tormenta de verano inesperada, como la energía de un rayo de sol.

—Sí, hemos empezado —dijo.

—Una gran noticia —se humedeció el labio inferior dejando atrás un brillo rosado que él podría haber estado contemplando, felizmente, durante horas.

—Colombia. Ojos cerrados. Chistes verdes —dijo ella mientras tecleaba. Entonces frunció el ceño y lo miró extrañada—. ¿Qué tipo de libro es éste exactamente? Lo pregunto para saber qué clase de tiempos, de estructuras, de fuentes, de gramática y de interlineado debería emplear.

—No es exactamente un libro. Es más una... —«¿un compromiso laboral? ¿Una pérdida de tiempo? ¿Un exorcismo?—. Diría que son unas memorias.

—¿Unas memorias? Eres un poco joven para eso, ¿no te parece? Y tampoco eres ninguna estrella del cine ni un renombrado político que pueda justificar así unas memorias. No te ofendas, pero ¿lo dices en serio?

Hud soltó los dedos que tenía fuertemente aferrados a las rodillas, se echó hacia atrás y apoyó ambos brazos sobre el respaldo del sofá mientras miraba fijamente a los ojos de Kendall, que brillaban deliciosamente con un marcado escepticismo.

En aquel momento realmente sintió que nada malo podría ocurrir estando en compañía de alguien como ella y en un entorno tan hermoso. Pasara lo que pasara a su alrededor, él no sería tan cruel de empañar unos ojos tan hermosos. De ningún modo.

—Quédate cerca de mí —dijo él en una voz baja que se acercó a un sugerente susurro— y pronto lo descubrirás.

Kendall parpadeó ante el insinuante tono. Eran unas pestañas preciosas y ella era sencillamente la criatura más cautivadora con la que él se había topado en mucho, mucho tiempo.

—Está bien, lo haré —dijo y entonces colocó los dedos sobre las teclas con una expresión en la mirada que parecía reflejar lo preparada que estaba para dejarse cegar por una historia no menos que brillante—. Vamos allá con tus memorias.

Él apoyó un pie sobre la rodilla.

—¿Por dónde iba?

—Fumando, riéndose, contando chistes verdes. Y entonces...

Y entonces...

No quería hacerlo. No estaba de humor para caminar por ese callejón oscuro otra vez y tampoco le gustaba nada la idea de adentrar a esa mujer en semejante lugar.

Se puso en pie y, tras ver la pila de sábanas tiradas por el suelo,

dijo:

—¿Te apetece dejar esto y catalogar los muebles de mi tía? No tengo ni idea de por dónde empezar.

La miró esperando que ella se encogiera de hombros y dijera: «Claro». Pero la boca de Kendall se quedó abierta de par en par como la de un niño al que le acabaran de decir que ese año no habría Navidad.

—¿No? Antes parecías muy interesada en la historia de esa mesa. Estoy seguro de que en este viejo lugar hay documentos que te lo dirían todo sobre estos muebles. Piensa en todos los datos que podrías añadir a tu repertorio.

Ella tragó saliva y a continuación dijo:

—Lo cierto era que esperaba que pudieras mencionarme en los agradecimientos del libro por haber participado en tus… memorias. Podría ayudarme a volver a encontrar este tipo de trabajo. Incluso podría trabajar como negro literario.

—¿Te gustaría ser escritora? ¿Además de ser verificadora de datos y coreógrafa de natación sincronizada?

Ella sonrió y sus mejillas se volvieron de un hermoso tono rosa que desentonaba deliciosamente con su pelo rojo oscuro.

—Ah, me temo que eso también fue una mentirijilla.

—Me he quedado atónito. Entonces, ¿a qué se debe esa pasión que sientes por mi piscina?

—Electrolitos —respondió tan deprisa que, en aquella ocasión, él casi la creyó.

—Electrolitos —repitió él.

—Eso es. Hace unos años vi algo en un programa de actualidad. Nadar a diario equilibra tus electrolitos y una cantidad y una distribución adecuadas en el cuerpo son esenciales para gozar de buena salud.

—Por supuesto —Hud se rió y se relajó por completo, como si pudiera sentarse en aquella habitación y conversar con esa mujer hasta que el mundo oscureciera—. Puedo ver que ya eres una consumada cuentista, señorita York. No supondría un gran salto intentar trabajar como escritora.

—No podría esperar convertirme en escritora, leí demasiado en la universidad como para saber que no sería buena. Pero me gusta recopilar historias, supongo —alargó la mano hacia la libreta roja de tapa dura—. Desde que era una niña he anotado en esta especie de

diario frases sacadas de programas y series de la tele, de películas antiguas que me conmovieron, de canciones que quiero descargarme, de lugares que se me han quedado grabados, de momentos de especial importancia. De gente que me ha causado alguna impresión, de recuerdos que puedo sentir que están comenzando a desvanecerse. Más o menos como un documental sobre una vida en lugar de un documental sobre viajes y lugares.

Lo miró y él se preguntó si le habría causado suficiente impresión como para poder colarse en las páginas de esa preciada libreta roja, además de pensar en lo mucho que desearía poder echar un vistazo a lo que ella fuera a escribir sobre él en ese caso.

—Parece como si escribieras editoriales. ¿Lo has enseñado en alguno de los periódicos para los que trabajas?

—Oh, no. A nadie le interesaría leer sobre mi deprimente y aburrida existencia. Es sólo uno de esos sueños que tiene toda chica, como querer ser una estrella del pop o una princesa. La verdad es que es estúpido —se llevó las manos a la cara para calmar sus mejillas repentinamente rosadas—. Lo cierto es que jamás le había contado nada de esto a nadie. A nadie. Olvida lo que he dicho.

Sacudió la cabeza sorprendida por habérselo contado a él, por haber compartido sus sueños secretos. Y mientras, allí estaba él, tragándose y ocultando sus pesadillas secretas.

—En ese caso tal vez podríamos continuar un poco más, para que veas qué tal se te da escribir un documental sobre la vida de otra persona.

—Claro, si a ti te parece, yo encantada.

Él se giró y miró por las enormes ventanas salientes que daban a la parte delantera de la casa, sabiendo muy bien que necesitaba dejar de ver el hermoso rostro de Kendall para poder continuar.

—Estábamos allí trabajando en una historia sobre el ascenso del café de Colombia a manos de pequeñas empresas familiares. Nos habíamos retirado al pueblo cercano de Salento. Cenamos y nos tomamos unas copas con la gente de allí, que ya nos conocían después de llevar alojados tres semanas. Era de noche, pero no era tarde. Yo ya iba a retirarme y los demás se quedarían bebiendo. Recuerdo que, mientras me dirigía al hotel, el sendero que había a mis pies parecía hecho de pequeñas piscinas de oro bajo la luz de las antorchas.

—Muy poético —dijo Kendall y él, tras mirar por encima del hombro, la encontró tecleando con expresión de felicidad.

Se giró completamente, atraído; deseaba mirarla en lugar de ver un espacio en blanco lleno únicamente de imágenes violentas.

—Soy fotógrafo. Me quedo con las imágenes. Pregúntame qué canción sonaba en la radio cuando me he despertado esta mañana... No sabría qué decirte. Pregúntame qué cené anoche y tendría que pensarlo mucho. Pero si me preguntas cuál era el color de la falda que llevabas ayer en el pinar, o los estampados de tu toalla o el color exacto de tus ojos, no me equivocaría en nada.

Dejaron de oírse las teclas, tal y como él sabía que pasaría. Ella no lo miró y mantuvo los ojos fijos en la pantalla del portátil, pero su pecho se alzaba y caía como si estuviera respirando aceleradamente.

Tras un momento, cerró los ojos y con un tono de voz fuerte, e incluso desafiante, dijo:

—Pues dímelo.

—Azules —prosiguió él sin dudar—. Bajo esta luz son azules. Bajo las sombras del bosque son mucho más grises. Y en la casa de la piscina, bajo esa extraña media luz, con sombras, rayos del sol y reflejos de ambos, son exactamente del color del cielo antes de una tormenta.

Ella abrió los ojos. Hud se preguntó si podría llegar a decirle que eran los ojos más extraordinarios que había visto en su vida: rebosantes de emoción, brillantes de energía y tan abiertos que cada vez que los veía le resultaba más y más difícil apartar la mirada.

Antes de que él pudiera caer en tal profundo y peligroso agujero negro, fue ella la que apartó la mirada y ladeó la cabeza para pasarse una mano por el pelo.

—Un truco muy bueno para las fiestas —dijo ella fríamente—. Yo sé hacer crujir mis dedos gordos de los pies y siempre es todo un éxito. Bueno, ¿dónde estábamos?

—Piscinas de oro —respondió Hud, aunque lo único que podía visualizar era la brutal belleza de las varias tormentas a las que había sobrevivido mientras corría en busca de un refugio que lo protegiera de la siguiente que ya se aproximaba.

Capítulo 4

BEBES café? —preguntó Hud.

Kendall se extrañó ante el repentino cambio de tema. En realidad, le extrañaba todo. Había escrito unas doscientas palabras y aún no sabía de qué trataba todo aquello. Las mejillas le ardían, sentía calambres en los dedos y respiraba entrecortadamente.

—¿Có… cómo dices? —preguntó.

—Café. A propósito del argumento de la historia. ¿Distinguirías un buen café de uno malo? ¿Un café de Colombia de un café de Kenia?

—Me temo que no puedo responderte a eso. Llevo toda mi vida bebiendo café instantáneo con azúcar y leche y, por lo que sé, ése proviene de un tarro de cristal.

—Hasta que fui a Colombia yo era igual; sólo bebía lo que me daban.

—¿Qué viviste en Colombia que te hizo cambiar?

Él sonrió ampliamente y ella se preguntó qué había dicho que resultara tan gracioso.

—Sentarme con la familia Salinas en una mesa rústica de madera construida cinco generaciones antes bebiendo café cultivado y tostado por ellos mismos. Eso fue una cosa. Pero cuando tienes en cuenta que trabajan rodeados de inconvenientes como unos enormes problemas de transportes y la constante amenaza del conflicto sociopolítico, su café te sabe como lo mejor que has podido probar. Dulce, espeso e intenso. Prométeme que algún día probarás el café de Colombia y especialmente el del Valle del Cauca, a ser posible.

Kendall había dejado de teclear. Ni siquiera recordaba que debería estar haciéndolo. Simplemente tenía la mano apoyada en la barbilla y estaba mirándolo mientras hablaba sobre eventos en lugares lejanos.

Cuando ella no dijo nada en un largo rato, él se giró para mirarla.

—¿Lo prometes? —le preguntó.

Ella asintió con la cabeza porque, aunque no recordaba con exactitud la pregunta, estaba totalmente dispuesta a prometerle cualquier cosa que él le pidiera.

—Lo prometo.

Él también asintió y Kendall tuvo que recordarse que tenía que respirar.

—Entonces, ¿tú eliges tus historias y las localizaciones?

—No. Voy donde me envía Voyager. Nunca sé adónde voy hasta una semana antes de partir.

—¿Y no te asusta tener tu vida tan fuera de control?

—No. El control está sobrevalorado. Una vez que aceptas que la vida es un juego en el que hay que correr riesgos todo lo demás resulta menos complicado.

Lo que el instinto le había dicho a Kendall en un principio había quedado confirmado con esas palabras. Hud Bennington era un hombre inquieto. Podía suponer todo un riesgo. Justo todo lo contrario a lo que Kendall había estado intentando tener a su alrededor desde que había perdido el control de su vida en una tramo de carretera tres años atrás.

—Me temo que yo soy todo lo contrario —dijo ella—. Ni siquiera puedo salir de casa sin una lista de las cosas que tengo que hacer durante el día.

—Pues yo, gracias a mi actitud, he visto más del mundo de lo que la mayoría de la gente podría esperar a ver en diez vidas.

Las escapadas y las aventuras habían estado a la orden del día cuando ella había sido una adolescente. Entonces había sido un espíritu libre, una joven precoz, enérgica y llena de vida, opuesta a la seriedad de George. Una chica un tanto salvaje, sin madre y con un padre emocionalmente ausente.

Pero ahora lo que estaba a la orden del día en su vida eran el control, la rutina, la comodidad y la monotonía. Y ésa era exactamente la vida que quería llevar.

Sin embargo, ¿por qué entonces había entrado en una propiedad ajena, había utilizado la piscina de Hud en secreto y había accedido a ese loco trato, a pesar de la calidez y de los singulares sentimientos que él despertaba dentro de ella? Se había salido tanto de los límites de su rutina que debería sentirse aterrorizada. Pero, por el contrario, las palabras de Hud estaban encendiéndose y apagándose frenéticamente dentro de su cabeza como una de esas atrayentes luces de neón de los casinos de Las Vegas.

—No puedo creerme que te tenga envidia por ello —admitió—, por el simple hecho de levantarte por las mañanas sin mirar atrás. No puedo imaginarme lo liberador que tiene que ser eso. Yo siempre tengo puesto un ojo en el suelo para no caerme y el otro

sobre mi hombro para no repetir mis errores del pasado.

La inesperada sinceridad de Kendall lo hizo sentirse un fraude. Como si estuviera jugando a ser Hud Bennington III, el intrépido aventurero, a pesar de saber que probablemente no podría volver a vivir esas experiencias.

—Yo siempre he querido viajar —continuó ella.

—Pues viaja. Es tan fácil como hacer una maleta y esperar a subir al avión. O como montarte en un coche y conducir por una carretera hasta que te topas con un océano en alguna parte.

—No tengo ni pasaporte ni coche —dejó caer los hombros—. Jamás he estado más al norte de donde estoy ahora ni más al sur de Melbourne.

Hud parpadeó.

—¿Cómo puede ser así la vida de una chica de…? ¿Cuántos años tienes?

Ella lo miró a la defensiva.

—Veintitrés. ¿Cuántos tienes tú?

Eso lo dejó paralizado. A sus treinta y dos años podían ya podían considerarlo como de una generación distinta.

—Digamos que soy mayor que tú. Pero ¿por qué no te haces el pasaporte? ¿Por qué no te compras un coche?

Ella se sentó derecha sobre la silla y se cruzó de brazos antes de mirarlo.

—Tener dinero ayuda bastante a todo eso —dijo fríamente.

—Eso es verdad, aunque el deseo importa mucho más que cualquier otra cosa.

—¿El deseo?

—El deseo de conocer el mundo.

—Y ahora irás a decirme que si lo deseo con todas mis fuerzas y sueño con ello lo suficiente, todo es posible —dijo ella.

—Tal vez —y entonces, como si estuviera pasando las páginas de un álbum de fotografías, se vio a sí mismo llevándola a Londres, al reformado Teatro Globe de Shakespeare, a su hotel favorito en París con sus vistas a Notre Dame, a las ruinas de Machu Pichu. Y también la vio a ella con gesto emocionado al encontrarse en la villa de Namibia en la que todos los miembros del equipo de Hud donaron una semana de sueldo para enviar a treinta niños de allí a la escuela durante un año.

Se obligó a regresar al presente. Aquella conversación se centraba en los sueños de una chica de pueblo, no en las fantasías

de un aventurero hastiado de la vida.

—Hazlo algún día. Descubrirás que el mundo no gira ni en torno a Saffron ni a ti. Es algo bastante liberador, ¿sabes?

—¿Crees que siento que el mundo gira en tomo a mí?

—¿No? Yo me sentía así cuando tenía tu edad.

Ella palideció ligeramente.

—Pues no. La verdad es que no me siento así.

—¿No piensas que tus problemas son mayores que los del resto del mundo? ¿Que tus errores tienen mayor repercusión? ¿No es eso lo que te hace tener que estar mirando por encima de tu hombro continuamente?

De pronto, el aire que lo rodeaba se hizo pesado, denso y frío. Por difícil que pudiera ser creer que una mujer podría cambiar la temperatura de una habitación, no había duda de que aquella extraordinaria joven poseía esos poderes sobrenaturales.

—No deberías atreverte a creer que me conoces o que conoces mis problemas.

El alzó la mano a modo de rendición, pero viendo la tormenta que ya se había instalado en sus ojos, supo que ya era demasiado tarde.

Kendall intentó controlar la respiración, pero la furia que sentía la estaba superando. Aquel hombre la estaba volviendo loca.

Quería zarandearlo, pero eso significaría tener que levantarse y tal cosa le supondría un gran esfuerzo. De modo que la única arma que le quedaba era la verbal.

—Dime una cosa, Hud. Tú eres inmensamente rico, ¿verdad?

Hud se llevó la mano a la barbilla y con un dedo se frotó la mandíbula; hacia delante y hacia atrás. Ese movimiento podría haberla hipnotizado, al igual que la forma de esa hermosa mandíbula, pero no pudo hacer otra cosa que sentirse más furiosa todavía. Porque la expresión de los ojos de Hud era la misma que habrían tenido si en lugar de esa pregunta, ella le hubiera preguntado algo tan simple como cuál era su color favorito.

—Bueno —continuó—, con un nombre tan presuntuoso como el tuyo, o vienes de una familia adinerada o tu madre tenía demasiadas esperanzas puestas en ti. Y, por lo que dicen las habladurías, esta casa es tuya. Pero no tuya y también de la sucursal en Saffron del Banco Nacional. Absolutamente tuya.

—Lo es —dijo él sin dejar de tocarse la mandíbula.

—Entonces supongo que para poder comerte tu próxima tostada

de mantequilla no tienes que deshacerte de ella, porque, de ser así, ya la habrías vendido hace años, cuando la heredaste.

—No necesito venderla para comer, no.

—Yo, por el contrario, vivo al día, lo cual es una de las miles de razones por las que el solo deseo no me ha bastado para subirme a un avión y salir de aquí. Y tú mientras vas por ahí con esa actitud de «Soy tan pequeño e insignificante como tú a pesar de los millones que tengo». ¿Por eso vistes como un vagabundo? ¿Para que los demás no tengamos ganas de abofetearte por tener la desfachatez de decirnos en qué dirección se mueve el mundo?

El dedo de Hud dejó de moverse y Kendall parpadeó para volver en sí. Se había dejado llevar y había ido demasiado lejos, apenas conocía a ese tipo. ¡No! Iba a tener que disculparse otra vez.

Pero entonces Hud se rió. Tan fuerte y tan alto que echó la cabeza hacia atrás y ella pudo ver la musculatura de su bronceado cuello trabajando. La invadió una ola de pura atracción. Roja. Ardiente. Estimulante. Una ola que sobrepasaba los límites de su controlado registro emocional.

Ella se cruzó de brazos, juntó las rodillas y movió los dedos de los pies para ir preparándose y poder salir corriendo sin temblar o, mucho peor, sin cojear.

La carcajada de Hud fue muriendo hasta quedarse en una sonrisa; la sonrisa de un chico en un anuncio de loción para después del afeitado. De un hombre que se ha hecho a sí mismo, con un poder latente fluyendo como una corriente atrapada bajo su piel. La clase de chico que podía estar bebiendo cervezas y contándoles cuentos chinos a sus amigos, pero que luego podía bailar un tango con una mujer y llevársela a la cama sin hacer ningún tipo de esfuerzo.

—¿Has dicho en serio que parezco un vagabundo? —preguntó él.

—Sí. Tus vaqueros parecen más viejos que esta casa, tus camisetas están llenas de agujeros y la esfera de tu reloj está tan arañada que apenas puede verse la hora.

—¿Qué preferirías que llevara? —preguntó él con una sonrisa y con voz profunda.

Kendall descruzó los brazos y se miró las manos, que estaban temblando ligeramente. Esa conversación se estaba desarrollando de un modo que no había pretendido.

—Si lo que andas buscando es que te lleve a Melbourne a arrasar

las tiendas de ropa, pídelo directamente. Si el Bentley de Tía Fay sigue por aquí, entonces tenemos un coche a nuestra disposición.

«¿Tenemos?».

—No, yo no… Eso no es lo que intentaba decirte. Es sólo que nunca he visto un chico que parezca preocuparse menos por todo que tú.

—Me preocupo de muchas cosas, Kendall, aunque tal vez no sean las mismas cosas por las que te preocupas tú.

—¿Qué cosas?

—¿Esto es para el libro? —preguntó él con el ceño fruncido.

—No. Es para mí.

Él asintió mientras su sonrisa permanecía colgada de los extremos de su hermosa boca. Se cambió de postura sobre el sofá.

—Protección antihumedad para mi cámara, comodidad en temperaturas extremas, barreras del lenguaje, gobiernos inestables y encontrarme al otro lado de la lente unas imágenes tan lamentables que le partirían el corazón a un gigante.

Kendall tragó saliva; se había equivocado con él. Había estado intentando acusarlo de ser un vago y un cínico cuando realmente tenía el alma sensible de un artista. ¿Podía resultar más atractivo todavía?

—Vaya, pues eso hace que mi comentario resulte un poco superficial —dijo ella—. Y me hace a mí un poco superficial también. Hud, creo que de ahora en adelante deberíamos ceñimos a las reglas de nuestro trato. Tú hablas, yo tecleo, luego nado y volvemos a repetir lo mismo a la mañana siguiente.

Hud la miró a los ojos con tanta intensidad que pareció clavarla al respaldo de la silla. Ella sintió su temperatura aumentar unos cuantos grados.

—Señorita York, ésa es la cosa más sensata que he oído en todo el día.

Hud le contó a Kendall cómo le había vendido su primera foto a *The Northern News,* un periódico para el que ahora trabajaba ella; cómo había sido el fotógrafo más joven en conseguir un trabajo en Voyager Enterprises y también le habló sobre el apacible comienzo del viaje al Valle del Cauca en Colombia.

Mientras ella terminaba de teclear una frase, él observó cómo se mordía ese exquisito labio inferior. Era uno de los fascinantes tics que había visto en ella. Otros que también le gustaban eran la línea

vertical que se le marcaba entre las cejas cuando intentaba teclear más deprisa o el pequeño suspiro de felicidad cuando llegaban al final de una escena. Pero era ese constante mordisqueo del labio lo que le hacía preguntarse si a ella le gustaba lo que estaba oyendo o si, por el contrario, lo que él estaba contando no era algo por lo que la gente estuviera dispuesta a pagar.

En varias ocasiones, Kendall había dejado de teclear para simplemente detenerse a mirarlo, para observarlo como si supiera que estaba evitando decir algo.

Después de dos horas, estiró los dedos.

—¿Y hablas bien español?

—Sí. Y también un poco de francés y de ruso. El italiano lo hablo bastante bien; lo suficiente como para moverme por la mayoría de los sitios.

—Es impresionante.

—No tan impresionante como hablar la lengua de Shakespeare. Estaba casi seguro de que todo eso era un auténtico galimatías.

—No —dijo ella—. No puedes decir eso.

—Claro que sí. Todas esas expresiones y palabras extrañas me taladraban la cabeza cuando lo estudié en el instituto.

A ella se le iluminaron los ojos.

—Pero merece la pena descubrirlo, tómate tu tiempo. Escucha la fluidez y el sentimiento de esas palabras. No te obligues a comprenderlas y todo saldrá naturalmente. Te parecerá algo glorioso, divertido, conmovedor y fabuloso. Yo probaré el café de Colombia si tú me prometes que le darás a Will otra oportunidad.

Él sonrió.

—Lo prometo.

—Excelente. Ahora es mi turno: ¿cuándo podré ver algunas fotografías que puedan acompañar todo lo que me estás contando?

—¿Fotografías?

—Las tuyas. Imagino que éstas serán unas memorias con imágenes.

—Sí, claro.

—¿Tienes alguna aquí? Me ayudaría ver alguna foto de Salento, de la plantación, de la familia Salinas y también de tu equipo. En la mente tengo la imagen de Grant como un hombre enorme y me gustaría saber si estoy equivocada o no.

La revista había hecho copias de todas las fotos de Colombia que había con su cámara, pero él no había tenido ni la oportunidad ni la

intención de verlas ni de borrarlas. Tenía esas imágenes clavadas en el fondo de su mente y resultaban lo suficientemente vivas e intensas como para tener que recurrir a las fotografías.

—Me temo que no tengo fotos aquí. Bueno, dime, ¿cuántas páginas hemos hecho?

Ella parpadeó un par de veces ante el repentino cambio de tema antes de teclear unos botones en el teclado.

—Alrededor de cuatro mil palabras, lo cual está muy bien. Y tienes razón, Salento parece un lugar extraordinario. Tal vez un día, cuando me saque el pasaporte y sea rica, podré empezar mis viajes allí.

Alzó la vista y lo miró. Una parte de él quería ser su guía personal, mientras que la otra parte quería evitar por todos los medios que pusiera un pie en aquel lugar.

Pero se guardó todo esos sentimientos dentro añadiendo así más presión a la cuerda psicológica que le estaba rodeando el pecho.

—Entonces, ¿puedo llevarme algo de esto? —preguntó ella mientras se enroscaba su espesa mata de pelo en un moño alto para a continuación soltarlo y dejarlo caer sobre los hombros. Él se preguntó cómo sería sentir ese cabello contra las ásperas palmas de sus manos y qué aroma tendría si hundiera la cabeza en él.

—¿Algo de qué?

—Me refiero al trato del libro. Creo que me llevo la peor parte del trato.

Hud sintió ganas de sonreír.

—¿Pero qué tenías en mente? ¿Acceso libre a micancha de tenis? ¿Un baño en la enorme bañera de mi habitación tres noches a la semana?

Los ojos de Kendall se abrieron de par en par.

—¡A1 diablo con el porcentaje! Si me dejas usar la bañera, soy toda tuya.

Esas palabras se quedaron colgadas en el aire, entre los dos, como si estuvieran sobre una telaraña invisible. Resultaban tentadoras.

Ella movía los pulgares y los apretaba contra las palmas de las manos.

Hud la miró a las manos.

—Te duelen los dedos. Creo que ya es suficiente por hoy.

—Estoy bien.

—No. Aún nos queda mucho camino por recorrer, así que vamos

a empezar bien y dejemos que esta mañana haya sido simplemente un calentamiento. Vete a dar tu baño mientras yo…

«¿Qué? ¿Camino en círculos? ¿Pienso en demasiadas cosas? ¿Rezo para que mañana por la mañana me despierte sintiendo que soy el mismo de antes?».

Respiró profundamente por la nariz.

—… mientras vuelvo a familiarizarme con todos los rincones y escondites de Claudel.

Kendall se levantó lentamente. Tenía los músculos agarrotados por haber estado sentada en el mismo sitio durante tanto rato. Mientras recogía sus cosas, preguntó:

—Tú siempre eres muy aventurero, ¿no?

Esa chica tenía mucha energía y un espíritu animado, además de una curiosidad exagerada.

Rodeó el escritorio y se detuvo delante de Hud. Extendió la mano, con la palma hacia arriba, y lo obsequió con un diminuto regalo en forma rectangular.

—Es una tarjeta de memoria —dijo ella—. Todos los días te iré guardando aquí lo que escribamos. Así estará a buen recaudo.

—Gracias —él alargó la mano y tomó el diminuto objeto negro mientras rozaba delicadamente su dedo con la suave palma de la mano de Kendall—. Nos vemos mañana a la misma hora.

—Vale —dijo ella antes de darse la vuelta y marcharse por donde había entrado.

Hud fue hacia la ventana del enorme salón y miró el camino de gravilla blanca y el jardín delantero lleno de maleza; tenía la tarjeta de memoria en la mano e intentaba convencerse una y otra vez de que lo más sensato sería no ir tras ella.

A pesar de que ello significaba que durante la siguiente hora su cuerpo bulliría ante la acumulación de tensión sexual por saber que ella sólo se encontraba a cincuenta metros, engalanada con lycra negra, con su pelo cayendo como seda mojada y el agua acariciándola la piel exactamente como él quería haber hecho desde el momento en que la había encontrado esperándolo en la puerta trasera.

Veinte minutos más tarde, Kendall se encontraba de pie en un extremo de la casa de la piscina.

Rayos de sol brillaban a través de la buganvilla y el agua se reflejaba en las paredes haciendo que todo pareciera estar en

constante movimiento. Era como un remanso de frescura y paz; resultaba algo perfecto alejado del loco mundo que se movía a toda prisa y del calor abrasador que azotaba afuera.

Ya despojada de sus botas y de su ropa y con su bañador puesto, fue hacia el borde de la piscina; los dedos de sus pies se curvaron alrededor de las suaves y desgastadas baldosas y su piel se tensó mientras se preparaba para sumergirse en el frío agua.

A Kendall siempre le gustaba sumergirse con gracia, con refinamiento, sin hacer demasiado ruido y sin salpicar porque la piscina era el único lugar en el que podía ser elegante, donde no podría resultar torpe ni perder el equilibrio.

Aunque en aquella ocasión todo era distinto porque sabía que no estaba sola.

De todos modos, Hud seguía dentro de la casa y estaba segura de que no la molestaría. Era un caballero; un caballero al que en más de una ocasión había encontrado mirándola con unos ojos que mostraban algo más que caballerosidad; un caballero que podía ser prepotente y audaz. Pero uno que respetaría sus deseos. De eso no tenía duda.

Pero él, por su parte, sabía que ella estaba allí cubierta únicamente por un pedazo de lycra negra. Sabía que estaría flotando, boca arriba, relajada, con su cuerpo húmedo, brillante y resbaladizo, con los oídos llenos de agua hasta no dejarle oír nada más que el golpeteo de pequeñas olas contra las paredes de hormigón de la piscina.

Del mismo modo que Kendall sabía que él estaría caminando de un lado a otro de aquella inmensa casa con la mente ocupada por todo tipo de guerras y preocupaciones que ella no tenía esperanza de poder llegar a descifrar.

Solos con sus pensamientos, estaban pensando el uno en el otro. De eso ella tampoco tenía duda. Las dudas que la invadían en todo momento eran de una naturaleza completamente diferente. Eran dudas en torno a si debería o no permitirle a ese hombre calar más dentro de ella.

Respiró hondo y se relajó con el ligero aroma del cloro y de las hojas de palma porque la razón por la que se había enamorado de aquella piscina, y no tenía ninguna intención de perder, no tenía nada que ver con los electrolitos ni con el deseo de ganar ninguna competición. Tenía que ver con el entumecimiento, con el dolor y con el cansancio de su malherida pierna izquierda.

Sin embargo, no había ninguna razón para que el guapo Hud Bennington lo supiera. Sólo pensar en empezar a ver lástima reflejada en esos ojos hacía que el corazón le doliera tanto como la pierna.

Un hombre como Hud podía tener a la mujer que quisiera. Tal vez a él le habría dado igual tener en su casa a cualquier otra chica, pero para Kendall tener su atención era como una droga a la que se estaba haciendo adicta demasiado deprisa.

Tenía que detener todo aquello. Él no significaba nada para ella, era prácticamente un extraño, alguien con quien había hecho un trato. Un viajante que estaba haciendo escala allí. Un barco que pasaba en la noche y algo mucho más dañino para su salud que la falta de terapia en el agua.

Sin pensar más, se alzó sobre los dedos los pies y saltó al agua.

Capítulo 5

KENDALL estaba tan inmersa en un mundo de sueños que se estremeció cuando Taffy aporreó la puerta de la entrada después de regresar del trabajo aquella noche.

—¡Cariño —gritó Taffy—, ya estoy en casa! —dejó tras de sí un reguero de bolsas, zapatos y una chaqueta de camino al salón, donde se encontraba Kendall—. Creo que mañana me voy a pedir un día de baja y vamos a irnos a Melbourne. Necesito unos zapatos nuevos.

—No puedo —dijo Kendall—. Mañana estoy ocupada —parpadeó para centrarse en el documento de Word que tenía abierto en el ordenador con varias líneas marcadas en naranja.

—¿Ocupada? —dijo Taffy sentándose sobre una silla—. ¿Y eso significa que...?

Kendall dejó de trabajar y se giró para mirar a Taffy.

—He hecho un trato con Hud Bennington. Por las mañanas lo ayudo a escribir sus memorias y a cambio me deja utilizar la piscina siempre que quiero —apretó los ojos y esperó a oír una explosión verbal «al estilo Taffy». Al no oír nada, abrió un ojo.

—Vale, así que Hud y tú...

—Tenemos un acuerdo. Es sólo cosa de negocios. Algo superprofesional —Kendall acercó la silla hacia su mejor amiga y le agarró la mano—. ¿Por qué no vienes mañana y vuelvo a presentártelo como querías que hiciera? Y luego los dos podéis enamoraros y casaros y yo podré utilizar la piscina siempre que quiera.

—¿Te ha preguntado por mí? —preguntó Taffy con los ojos como platos.

—Claro. Dijo que te recordaba como una chica... llena de vida.

—Entonces está soltero.

—Creo... que sí.

—Pero no lo sabes. No le has preguntado.

—Vale, es verdad, no tengo ni idea de si está o no casado —admitió Kendall, aunque si su oxidado instinto no le fallaba, él estaba más que soltero y lo había estado por mucho tiempo, fuera quien fuera la persona a la que se refería el tatuaje de su brazo.

Taffy apretó con fuerza las manos de Kendall.

—No todos los días una chica recibe una invitación para pasar

un rato con un tipo rico y guapo. No tienes que tener miedo de nada.

Kendall tragó saliva; Taffy había entendido con demasiada claridad que ella le estaba prácticamente suplicando que llamara la atención de Hud.

—No es eso, Taffy...

—Cállate. Te lo digo en serio, te brillan los ojos. Jamás había visto tanto color en tus mejillas, así que si no es eso, espero que lo acabe siendo. A menos, claro está, que en los últimos años a Hud le haya salido barriga cervecera y tenga tos de fumador —dijo y alzó una ceja, esperando respuesta por parte de Kendall.

No había manera de escapar. La chica era incansable. Kendall ladeó la cabeza, miró a Taffy a los ojos y dijo:

—Vale. Tú ganas. Es guapísimo, Taff. Es increíble. Es agudo, irónico y maravilloso. ¿Ya estás contenta?

Taffy sonrió y pellizcó cariñosamente a Kendall en la mejilla.

—Ésta es mi chica. Bueno, ¿y qué demonios estás haciendo aquí cuando podrías estar cortejando al chico rico y, probablemente, soltero?

—No tengo la más mínima intención de cortejarlo.

—¿Pero por qué no? —Taffy se cruzó de brazos y la miró—. ¿No acabas de decir que es guapísimo y maravilloso?

Kendall deseó no haberse expresado de un modo tan efusivo.

—También me parece maravillosa la poesía de Keats. Creo que las botas Doc Marten son maravillosas. Creo que los muebles estilo Reina Ana y el pinar al amanecer con los abejorros revoloteando son maravillosos. ¡Pero no por eso voy a cortejarlos a todos!

—Pero Hud Bennington no es un abejorro. Te conozco demasiado bien, Kendall York. Has pensado en él, has fantaseado con él. Te has imaginado en esa maravillosa casa rodeada por todas esas cosas maravillosas y por los brazos de ese maravilloso hombre. Y luego has dicho: «No, jamás. No después de lo que le ocurrió a mi antiguo novio. No me merezco esas cosas y voy a rechazarlas de plano».

Kendall miró a su amiga con la boca abierta.

—No tengo intención de cortejar a ese tipo porque él siempre está de un lado para otro. Y además se le ve como si se estuviera protegiendo de algo; como si se sintiera... dolido, creo. Puedo sentirlo detrás de sus sonrisas y de sus bromas. Y además tiene ese tatuaje en el hombro, con el nombre de una mujer. Así que, punto y

final.

—Chorradas —dijo Taffy.

—¿Chorradas?

—Esto no tiene nada que ver con un tatuaje que podría estar dedicado a su madre. No te estás permitiendo acercarte a él por George —dijo Taffy directa, pero delicadamente—. Ya han pasado tres años, Kendall. Fue horrible, no sobrevivió al accidente, pero tú sí. Ya es hora de que dejes de sentirte culpable por ello.

—Yo...

—Eres una chica guapísima, eres joven y estás sana. Y aunque necesitas un corte de pelo y algo más de estilo, tienes algo que hace que la mitad de los tipos de mi oficina te encuentren tan encantadora que a mí me dan ganas de vomitar. Vives en la tierra de los jubilados, así que tienes a tiro a cualquier chico que pase por aquí. Ya es hora de que superes el pasado y, por lo que veo en tus ojos cada vez que pronuncias su nombre, éste es el chico que podría ayudarte a hacerlo.

—Pero se marchará en cuanto...

—No te estoy diciendo que te cases con él. Sólo te digo que aproveches esta oportunidad para volver a subirte al caballo, por así decirlo.

—No es que sea asunto tuyo, pero desde que sucedió lo de George, ya me he subido al caballo y no ha resultado ser algo tan positivo.

—No me estoy refiriendo al sexo, cielo. Me refiero a la amistad, a la atracción, a una relación, al amor...

Pero Kendall simplemente sacudió la cabeza enérgicamente. Esas cosas marcaban a una persona y les dejaban una señal que no podía borrarse fácilmente.

Hud era la última persona con la que podía permitirse poner en peligro sus sentimientos. Él se marcharía y ella se quedaría destrozada.

—Pero no me veo volviendo a casa por las noches y suspirando delante de ti al contarte lo ilusionada y lo enamorada que estoy, como tú me has contado a mí miles de veces —dijo en un intento de darle otro enfoque a la conversación.

Taffy se rió.

—¡Bienvenida al mundo de las veinteañeras solteras...! ¡Por fin!

—No es tan divertido como tú siempre dijiste que sería.

—Claro que no, pero siempre que tengas a tus amigos a tu

alrededor para ayudarte en los malos momentos, estarás bien —Taffy suspiró—. Parece que, una vez más, me han arrebatado el amor de Hud Bennington. Ya he captado la indirecta.

—Pero Taffy…

—No —Taffy se levantó y se dirigió hacia el arco de la puerta con la mano en la frente y gesto dramático—. Tendré que regodearme en el hecho de que Jonesy por fin me ha pedido una cita.

—¡Estás de broma! —dijo Kendall. Taffy llevaba meses enamorada de Jonesy, el director contable de la empresa.

—Sí y por eso necesito unos zapatos nuevos. ¿Estás segura de que no puedes venir de compras conmigo?

Kendall pensó en ello: podía ir a Melbourne de compras, de tienda en tienda, subir y bajar escaleras, y cruzar calles adoquinadas hasta que su pierna se resintiera del todo. O podía quedarse y pasar unas horas más a solas con Hud Bennington.

—Bueno, a lo mejor sí.

Taffy se rió un poco más.

—Quédate, cielo. Ve a jugar con tu nuevo amigo, pero mañana por la noche quiero que me cuentes todos y cada uno de los detalles.

A la mañana siguiente Kendall llegaba tarde.

Hud miró su reloj destartalado. Quince minutos de retraso. No era demasiado tiempo, pero a él lo estaba haciendo impacientarse desmedidamente.

Caminó por el piso bajo y entró y salió de habitaciones que todavía no había visto desde que había regresado.

Terminó el recorrido en la gran cocina con sus enormes y antiguos electrodomésticos y la isla de madera desportillada y cubierta de marcas que se habían ido acumulando durante cientos de fiestas celebradas en la casa. Ahora allí olía a humedad; ya había desaparecido el viejo aroma a rosas secas, pan fresco y cálidas hierbas.

Tía Fay. El artífice de esos aromas había sido Tía Fay. Su presencia en aquella casa había sido tan impactante que su recuerdo se escondía por todos los rincones. Se quedó de pie junto a la puerta mientras intentaba pensar en un lugar en el que él hubiera logrado dejar una huella tan indeleble. Pero no se le ocurría nada.

Su apartamento de Londres sólo estaba habitado diez semanas al

año, entre viaje y viaje, y a él siempre le olía a una mezcla de productos de limpieza y comida china. Su mochila y su cámara eran lo más parecido a un hogar que tenía: una deshilachada bolsa color caqui que cualquiera habría tirado hacía años y un aparato electrónico que no había sacado de la funda desde el viaje a Colombia.

Se pasó una mano por los ojos y, por primera vez en meses, pensó en Marcie. Habían salido en Londres unos años cuando él se había mudado allí y se habían estado viendo esporádicamente cuando él había regresado a la ciudad entre viaje y viaje. Ella le había dicho una y otra vez que estaba feliz con su acuerdo y él la había creído hasta el día en que había roto a llorar enfrente de él en la mesa de un restaurante en Chelsea y le había suplicado que le dijera qué tenía que hacer para hacerlo permanecer junto a ella.

Fue en aquel momento cuando él había descubierto que, después de todo, era igual que sus padres: un nómada sin dirección fija y sin lazos que lo retuvieran en ninguna parte. La clase de persona que siempre anteponía sus propios deseos y que, al hacerlo, le había hecho daño a alguien que le importaba.

Desde entonces había tenido especial cuidado en elegir las mujeres con las que pasar su tiempo; se había asegurado de elegir la clase de mujer que realmente entendiera que él era un trotamundos. Lo cierto era que ya estando en el vientre de su madre lo habían asaltado las ansias de conocer mundo y no había encontrado nada que lo retuviera en un mismo lugar más de lo necesario.

Miró el reloj. Kendall ya llevaba dieciocho minutos de retraso.

Kendall York no tenía nada que ver con sus planes a largo plazo, a pesar de que ella invadía sus sueños y su ego con esas profundas miradas que tan bien sabía sostener. Y era tan encantadora que un hombre podía perderse dentro de esa suave piel y no querer nunca encontrar una salida.

Pero él sí que tenía intención de encontrar una salida y salir al mundo real.

Aquel lugar estaba tan alejado de la realidad que le parecía estar viviendo dentro de uno de los libros de CS Lewis que había leído de niño. Toda aquella paz, calma y enmarañada belleza lo estaban haciendo sentirse desconcertado.

Cuando llegó a un pasillo, giró a la derecha, subió unas escaleras y terminó en una gran sala cuadrada con cortinas de terciopelo beige y borlas doradas que cubrían dos de las cuatro paredes. Se

encontraba en la librería.

Recordaba haber adorado aquella habitación cuando era niño. La escalera con ruedas que llegaba al techo había sido una gran atracción para un niño con demasiada energía y adicción al riesgo. Fue hacia la pared de su derecha y tiró de la larga cuerda de terciopelo; las cortinas se corrieron como si los rieles hubieran sido engrasados aquella misma mañana y descubrieron miles de lomos de libros de piel y papel.

«A Kendall le encantaría esta habitación», pensó. Se la imaginó con los ojos luminosos y abiertos de par en par y queriendo tocarlo todo, pero mostrándose dudosa de hacerlo; mirándolo de reojo pidiéndole permiso con la mirada y haciéndolo sentirse como si él tuviera su felicidad en la palma de la mano.

Deslizó los dedos sobre los lomos de los libros. Estaban colocados sin razón especial. Conociendo a Tía Fay podría haberlos ordenado basándose en cuándo los había comprado, en cuándo los había leído o en cuánto le habían encantado. Muchos nombres le resultaban familiares y otros no tanto: Chaucer, Francis, Christopher, Neels, Bradbury...

Y un tal William Shakespeare.

Hud se detuvo y recorrió con la mirada las inscripciones en oro de varios volúmenes hasta que encontró lo que buscaba.

Sacó la edición encuadernada en piel de Enrique v, se dirigió al centro de la habitación, levantó la sábana blanca de una chaise longue de terciopelo rojo y la dejó caer al suelo.

Se sentó, encontró la escena del cortejo entre el rey Enrique y Catherine y leyó... Y leyó... Y siguió leyendo mientras el Rey se disponía a conquistar a la bella, testaruda y deliberadamente ambigua princesa y le decía «estrechemos las manos» al pedirle que aceptara convertirse en su esposa.

Se recostó sobre el viejo asiento y cruzó un pie por encima de la rodilla. Sintió el humor de la escena invadiéndolo. Kendall tenía razón; le hizo gracia y se rió.

Hud dejó caer el libro sobre su regazo y se quedó mirando a la habitación. «Tómame... toma a un soldado, toma a un rey. Si me quieres, tómame tal y como soy».

¿Llegaría un día en el que se expresaría de ese modo para explicarse a sí mismo ante una mujer? ¿Cuando buscara una mujer que ejerciera como testigo de su vida? ¿Una persona que conociera todas sus historias, alguien en quién apoyarse, alguien que le diera

una razón para regresar a casa?

Se levantó y dejó el libro en su sitio.

¿Una familia? ¿Una esposa? ¿A quién intentaba engañar? El mundo era su hogar y él estaba en aquella casa únicamente para convencer a sus jefes de que estaba listo para volver a salir a trabajar. Para volver a dormir en camas llenas de pulgas, para acampar en lugares donde llovía más en un día que en todo un año en Melbourne.

Sí. Su camino ya estaba decidido. Pero entonces, ¿por qué había sido Kendall la única mujer que se había detenido en mitad de ese camino? Tal vez, antes de hacer nada, él tendría que averiguarlo.

Volvió a mirar el reloj y ladeó la cabeza para intentar oír si ella se encontraba en casa, pero todo estaba en silencio.

La necesitaba; la necesitaba enseguida y así se decidió a salir a buscarla, pero antes de hacerlo, fue quitando a su paso todas las sábanas que cubrían los muebles de la librería.

Kendall corría hacia la puerta trasera de la casa de Hud. Estiró la pierna izquierda para que no se le entumeciera completamente una vez que los músculos se le enfriaran.

Cuando llegó y llamó a la puerta, la encontró entreabierta. Parecía estar recordándole que llevaba casi una hora de retraso.

Entró y se dirigió al salón, donde encontró a Hud de pie junto a la ventana. Se detuvo en seco, intentó pensar en una excusa que no resultara pobre ni ridícula. Podría haber tenido que ir a hacer unos recados o haber tenido que enviar un artículo de último hora. O, incluso, Orlando podría haberse comido su portátil.

Pero lo cierto era que se había quedado dormida. Después de haber estado en la cama mirando el despliegue de estrellas de plástico brillantes que cubrían el techo o de haber estado con la cabeza metida en la nevera sin dejar de preguntarse por qué no dejaba de recordar cada segundo del día que había pasado con Hud, había logrado quedarse dormida justo antes del amanecer. Sólo después de haberse convencido a sí misma de que Hud Bennington era un tipo normal y corriente, con defectos, fugaz y emocionalmente bloqueado. No merecía la pena llenar las páginas de su libreta roja con él.

—Lo siento muuucho, Hud —dijo dejando las bolsas en el suelo, junto a la mesa.

Él se giró y clavó en ella su mirada color avellana. Desde el otro

lado del salón, Kendall pudo ver varias emociones parpadeando en sus ojos: alivio, aprensión y una indiscutible y descarada atracción.

—No pasa nada, no me esperaban en ningún otro sitio. Ahora mismo eres la única cita anotada en mi agenda, Kendall.

«El libro», se dijo ella desesperadamente. «Quiere decir que el libro es lo único que tiene pendiente en su agenda».

—De todos modos... lo siento —le ofreció una sonrisa carente de emoción y llena de profesionalidad.

Rápidamente, sacó el portátil, los lápices y la libreta roja y se sentó. Se alegró de que él estuviera lo suficientemente lejos como para no ver que le estaban temblando las piernas y las manos.

—Bien, ¿dónde nos quedamos? —preguntó mientras leía la última página del día anterior—. Sobre todo cosas sobre la familia Salinas.

Tal vez ese día él comenzaría a contarle las historias emocionantes, las aventuras que ella estaba deseando escuchar. Las razones que se encontraban detrás de esas ropas raídas y de la cicatriz en el labio.

—¿Tienes calor? —preguntó él cuando se sentó en el sofá.

Ella alzó la vista.

—No. Si quieres ir a beber algo frío, ve. Yo puedo esperar.

Por el rabillo del ojo lo vio negar con la cabeza.

—Estoy bien, pero es que yo no me paso el día con botas y faldas largas.

—¿Me estás dando algún consejo sobre moda? Creía que ayer habíamos quedado en que no tenías derecho a hacerlo —Kendall le dirigió a su camiseta y a sus vaqueros una mirada altanera, aunque luego deseó no haberlo mirado. En vaqueros viejos y con una fina camiseta gris, el chico estaba realmente bien. Mejor que bien.

Él sonrió, como si Kendall tuviera escrito en la cara todo lo que estaba pensando.

—Sólo quiero que estés cómoda.

—Estoy más que cómoda —dijo mirándolo de arriba abajo—. Tan cómoda que he estado planteándome traerme aquí esa mesita de café y poner los pies encima.

Hud sonrió más todavía.

—Pues hazlo.

Kendall miró la absurdamente costosa pieza de anticuario que había delante de las piernas de Hud. Ella jamás había posado sus pesadas botas sobre semejante clase de mueble, eso sería casi como

cometer un sacrilegio.

De repente Hud levantó el pie derecho de encima de la pierna izquierda y lo sostuvo en el aire delante de la mesa, como si fuera a posarlo encima. Kendall contuvo el aire, se echó hacia delante bruscamente, como si quisiera impedírselo, y él esperó a que lo mirara a los ojos.

Y entonces se rió. Se rió fuerte y de un modo espontáneo. Se agarró la barriga como si la inesperada carcajada le estuviera haciendo daño, pero también liberándolo.

—Puedes resultar bastante desquiciante, señor Bennington —dijo Kendall.

—Y tú, señorita York, no eres tan dura como te gustaría hacerme creer.

—Soy muy dura —le respondió. Y para demostrárselo, se giró hacia el ordenador y descansó los dedos sobre el teclado, ignorando al hombre que tenía a escasos dos metros de ella—. Intenta poner tus sucios pies encima de esa maravillosa mesa y verás lo dura que puedo ser. Y ahora, si quieres que escribamos tu historia, ya puedes ir empezando. Tengo una cita con una piscina y no tengo intención de faltar a ella.

—Vale. Podríamos hacerlo.

—¿O?

—Hace demasiado calor para estar aquí dentro. Y afuera hace un día demasiado agradable como para perdérselo.

—He visto cientos de días como éste, Hud. Créeme, sobreviviremos si nos lo perdemos.

Hud se levantó y se frotó las manos.

—A lo mejor tú sí, pero yo llevo días aquí encerrado. Voy a volverme loco, necesito salir de aquí.

—¿Y adónde piensas ir exactamente?

—No lo sé. Afuera. Estoy seguro de que hay rincones que no has visto nunca. Un chico del lugar, como yo, podría enseñarte algunas cosas.

Kendall enarcó una ceja y fingió una absoluta indiferencia.

—Llevo tres años viviendo aquí. No sé qué podrías enseñarme que yo no haya visto ya.

—Tienes veintitrés años —le dijo con una irresistible sonrisa—. Yo tengo treinta y... algo. Hay muchas cosas que un hombre con mi experiencia podría enseñarte.

—¿Pero qué has desayunado, Hud? —le preguntó mientras él se

acercaba al escritorio y ella arrastraba la silla hacia atrás para marcar distancia entre los dos—. ¿Setas que has arrancado del jardín, por casualidad? ¿O tal vez hojas de un tomatero que al final no ha resultado ser un tomatero?

—Huevos, beicon y tomates, sin hojas, que me ha traído la encantadora señora Jackson. Es increíble lo que puedes conseguir por teléfono hoy en día.

—A lo mejor a la señora Jackson le gustaría que le enseñaras Saffron.

—No —le dijo Hud extendiendo una mano hacia ella—. Prefiero enseñártelo a ti.

Él era tan alto, tan diferente, tan encantador, tan peligroso... se sintió como si fuera un caballero sobre un corcel blanco y ella una princesa en apuros. Y, como le ocurriría a toda chica en un cuento de hadas, en el momento en que le tomara la mano, su vida ya no volvería a ser la misma.

Pero ella no quería que su vida cambiara. Le había llevado años sentirse contenta con ella... o, al menos, tan contenta como podía esperar ser.

—Tu libro no va a escribirse solo, Hud.

—¡Qué lastima!

—Siempre lo dejas todo para última hora, ¿verdad?

—Jamás lo había hecho antes. Normalmente soy muy inquieto y me gusta hacer las cosas a su debido tiempo. No sé muy bien qué ha pasado para que eso haya cambiado.

Ella ignoró la mano de Hud, aunque sí que se levantó de la silla y a continuación apagó y cerró el portátil.

Él se movió alrededor del escritorio; su masculino aroma iba acercándose más y más a ella. Kendall se cruzó de brazos e hizo lo posible para mantenerse alejada de él, aunque la penetrante mirada de Hud le estaba haciendo dudar cuánto tiempo sería capaz de resistir.

—Vamos, cielo —le dijo sonriente antes de tomarla de la mano y sacarla del salón.

Capítulo 6

HUD TIRÓ de Kendall y la llevó hasta la cocina. Allí tomó una pequeña bolsa nevera que, obviamente, tenía preparada. De modo que aquella excursión no resultó ser algo tan repentino como él había hecho parecer en un principio.

Kendall se agarró fuerte a la mano de Hud mientras juntos rodeaban la casa. O tal vez, era él el que la estaba agarrando fuerte a ella. De cualquier forma, ambas manos encajaban a la perfección.

—¿Es demasiado pronto para volver a preguntarte adónde me llevas?

—Confía en mí, te encantará.

Cuando llegaron a un cobertizo que había en el jardín, Hud la soltó y abrió la puerta de metal. Kendall estornudó unas ocho veces ante la polvareda que pareció ver su primera oportunidad de escapar en diez años. Permaneció junto al umbral de la puerta mientras Hud buscaba algo entre una pila de trastos. Así pudo observar la impresionante piel morena que asomó por debajo de la camiseta de él. «No es más que piel», se dijo a sí misma mientras una oleada de puro placer femenino emanaba desde el centro de su estómago.

Entonces él se giró.

—Una bici —dijo ella.

—Una bici —repitió él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Y…

—Y tú y yo vamos a ir a dar un paseo.

—Me dijiste que confiara en ti. Me prometiste que me encantaría tu sorpresa, pero creo que no, gracias. No es lo mío —salió del cobertizo caminando hacia atrás con tanta prisa que casi se cayó sobre un banco de hierro forjado del jardín.

Hud la miró con gesto desconcertado.

—Yo… —¿cómo podía arreglar eso y no quedar como una idiota? Su pierna izquierda… ella no podía No puedo montar en bici, Hud. No sé.

—Oh, bueno, no pasa nada. No tienes por qué hacerlo. He montado en esta bici más veces con una chica subida en el manillar que solo, así que no pasará nada.

—¿Se supone que con eso me tengo que sentir mejor? ¿Que seré la chica número ciento uno a la que has dejado subirse al manillar

de tu bici?

Hud la observó durante unos segundos y en silencio fue acercándose a ella con la bicicleta en las manos.

—Eso no es lo que intentaba decir. Tenemos sol, tenemos aire fresco, tenemos comida para hacer un picnic. Podemos utilizar la bicicleta y pasar un día estupendo. No pretendía darte la oportunidad de ponerme una excusa tan infantil y aniñada para decirme que no.

En ese momento Hud se encontraba tan cerca que Kendall podía ver los reflejos dorados en sus ojos; tan cerca que podía oler su amaderado aroma; tan cerca que podía oír los distintos matices de su voz: madurez, humor y coqueteo.

—¿Aniñada? Tengo veintitrés años, soy una mujer adulta y hace años que no he hecho nada aniñado. Hud se sonrió.

—Pues a mí me lo ha parecido.

La bici se sostenía fácilmente sobre esos fuertes brazos y colgaba de ellos como un escudo. La tensión se podía apreciar en el aire cubierto de polvo; era una tensión sexual. Pura tensión sexual.

Y mientras se embriagaba con esa sensación, Kendall sacó una cadera hacia fuera y tamborileó los dedos sobre ella. Él no lo sabía, pero aquél fue el movimiento más aniñado que ella había hecho en mucho tiempo.

—Está claro que no me has comprendido.

—Lo único que he visto es que te has mostrado celosa.

—¿Celosa de las chicas que se subirían al manillar de la bici de un chico? En absoluto.

—No lo subestimes hasta que no lo pruebes.

—¿Mirabella no probó a subirse? —en el instante en que esas palabras salieron de su boca, Kendall deseó no haberlas pronunciado.

—¿Quién?

—No te hagas el tonto, ayer vi tu tatuaje —y le señaló el brazo derecho.

Una enorme sonrisa atravesó el rostro de Hud.

—Mirabella es mi cámara, la misma que tengo desde hace cinco años, y forma parte de mi éxito tanto como el mucho o poco talento que yo pueda tener. Por eso me hice el tatuaje.

Kendall intentó encontrar un comentario inteligente que no la hiciera parecer, más todavía, una mujer que había admitido estar celosa de un aparato electrónico, pero las únicas palabras que

salieron por su boca fueron:
—Entonces está bien. Lo haré. Me subiré en el estúpido manillar de tu bici.
—Bueno, ha sido más fácil de lo que esperaba.
—Pues no te acostumbres.
—La verdad es que podría acostumbrarme a esto, ¿sabes?
—Seguro que sí —se apartó para dejarles espacio a Hud y a su bici, pero también para poder respirar hondo sin embriagarse con su aroma—. Bueno, ¿adónde vas a llevarme?
—Dejemos que eso también sea una sorpresa.
—¿Debería ponerme una falda estilo años 50 y dos coletas como las chicas de tu época? Porque desde que tú fuiste joven han pasado muchos, pero que muchos, años, ¿no? ¿O acaso te ibas con las chicas malas? ¿Las de pantalones negros ajustados y camisetas rasgadas? ¿Debería comprarme un paquete de cigarrillos y enrollarlo en la manga de la camiseta?
—La verdad es que no necesitas complicarte tanto. Yo siempre fui detrás de las chicas elegantes y finas, así que puedes venir tal como estás.
—Otro claro ejemplo de tu sutileza.
—Bueno, prepárate, cielo —se colgó la bici de un hombro como si fuera un superhombre y le sonrió una vez más.
—Venga, vamos a subirnos a tu bici antes de que me arrepienta.

El cálido aire de verano se deslizaba por el pelo de Kendall mientras Hud pedaleaba por el sucio camino lleno de baches que los llevaba a las Cataratas Saffron, las mismas que le habían dado su nombre al pueblo.
Ella tenía las manos fuertemente agarradas al manillar; le estaba empezando a doler el trasero por llevar veinte minutos sentada en esa diminuta pieza de metal, pero cerró los ojos y se dejó invadir por el aroma a polvo, musgo y hierba.
El sol le caía sobre los hombros y los párpados. El silbido del aire le llenó los oídos hasta hacerle sentir que estaba volando.
Ingrávida. Como cuando estaba nadando, pero aún mejor. Había salido al mundo y se sentía libre, llena de posibilidades. No quería que aquello acabara.
La bici aminoró la marcha y giró a la derecha. Los ojos de Kendall se abrieron y se encontraron bajo la sombra de decenas de sauces.

—Casi hemos llegado —dijo Hud y su voz pareció acariciar la nuca de Kendall.

—Gracias a Dios. Cinco minutos más y no me habría vuelto a sentir el trasero.

La bicicleta fue más y más despacio. Una exuberante hierba verde cubría un terreno ligeramente ondulado por todo el camino que conducía a un riachuelo lleno de rocas y bordeado por árboles de caucho altos y delgados y sauces cuyas ramas se mojaban en el agua cristalina. El sonido de una catarata cercana susurraba en el aire.

El pie de Hud se posó en el suelo y él rodeó a Kendall por la cintura para evitar que se cayera. Ella, instintivamente, lo agarró del brazo con fuerza y se quedó apoyada en él unos instantes, acompasando su respiración a la de él mientras un masculino aroma la rodeaba y se iba filtrando bajo sus cada vez más debilitadas defensas.

—Vaya, buenas noticias —le dijo Hud, casi con un susurro, a su oído izquierdo—. Hacía tanto tiempo que no venía por aquí que creí que acabaríamos en algún páramo perdido en el que jamás podrían encontrarnos. ¿Qué tal se te da cazar?

—Nunca lo he probado, aunque después de ver lo magníficamente bien que se me ha dado montar en el manillar, creo que también lo haría de maravilla.

Pudo sentir la delicada carcajada de Hud vibrar en su propio pecho.

Él posó el otro pie en el suelo y la ayudó a bajar. Entonces apoyó la bicicleta en un árbol y, mientras Kendall se dirigía al riachuelo, se descolgó la bolsa nevera de la espalda.

—¿Tienes hambre? —preguntó Hud.

—Estoy famélica.

—No me extraña, te habrás cansado mucho ahí sentada mientras yo no hacía más que pedalear.

—¿Es que esperas que te diga lo grande y fuerte que eres por haber cargado con mi peso? —le preguntó ella.

—¿Es que esperas que te diga que eres tan ligera como una pluma?

Ella, que había estado agachada tocando el agua, se levantó y lo miró por encima del hombro.

—¿Estás diciéndome que no lo soy?

—Sí, ¡pesas muchísimo!

Se giró completamente.

—También podría ser que estás bastante más viejo y débil que la última vez que hiciste esto. No olvides que yo no tengo trece años.

—No, eso no puede ser.

—Vale, tú eres un tipo grande y fuerte y yo peso un quintal.

—Eso me gusta más.

Kendall se apartó y caminó por el borde del riachuelo; necesitaba despejarse después de ese momento de flirteo en el que se habían visto inmersos.

Pasó por delante de un matorral en forma de media luna y se topó con un escarpado acantilado, cubierto de helechos y musgo y salpicado por una pequeña, pero pintoresca, catarata. Era algo precioso, incluso mágico. Respiró profundamente y en silencio le dio las gracias a Hud por haberle dado ese día.

—¿Una sorpresa agradable?

—Hud, esto es... —no logró encontrar las palabras para describirlo.

—Sí, ¿verdad? —se agachó y hundió las manos en el agua donde unas piedras redondas y diminutas desaparecían en la profunda oscuridad de un pequeño, pero perfecto lago.

Después se levantó, metió las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros y la miró. Simplemente la miró. —¿Solías traer aquí a las chicas?

—Algunos de los chicos del pueblo y yo veníamos aquí a nadar, creíamos que nadie más en el mundo conocía este lugar. Y ahora aquí me tienes, me he convertido en uno de esos adultos de los que queríamos alejamos viniendo aquí. Y seguro que los chicos de esta generación creen que son los únicos que conocen este lugar.

—Así es como gira el mundo.

—Sí. Y cada vez más deprisa, a medida que pasan los años. Tan deprisa que siento que tengo que correr más y más para no quedarme atrás.

Kendall sintió un nudo en la garganta porque aquélla fue una sincera revelación del hombre que ella misma había creído estar carente de emociones.

—Yo también me he sentido así.

—¿Sí?

—Durante un tiempo corrí tan deprisa que perdí el sentido de mi vida.

—¿Quieres contarme qué te hizo correr tan deprisa? —le

preguntó con una voz tan sexy que le hizo querer contárselo todo sobre su salvaje adolescencia sin la influencia de unos padres, sobre la calmada presencia y el apoyo de George y sobre cómo, al final, su naturaleza se había impuesto y ella lo había arruinado todo. Pero no podía soportar la expresión de los ojos de Hud con esa mezcla de compasión y de crítica.

—¿Quieres tú contarme lo que te pasó realmente en Colombia?

Él se rió suavemente.

—¿Por qué no comemos antes de que los rugidos de mi estómago destrocen el precioso sonido de la catarata?

«¿O antes de que uno de los dos tropiece y cruce la delgada línea que nos mantiene a salvo al uno del otro?», pensó Kendall.

Después de almorzar pollo frío y una ensalada que Hud había improvisado, Kendall se tumbó sobre la hierba decidida a relajarse.

—¿Tuviste algún apodo en el colegio? —preguntó él.

Kendall giró la cabeza y lo encontró tumbado a su lado, con la mano apoyada en la barbilla.

—Eso no te lo pienso decir.

—¿Y por qué no?

—Porque lo utilizarías en mi contra.

—El mío era un bonito derivado de mi «tercer» nombre.

—Muy bien. El mío era Muñeco Ken.

—Vaya, los niños sí que tienen imaginación.

—Pues el tuyo era mucho peor.

—Qué va, me lo he inventado para que tú me dijeras el tuyo.

Kendall se rió.

—Eres un idiota.

—Lo soy. ¿Te apetece darte un baño? —le preguntó moviendo las cejas al estilo de Groucho Marx.

—Ah, no.

—¿Por qué no? Jamás he conocido a nadie al que le guste tanto nadar. Seguro que los electrolitos de un lago son mucho mejores que los de una piscina.

—La verdad es que también me inventé eso.

—Noooo —dijo con una cómica expresión en los ojos—. No me lo creo.

—Pues sí. Me daba vergüenza decirte que utilizo tu piscina para que mi piel esté suave como la seda y me haga parecer más joven de lo que soy en realidad.

—Así que no tienes veintitrés años. Interesante novedad...

—Sí. Lo cierto es que soy tan mayor que podrías ser mi hijo.

Hud echó la cabeza hacia atrás mientras se reía a carcajadas.

—Bueno —dijo aún con una sonrisa—, ¿qué me dices entonces de ese baño? Puedes quedarte con la ropa interior, si quieres. Te prometo que no miraré.

Kendall se ruborizó e instintivamente se tiró de la camiseta hacia abajo ante la idea de encontrarse semidesnuda, una vez más, en presencia de Hud. Lo había olvidado, pero ella tenía mucho que esconder.

Él tenía una cicatriz en el labio que lo hacía parecer incluso más sexy y ligeramente peligroso mientras que la cicatriz de su pierna izquierda... no tenía el más mínimo atractivo.

—No me apetece volver a casa con la ropa interior mojada —dijo ella fríamente.

—Peor para ti.

Oyó moverse la hierba sobre la que Hud estaba tumbado. Tal vez Hud había decidido quitarse la camiseta y los pantalones. Se lo imaginó con todo tipo de detalles: sus duros pectorales dorados por miles de soles, su pecho salpicado por un fino vello oscuro y sus piernas largas y esculturales.

Se sentó, abrió un ojo y lo miró de soslayo para encontrarlo completamente vestido y observándola con una pequeña sonrisa. Ella se aclaró la garganta y contempló el maravilloso entorno que la rodeaba.

—Hud, ¿por qué me has traído aquí? —en realidad había pretendido preguntarle por qué estaban allí en lugar de estar en su casa escribiendo el libro—. Quiero decir...

—¿No puedes relajarte y disfrutar de este momento? —Hud se tumbó más cómodamente sobre la hierba y emitió un exagerado gemido de relajación.

El corazón de Kendall se aceleró al ver esos fuertes brazos y esas piernas marcándose en la tela vaquera.

—Al parecer no puedo —murmuró ella.

—¿Sabes? Esta mañana me he acordado de este lugar. No había pensado en él en años y ahora, de repente, he sentido que quería volver y ver si seguía siendo tan espectacular como lo recordaba.

—Deberías haberte traído a Mirabella.

—Tal vez debería haberlo hecho —le respondió con una sonrisa que le arrugó las mejillas.

—Habría pensado que te sería tan difícil estar sin tu cámara como a mí estar sin un bolígrafo y mi libreta.

—¿Has traído tu libreta?

—Lo habría hecho si me hubieras dejado recoger mi bolsa. Lo cierto es que me siento desnuda sin ella.

—Trabajo con gente que más que vivir la vida, la graban. Como los turistas que van por Europa con una videocámara pegada a su ojo derecho. Esa forma de pensar y de actuar no me encaja con lo que sé de ti.

Kendall se rió.

—Lo que crees que sabes de mí después de cuatro días.

—Mira quién fue a hablar.

Y él tenía razón. Lo conocía tan poco como él a ella, pero aun así sentía como si lo conociera desde siempre. Como si hubieran estado encontrándose una y otra vez a lo largo de cientos de vidas sin que ninguno se hubiera atrevido nunca a cruzar el espejo y adentrarse en el mundo del otro. ¿Sería aquélla otra de esas ocasiones? ¿O sería uno de los dos lo suficientemente fuerte como para dar el salto a lo desconocido?

Tenía razón. Y además era un hombre intrigante y tormentosamente guapo. Como una aparición, como algo con lo que ella había soñado en sus momentos de soledad tumbada en la cama por la noche y deseando que su vida hubiera sido distinta.

Pero tener una vida distinta a la que tenía seguramente habría significado que se había acabado casando con George. Con el dulce, tranquilo y divertido George, cuyo color de ojos no lograba recordar, a pesar de haber cerrado los ojos muchas noches y haberlo intentado con todas sus fuerzas.

—No se trata de grabar o registrar la vida en lugar de vivirla —dijo ella tras un silencio—. Bueno, olvídalo. Al fin y al cabo hasta los hechos más importantes se acaban desvaneciendo y se pierden. Por eso ahora yo anoto todo tipo de detalles, para no olvidarme de nada, porque hay algunas cosas que debemos recordar.

—¿Como por ejemplo?

Ella dudó, pero luego se convenció de que responder a esa pregunta no supondría nada serio, no sería más que una simple conversación.

—Empecé a escribir cuando tenía ocho años, cuando murió mi madre. Comencé a darme cuenta de que estaba empezando a olvidar cosas sobre ella y por eso me puse a anotar recuerdos. Me

ayudó.

El se la quedó mirando un momento antes de decir:

—Mis padres eran antropólogos, estudiaban civilizaciones perdidas. Les habría encantado que en el pasado hubiera habido más gente que, como tú, hubiera anotado cada detalle de su vida diaria.

—¿Viajaban mucho?

—Constantemente. Yo viajé con ellos hasta que llegué a la edad escolar. Entonces entré en un internado y me quedaba con Tía Fay todos los veranos. Tenían planeado llevarme con ellos después de mi graduación, pero murieron en un accidente mientras trabajaban en Guatemala en mi último año de instituto.

—Mi padre no pasaba mucho tiempo conmigo después de que mi madre muriera. Lo intentó, pero no debió de resultarle fácil.

—¿Y ahora estáis unidos?

—No tanto. Nos llamamos por Navidad y nos enviamos tarjetas en los cumpleaños. Se ha vuelto a casar y ahora tiene una nueva familia —sacudió la cabeza y respiró hondo—. ¿Cómo puede todo esto seguir importando tanto si ya somos adultos?

—¿De verdad importa?

Ella lo miró y le dio tiempo suficiente para encontrar él mismo la respuesta.

—Es verdad, sí que importa —admitió y ambos se rieron.

Kendall se echó hacia atrás y se apoyó sobre sus delgados brazos; miró hacia Hud y parpadeó.

Él sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

Ésos serían los detalles que a él se le acabarían escapando de la memoria: el cambio de las expresiones en el rostro de Kendall, la caída de su ceja izquierda cuando fruncía el ceño, la arruguita en su mejilla izquierda cuando sonreía y el sutil cambio de color de sus ojos cuando él decía algo que la hacía reír. No había modo alguno de que un hombre pudiera guardar todo eso en su cabeza y aún tener espacio para acordarse de comer, de beber y de respirar.

Era única. Era alguien a quien él no quería olvidar y tal vez tendría que hacer algo memorable para que, cuando se marchara, ella tampoco pudiera olvidarlo a él.

Tras apenas tres minutos de silencio, ella preguntó: —¿Ves tus fotos como un modo de capturar momentos que no volverán a repetirse?

Lo miró; Kendall tenía unas mejillas sonrosadas y unos labios

suaves. ¡Ojalá él hubiera tenido a Mirabella allí…! Pero sólo el pensar en volver a tener ese objeto negro y metálico entre sus manos lo hizo temblar.

Hud se aclaró la garganta.

—Me temo que no es algo tan romántico como eso. Me pagan por presionar los botones emocionales de la gente, aunque creo que voy a utilizar tu definición para ponerla en mi currículum.

—¿Piensas en cambiar de trabajo?

El no respondió.

—¿Piensas hacerlo? —repitió ella.

—No, es lo único que sé hacer —se levantó y se sacudió la hierba de los pantalones—. Ahora que ya no vamos a bañarnos y que no nos queda comida, creo que deberíamos volver.

Le tendió una mano para ayudarla a levantarse y, una vez más, vio en sus ojos esa batalla que Kendall estaba librando en su interior mientras decidía si ése sería o no un movimiento inteligente. Ella se cambió de postura e hizo un gesto de dolor como si tuviera la pierna entumecida, lo cual él interpretó como otra artimaña para no tocarlo.

Sonrió y le dijo:

—Vamos, Kendall. Dame la mano, te prometo que te la devolveré.

Con una mueca cargada de dolor que el ego de Hud no pudo aceptar demasiado bien, hizo lo que le pidió. Y después, él sólo la soltó cuando ya no le quedó más remedio: para subirse en la bici que los llevaría de vuelta a casa.

Capítulo 7

A KENDALL se le hizo mucho más corto el camino de vuelta a Claudel que el de ida a las Cataratas Saffron. Todo parecía estar moviéndose más deprisa; las horas del día, el mundo que solía sentir estable bajo sus pies.

También se bajó de la bicicleta con más rapidez de la que lo había hecho antes; era lo mejor si quería evitar que él volviera a rodearla por la cintura y que sus cuerpos quedaran pegados el uno al otro durante unos segundos.

Se alejó de la bicicleta, del cobertizo y de él.

—¡Ey! ¿Estás bien? —le gritó Hud.

Ella miró por encima del hombro y lo vio apoyar la bicicleta en la pared del cobertizo.

—Estás cojeando. He visto tu gesto de dolor cuando estabas sentada en la hierba, pero he pensado que se te habría dormido la pierna —se acercó a ella con las manos abiertas y gesto de preocupación—. Lo siento, ¿no he llevado bien la bici? —extendió la mano que se quedó suspendida en el aire cerca de su cintura.

—No —respondió ella negando con la cabeza para intentar evitar mirarlo a los ojos—. No pasa nada. Estoy bien. Has conducido muy bien, es sólo que necesito caminar un poco.

—Entra y siéntate un rato, prepararé unas bebidas frías.

—Es mejor que me vaya. Estoy muy, muy ocupada. Tengo una vida que atender al otro lado del pinar.

—¿No quieres la bolsa de tu portátil?

—¿Para qué? Tendré que volver a traerla la próxima vez.

—¿No necesitas tu portátil? ¿Para tu vida al otro lado del pinar?

«¡Maldición!».

—Sí, sí, claro. Iré corriendo a por él y así te dejaré tranquilo porque seguro que tienes cosas que hacer y yo te estoy entreteniendo.

—¿Como qué?

—Como encontrar algo interesante para poner en tus memorias.

—¿No te está gustando? —preguntó con una sonrisa compungida.

—No mucho.

—A mí tampoco, pero creo que voy a esperar a pensar en eso cuando vuelvas.

Se quedaron allí de pie mirándose el uno al otro. Ella necesitaba pensar en algo que decir o, de lo contrario, podría llegar a hacer algo como suspirar.

—Entonces a lo mejor puedes empezar catalogando las cosas de Tía Fay o puedes organizar ese cobertizo. Vives en un mausoleo, te comportas como un fantasma y en eso te convertirás. Muévete, Hud. Limpia este lugar, abre las ventanas, deja que entre algo de luz. O si no, véndele la casa a alguien que la valore por la belleza que es.

Se detuvo para tomar aire.

Él se cruzó de brazos y la miró a los ojos.

—Ahora esta casa es tuya, Hud. Hazlo, nadie lo va a hacer por ti.

Él miró hacia el cobertizo repleto de polvo, resopló y dijo:

—Tienes toda la razón, puede que lo haga.

Kendall se rió suavemente. Ya lo había llegado a conocer lo suficiente como para saber que encontraría cualquier cosa que hacer en lugar de aquello. George había sido igual.

George. Ese nombre siempre había estado anclado en su memoria, pero ahora… George. George… Parecía un nombre perteneciente al pasado. Recordó las palabras de Taffy cuando le dijo que si salía y vivía un poco, las cosas irían mejor.

George estaba en su pasado mientras que aquel complicado y absorbente hombre dominaba su presente.

Pero ¿y su futuro?

—Quédate aquí, yo iré a por tus cosas.

Hud desapareció dentro de la casa y ella se planteó seriamente salir corriendo. Cuando regresó, Kendall tomó sus bolsas con cuidado de no rozarle los dedos ya que sabía que si lo tocaba estallarían fuegos artificiales dentro de ella y perdería el control sobre su buen juicio.

—Acabo de acordarme de que mañana por la mañana tengo algunas cosas que hacer —dijo ella—. A lo mejor podríamos tomarnos un día libre.

—Si a ti no te importa, yo preferiría no perder una de nuestras sesiones. ¿Puedes venir por la tarde? ¿O por la noche? Podría hacer la cena, o al menos se la encargaría a la señora Jackson.

Ella se imaginó mirándolo desde el otro lado de una mesa de comedor en alguna de las impresionantes habitaciones de Claudel. Porcelana fina, plata antigua, una luz trémula procedente de antiguos candelabros…

—No te preocupes por la cena, vendré por la tarde. ¿Te parece bien a las cuatro?

—A las cuatro está bien. Hasta entonces —se acercó a ella, se inclinó y la besó en la mejilla. Su aroma a algodón caliente y a sándalo invadió a Kendall y no le dejó más opción que cerrar los ojos y dejarse embriagar por él.

Presionó los labios delicadamente contra su piel y a continuación se apartó. Ella abrió los ojos. El pelo de Hud le caía enroscado sobre las orejas y la nuca y parecía estar suplicando que lo acariciaran. Era la clase de cabello entre el que a una mujer le gustaría perder sus dedos.

Cuando ella apartó la mirada de su pelo para mirarlo a los ojos, lo encontró observándola fijamente.

—Necesitas un corte de pelo.

—Me parece que he visto unas tijeras en tu estuche.

—Pues has visto mal y, además, aquí en el pueblo tenemos peluquería.

—No he ido a una peluquería desde que era un niño.

—¿Y cómo es posible que no te llegue hasta la cintura?

—Cuchillos de caza, navajas...

Por supuesto que podría haberse permitido gastarse doscientos dólares por un corte de pelo en alguna peluquería pija de Melbourne, pero él era demasiado campechano para eso. Era casi tosco y también intrépido. Y ella temía todo lo que eso implicaba; toda esa masculinidad y testosterona amenazaban con hacerla desvanecerse.

—Genial —dijo ella dándose un momento para volver a conectar con el mundo real—. Mañana podrás contarme todo eso, a la gente le gusta saber esa clase de cosas.

—¿La gente?

—Los publicistas, los lectores, los compradores, los programas de entrevistas de televisión, los peluqueros. Ya sabes... la gente. Me parece que has tenido una vida muy intensa, ¿eh, Hud? La ropa, la cicatriz...

Alargó la mano hacia él; no pudo evitarlo. Él se quedó paralizado como una estatua mientras el dedo de Kendall se quedaba a escasos centímetros de su labio, pero entonces ella cerró la mano y la dejó caer.

—Un buen narrador es aquél que no se guarda nada —dijo antes de comenzar a alejarse—. Te veo mañana a las cuatro.

—Aquí estaré.

Hud vio a Kendall desaparecer en el exuberante jardín de Tía Fay. Deslizó un dedo sobre su labio en un intento de retener la sensación de la suave piel de Kendall en su boca.

Entonces su teléfono móvil comenzó a vibrar dentro del bolsillo. Lo sacó. Era un mensaje de Grant, el técnico de sonido de su equipo. En aquella ocasión ni siquiera se había molestado en llamar, como las últimas cinco veces que Hud lo había ignorado. El mensaje decía:

Salimos de Londres el jueves para un nuevo trabajo. Vamos al norte de África. Un reportaje sobre famosos y adopciones. Paisajes preciosos y fotos de bebés muy monos. Trabajo sencillo. Es tuyo si quieres. ¡Llámanos! ¡Y pronto…!

Se quedó mirando al teléfono con el dedo sostenido sobre el botón de «Responder».

Los miembros de su equipo eran sus amigos y, durante los últimos diez años, habían sido lo más parecido a una familia que había tenido. Y aun así, allí estaba él, tratándolos como si no importaran nada.

El no tener contacto con ellos no lo estaba ayudando a tomar ninguna decisión.

Pero entonces, ¿acaso había algo sobre lo que tuviera que decidirse? Tal vez, a sus treinta y dos años, y por muy pronto que fuera, ya había perdido toda ilusión, ya no le quedaba nada que esperar.

O tal vez… y ésa era la idea más descabellada e inesperada, pero la única que no dejaba de resonar en su cabeza…

Miró hacia el jardín. Jamás había encontrado nada ni a nadie que lo hiciera querer quedarse en un sitio más tiempo del necesario.

Hasta entonces.

Quedarse no podía ser tan malo. Al menos, no por un tiempo. Lo que sentía por Kendall era distinto, más intenso y mucho menos definible que lo que había tenido con Marcie. Aquel lugar no se parecía en nada a Londres. Él ya era más adulto. Más sensato.

Apuntó el dedo hacia la izquierda y borró el mensaje.

—Bueno, ¿cómo te ha ido hoy con el señor Fabuloso? —le

preguntó Taffy—. ¿Te ha contado más historias emocionantes sobre trincheras?

—Sí, bueno, no tanto, a decir verdad.

—¿No? Aunque, de todos modos, si pones esa cara en la portada de un libro, las historias sobre minas terrestres, heridas de bala y esconderse de unos guerrilleros durante tres días en su primer reportaje para Voyager no importarían tanto. Un libro con una cara como la suya en la portada se vendería como rosquillas.

—¿Minas terrestres? Jamás ha mencionado nada sobre eso.

—Hace años estuve suscrita a la Voyager Magazine por si encontraba su nombre escrito bajo alguna fotografía y, ¿sabes?, este chico ha cometido muchas locuras. Ahora tú eres la afortunada de escucharlas de primera mano.

—Pero no tenía ni idea de que habían habido disparos y minas terrestres de por medio —dijo Kendall.

—¿Entonces de qué habláis? Hoy, por ejemplo. Cuéntamelo todo, minuto a minuto, no te dejes nada. Qué llevaba puesto. Qué ha bebido. A qué olía.

«A sándalo», pensó Kendall. Ese aroma había sido tan intenso que temió habérselo llevado con ella y que Taffy lo notara y, como consecuencia, que le preguntara, que la presionara a darle respuestas y que ella acabara admitiendo algo que no quería.

—Él habla y yo escribo. La mayoría de los días paramos para comer algo, luego me voy, nado y vuelvo a casa. ¿Estás segura de eso de los disparos y las minas?

—Claro que sí. Ese tipo es un auténtico intrépido, es como un Indiana Jones. ¿Sabes? Creo que este chico te gusta de verdad.

—Tonterías.

—Sí, sí, tonterías. Estás loca por Hud Bennington.

No.

No podía sentir nada por él. No debía.

La idea de enamorarse de un hombre que dejaría el pueblo en menos de dos semanas ya sería lo suficientemente destructiva, pero además era un hombre que siempre vivía al filo del peligro. Ya había perdido al chico al que había amado con todo su ser y eso la había hundido.

Enamorarse de Hud, tener que decirle adiós y luego esperar a leer un artículo en el que se contara que había muerto en alguna descabellada proeza al otro lado del mundo… Si aún le quedaba algo de instinto de autoprotección, no se permitiría volver a pasar

por todo aquello.

Miró a Taffy a los ojos, respiró hondo y se decidió a admitir la oscura verdad.

—Me... me gusta. Y es como si estuviéramos sintonizados o como si nos conociéramos de antes. Además me hace reír y me hace sentir especial. Y a veces alzo la vista y lo encuentro mirándome y entonces parece que el corazón se me vaya a salir del pecho para levantarme de la silla y arrastrarme hacia sus brazos y... oh, Taffy, ¿en qué estaba pensando para dejar que todo esto haya llegado tan lejos?

Hundió la cara en las manos y la sacudió incontrolablemente.

Taffy posó su mano en la espalda de Kendall y comenzó a acariciarle el pelo para calmarla.

—¿Exactamente cómo de lejos?

—Demasiado —respondió ella.

—¿Habéis... os habéis acostado?

—¡No! No, por Dios. Ni siquiera nos hemos besado —aunque había habido momentos en los que había pensado que iba a suceder; en los que había deseado haberse dejado llevar por lo que los ojos de Hud le estaban pidiendo.

—Bueno —dijo Taffy con tono sarcástico—, bueno... en el siglo XXI no acostarse con un hombre por el que estás loca después de... ¿cuántas? ¿cinco citas?... no puede considerarse ir demasiado deprisa.

—Ni siquiera hemos tenido una cita.

—El ha estado poniendo excusas para verte, has estado en su casa varias veces, habéis compartido comidas, os habéis mirado a los ojos con amor... Por Dios, Kendall, cualquier chica mataría por poder permitirse esa clase de citas. A mí Jonesy lo único que me ha ofrecido ha sido una entrada que tenía de sobra para ir a ver un rodeo el mes que viene, mientras que tú estás viviendo un romance a la antigua usanza —y tras una pausa añadió—: A menos que...

—¿A menos que qué...?

—Nada.

—¿A menos que qué, Taff? No puedes dejarme así, no podré volver a dormir si no me lo dices.

Taffy agarró la mano de Kendall y la estrechó con fuerza.

—A menos que todo esto esté en tu cabeza. A menos que él no esté sintiendo lo mismo que tú...

—Vale, captado, Taffy.

Kendall pensó en cómo Hud había organizado el picnic y en los momentos en que había buscado una excusa para tocarla.

Le tembló la voz cuando dijo:

—No soy sólo yo.

—¡Vaya! Entonces, amiga mía, de perdidos al río. Vas a tener que decírselo.

—¿Decirle qué, exactamente?

—Que estás loca por él.

Y después, ¿qué? ¿Besos? ¿Sexo? ¿Y luego? Estaba claro que él no se quedaría allí; por mucho que Taffy dijera, ella no veía ningún final feliz para esa historia.

—Te gusta, le gustas, con eso ya tienes hecha la parte más difícil, así que el resto es pan comido. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —se soltó la mano de Taffy—. Ahora, si no te importa, voy a utilizar Internet esta noche, tengo mucho trabajo atrasado.

—Entonces, ¿asunto cerrado?

—Cerradísimo.

—Ah, por cierto, ¿has podido descubrir quién es la mujer del tatuaje? Podría ser nuestro único problema.

—Mirabella es como llama a su cámara favorita.

—¡Ja, ja! Es genial.

—Querrás decir que todo esto es inútil. Si ama tanto su trabajo como para marcarse con una aguja y tinta, está claro que ésa es su gran pasión.

—¿Y cuál es la tuya?

Kendall abrió la boca para volver a cerrarla.... porque ella no tenía ninguna. Sus limitaciones físicas no le permitían objetivos tan exóticos.

—En cuanto tenga una, serás la primera en saberlo.

Entonces agarró la bolsa y subió a ponerse unos pantalones de chándal anchos, una camiseta gris suelta y unos calcetines hasta las rodillas. Luego bajó y se puso a trabajar.

Más tarde aquella noche, cuando estaba acurrucada bajo su ligero edredón, comenzó a estirar la pierna izquierda con cautela, esperando a que el dolor la asaltara... pero eso no sucedió.

Sin querer tentar a la suerte, prefirió volver a la postura anterior y así se quedó pensando en lo desorientada que se sentía hasta que el sueño logró vencerla.

No fue hasta la mañana siguiente cuando se dio cuenta, de

repente, de que el día anterior había olvidado por completo darse su baño.

Capítulo 8

HUD NO pisó el cobertizo ni aquella tarde ni a la mañana siguiente, a pesar de que las palabras de Kendall no dejaron de resonar en su cabeza durante todo el rato que estuvo tumbado en el sofá de la librería leyendo o tirado al sol en el jardín trasero.

«Su casa. Su vida. Y él era el único que podía arreglarlos».

Ella había dado en el clavo, pero él no estaba tan seguro de poder hacerlo. En lugar de seguir a pie juntillas el consejo de Kendall, decidió dar un paseo por el resto de su casa.

En el escritorio del estudio de Tía Fay encontró una carpeta negra, con el nombre de Hud escrito en ella, que contenía notas con la curvada letra de Tía Fay. Notas sobre el jardín, los muebles y los códigos de las cajas fuertes. Papeles que se habían dejado preparados para que los viera diez años atrás, cuando él aún no había estado preparado para ellos.

Levantó un sobre del que cayó una llave; era la llave de un coche con un llavero y una dirección escrita en él.

Se trataba del viejo Bentley de Tía Fay y la dirección era la de un mecánico del pueblo. Sólo podía esperar que ese taller siguiera abierto y, como habría acordado con Tía Fay, con el coche listo para que él se lo llevara cuando regresara. Al parecer su tía había sabido que algún día regresaría.

Se asomó por la ventana y miró hacia la entrada de la casa. El pueblo. Aún no había pasado por allí, no había ido a ver si su árbol favorito seguiría allí o lo habrían sacrificado en honor de los dioses del progreso.

Aún tenía tiempo hasta que su compañera terminara de hacer lo que fuera que la estuviera entreteniendo y privándolo a él de su compañía durante aquella demasiado larga mañana.

Le llevó media hora recorrer el camino que seguramente recorría Kendall todos los días hasta que encontrarse en Peach Street.

Le vino bien estirar las piernas y cambiar de ambiente. Saffron era un lugar extraordinariamente pintoresco; parecía sacado de una postal de Nueva Inglaterra.

La calle estaba como siempre.

Se detuvo frente a las oficinas del periódico local; no por nada en especial, simplemente le pareció un buen lugar desde el que

cruzar la calle. Miró por el cristal, pero no encontró a la persona a la que estaba buscando. Estaba...

¡Demonios! Estaba buscándola a ella.

La compañía de Kendall lo hacía sentirse lleno de energía.

Al pasar por delante de la oficina de correos, una mano lo saludó. La dueña de esa mano era una voluptuosa mujer con descontrolados rizos rubios y mejillas rubicundas. Miró hacia atrás para asegurarse, pero sí, era él al que estaba saludando, de modo que abrió la puerta de cristal y entró.

—¡Hola, forastero!

—¿Taffy?

Ella sonrió y se inclinó para besarlo en la mejilla.

—¡Vaya! ¡Cómo has crecido!

—Eso es lo que ves cuando vuelves a un lugar.después de diez años, Hud. Cambios.

—Bueno, dime, ¿qué haces aquí?

—Comprando artículos de papelería —dijo al mostrarle un puñado de sellos y una bolsa de sobres—. Me temo que son las tareas de esta humilde recepcionista. Pero la gran pregunta del día es: ¿qué haces tú aquí?

—Me has saludado y he entrado —dijo cruzándose de hombros y malinterpretando intencionadamente el sentido de su pregunta.

—Eso es verdad —respondió ella con una sonrisa—. ¿Tienes tiempo para tomar un café?

—¿No tienes que volver al trabajo?

—Una chica necesita tomarse un descanso para tomar algo al menos cuatro o cinco veces al día.

—Vale —dijo al pensar que se trataba de la amiga de Kendall. Era una oportunidad demasiado buena como para dejarla escapar —. Pues llévame a la mejor cafetería del pueblo.

—Señor Bennington —gritó una voz justo antes de que salieran por la puerta—. ¿No quiere su correo?

—¿Tengo correo? Sí, claro —se acercó al mostrador—. ¿He de firmar en alguna parte?

—No, no, no es necesario. Ya lo conozco.

Le entregó una buena cantidad de cartas. Hud reconoció el membrete de Voyager Enterprises en la carta que estaba encima del todo y se metió los sobres en la parte trasera de los pantalones.

Se giró hacia Taffy, tenso ante el posible contenido de la carta.

—¿Nos vamos? —preguntó Taffy agarrándolo del brazo para

llevarlo a la agradable cafetería que se encontraba en el siguiente local.

Después de pedir las bebidas, se sentaron a unas mesas colocadas en la calle.

—Estaba enamoradísima de ti cuando era pequeña, pero que esto no te intimide porque ya lo he superado. Desde entonces muchos hombres han pasado por mi vida; han hecho falta muchos para lograr borrar tu recuerdo —le dijo con tono suave e insinuante.

Hud se movió incómodo sobre la silla mientras se preguntaba si sería muy tarde para fingir una cita con el dentista.

—¡Es broma! —dijo Taffy para gran alivio de Hud.

Él se rió.

—Por un segundo has logrado preocuparme, amiguita.

Taffy sonrió.

—He oído que has conocido a mi amiga Kendall —dijo antes de sorber con la pajita su café helado.

Eligiendo las palabras cuidadosamente, Hud respondió:

—Sí, nos hemos conocido. Y de una forma bastante divertida, ¿te ha contado...?

—Oh, claro, me lo cuenta todo. Lo ha hecho desde hace años. Kendall y yo somos como hermanas.

Hud sonrió y asintió, no muy seguro de lo que Taffy intentaba decirle.

—Qué bien.

—¿Te ha contado cómo nos hicimos amigas?

—Me dijo que estuvo saliendo con tu primo hace un tiempo.

—¿Te dijo eso? Lo cierto es que no sólo estuvieron saliendo. George y ella estuvieron prometidos.

Taffy volvió a su café helado, dejando a Hud intrigado. ¿Kendall estuvo comprometida? Al menos el saber que hablaban en pasado ayudó a aliviar el repentino nudo que sintió en el estómago.

—Bueno, es una gran chica, no hay duda de que tu primo fue muy tonto al dejarla escapar.

Taffy sonrió; Hud había salido en defensa de Kendall.

—No fue eso lo que sucedió exactamente.

—¿No?

—Eran novios desde el instituto. Viví con la familia de George mientras estudié en el instituto y Kendall siempre estaba en casa casi tanto como yo. Tenían planeado casarse, viajar y, en general,

llevar una vida fabulosa.

¿Viajar? Por eso nunca había salido al extranjero; había planeado ir con… él.

—¿Y entonces?

Taffy suspiró. Fue un gran suspiro melodramático.

—George murió en un accidente de coche. Ella conducía y dio un volantazo para evitar un pájaro o un canguro o algo. La familia nunca la perdonó; la dejaron sola, en el hospital. Yo la visitaba siempre que podía, pero un mes después de salir del hospital desapareció de la faz de la tierra durante un tiempo. Y entonces un buen día apareció en mi puerta. Me alegré de poder ayudarla y alojarla en mi casa. Es una chica muy dulce y se merece algo mucho mejor de lo que la vida le ha dado. Ya sabes cómo son estos pueblos pequeños, todo el mundo se conoce y muchas de estas personas conocían a George de cuando venía a visitarnos de niño. Por eso llevó un tiempo que la gente de aquí aceptara a Kendall.

—Pero aun así se quedó.

—Se quedó, se forjó su propio camino aquí y ha trabajado tanto que no se ha tomado ni un día de vacaciones en tres años.

—¿Y por qué no empezó de cero en otro lugar?

—Yo tengo una teoría, pero tendrías que preguntárselo mejor a ella.

Pero no le haría falta; de pronto lo entendió todo.

—Se quedó aquí para cumplir una especie de penitencia, ¿verdad?

—¡Vaya! ¿De qué habláis cuando va a tu casa por las mañanas?

—Del tiempo —dijo Hud con una sonrisa—, principalmente.

Taffy sonrió.

—Claro. Es fantástica, ¿verdad?

Exactamente. Kendall York era fantástica.

—¿Taffy? —la voz de Kendall se inmiscuyó en la conversación.

Hud alzó la vista y se encontró con esa chica de gran coraje haciéndole sombra a Taffy.

Llevaba un perrito con aspecto desaliñado, que parecía tener unos cien años, enganchado a una correa. El brillo del sol de verano encendía decenas de colores distintos en su glorioso cabello. Ésa habría sido la iluminación perfecta si hubiera podido fotografiarla en aquel momento.

—Hola —dijo él.

—¿Qué hacéis aquí, chicos?

—Tomando café —dijo Taffy alzando su vaso vacío.

—Me he encontrado con Taffy en la oficina de correos y ahora voy a recoger el coche de Tía Fay. Espero que el Bentley siga en el taller, pero después de tanto tiempo no sé con qué voy a encontrarme.

—Oh, está perfecto —dijo Taffy—. Los chicos lo sacan unas cuatro veces al año a dar una vuelta para mantenerlo en forma.

—Pues ésa es una muy buena noticia —dijo y se volvió hacia Kendall, que estaba mirando a Taffy, ignorándolo.

Era la primera vez que la había visto fuera de Claudel, en el mundo real. Ella no parecía estar dándole demasiada importancia a ese hecho, pero desde el momento en que había oído su voz, a él se le habían despertado los sentidos.

—Kendall, cielo —dijo Taffy rompiendo así el incómodo silencio —. Siéntate.

Taffy se levantó, agarró a su amiga del brazo y prácticamente la sentó en su silla. Pero Kendall pareció rebotar en la silla y se levantó inmediatamente.

Hud se levantó también, para no ser menos.

—Bueno, yo tengo que volver al trabajo, así que me voy ya.

Besó a su amiga en la mejilla y le acarició las orejas al perro antes de marcharse y dejarlos solos.

—No me importa tomarme otro café si a ti te apetece —dijo él.

Kendall abrió la boca. La cerró. Miró hacia atrás y luego por encima del hombro de Hud; parecía asustada de que alguien pudiera verla allí sentada... con él.

Él se rió.

—Kendall, relájate.

—¿Cómo dices?

—Me estás poniendo nervioso.

—A lo mejor es que ya has tomado demasiado café. Hud volvió a reírse.

—A lo mejor sí.

Rodeó la mesa. Cuando ella vio lo que estaba haciendo, se echó hacia atrás y el tacón de su bota se coló en una grieta del pavimento. Rápidamente, él la sujetó. Ella, sonrojada, mantuvo el equilibrio aferrándose a su pecho.

—Hud —dijo susurrándole a la boca.

—¿Qué quieres, Kendall?

—Quiero... que me sueltes.

—No —le respondió con una voz suave, una voz sólo para ella, porque ya que por fin la tenía entres sus brazos, no podía permitirse dejarla marchar.

—No voy a caerme —pero a pesar de esas palabras, seguía agarrando con fuerza su camiseta.

Ella era… algo que Hud jamás había experimentado antes. Y eso implicaba que era algo desconocido. Un peligro. Un obstáculo.

Pero aun así, quería besarla. Deslizar los brazos alrededor de esa divina cintura, sentir ese curvilíneo cuerpo contra el suyo y saborear esa tentadora boca. Perderse en ella completamente, como ya hacía simplemente estando en su compañía.

Pero poner tantas esperanzas en ella era injusto, sobre todo teniendo en cuenta que el día en que se diera cuenta de que Kendall no era todo lo que él había creído, volvería a marcharse.

A pesar de las protestas, ella seguía prendida a él. Si se inclinaba y la besaba, ella no se apartaría. Estaba seguro de ello. De modo que tuvo que valerse de todas sus fuerzas, tanto físicas como psíquicas, para apartarse y dejarla marchar.

—Tienes un perro —dijo antes de agacharse y acariciar al chucho detrás de las orejas.

—Sí. Es Orlando, vive con nosotras. Apareció un día y se quedó. Un poco como yo.

—Es… gracioso.

Kendall se agachó y le acarició la otra oreja.

—Está sordo. Gimotea mucho y es muy quisquilloso con la comida, pero lo queremos de todos modos.

Las manos de los dos se encontraron. Kendall apartó la suya como si se hubiera quemado y se levantó inmediatamente. Hud hizo lo mismo.

—Bueeeeno —dijo él—. ¿Adónde vas? Yo voy al mecánico.

—Yo voy en la otra dirección —dijo mientras se estiraba la ropa y se atusaba el pelo.

—Entonces nos vemos sobre las cuatro.

Hora en la que por fin sacaría a la luz todos esos pensamientos que rondaban y obstaculizaban su cabeza.

Había llegado el momento.

—Nos vemos a las cuatro.

Mientras Kendall se alejaba por Peach Street, Hud se preguntó cómo diablos iban a poder trabajar juntos aquella tarde y la siguiente… y la siguiente, sin que se abalanzara sobre ella en el

mismo instante en que la viera cruzar el umbral de su puerta.

Capítulo 9

AQUELLA tarde Hud se sentó en el sofá del salón mientras releía la carta que le había enviado Voyager Enterprises pidiéndole una fecha oficial de su regreso. Habían pasado dos meses desde que lo habían encontrado en un callejón de Salento, cuando lo daban por muerto, con las ropas hechas jirones, delgado y con los labios ensangrentados.

Un mes desde que había salido del hospital londinense con su mochila y la cámara que su equipo había recuperado la noche en la que él había desaparecido. Y casi una semana desde que había entrado en Claudel, buscando el camino de vuelta a la enérgica y emocionante vida que tanto había luchado por tener.

Se levantó. Ya debería haber telefoneado a Voyager.

Aquel lugar lo estaba cambiando, lo estaba haciendo soñar despierto mientras pasaba los días contemplando las nubes, haciendo picnics e incluso leyendo a Shakespeare, ¡por el amor de Dios! Necesitaba acabar con todo aquello, con la fantasía que estaba viviendo en esa enorme casa.

Pero no podía llamar a Voyager en ese estado. Primero tenía que sacarse de la cabeza todo lo que había ocurrido en Colombia dos meses atrás y también a Kendall York.

Caminó hacia la puerta trasera, pero en aquella ocasión se llevó consigo a Mirabella.

Volver a sentir su peso era… agradable. Una sensación familiar.

Se quedó de pie en el primer escalón y jugó con el zoom; la cámara parecía una extensión de su propio brazo. Enfocó un rosal iluminado por el sol que se colaba entre las ramas de un olmo y, como si hubiera estado esperando el objetivo de la cámara, un bichito rojo aterrizó en uno de los delicados pétalos.

Hud contuvo el aire y presionó el botón. La imagen quedó fija en la pantalla de la cámara. Preciosa. Llena de color. Mágica.

Animado, apuntó hacia la casa de la piscina, con su mezcla de luces, suaves y relucientes superficies y profundas esquinas oscuras.

—Perfecto.

Caminó entre la maleza y sus pisadas crujieron sobre las hojas y las pinazas hasta que encontró un cristal lo suficientemente limpio como para fotografiar a través de él.

Se le entrecortó la respiración y se quedó paralizado cuando vio

a Kendall dentro.

Estaba sentada en el borde de la piscina con un vestido de tirantes verde remangado hasta los muslos; miraba al agua y el cabello suelto le caía sobre la espalda.

Sin pensarlo, él levantó la cámara y le enfocó la cara. La luz que entraba por el techo de cristal se reflejaba en la piscina y enmarcaba a Kendall creando un perfecto halo de luminosidad. La ausente expresión de sus ojos y su serena sonrisa resultaban cautivadoras. Embriagadoras.

Ella se movió y se alzó un poco más la falda del vestido, dejando al descubierto...

Inmediatamente Hud apartó el ojo de la lente, pero incluso desde aquella distancia pudo ver las cicatrices que serpenteaban alrededor de su muslo izquierdo para terminar justo debajo de su rodilla. Eran unas cicatrices de color blanquecino. No eran recientes, pero aún podían reflejar lo espantoso que debió de haber sido aquel accidente.

Entonces Kendall centró la mirada en su pierna y, con gesto de estremecimiento, deslizó un dedo sobre las espirales de piel cosida. Pero ese gesto no se debía a un dolor físico; parecía un dolor alimentado por la vergüenza y eso le partió el corazón a Hud.

En aquel momento todo recobró sentido: las faldas largas, el miedo a probar cosas nuevas, a conocer gente nueva. Su reticencia, el trabajo seguro, el pueblo seguro. La vida segura.

Kendall había conducido el coche que había matado a su novio; había quedado marcada física y emocionalmente y ahora pagaba su penitencia viviendo una vida alejada de las luces y de la aventura que tanto había ansiado en su juventud. Estaba escondiéndose y, obviamente, no tenía ni idea de lo bella y encantadora que era.

Volvió a colocarse la cámara en el ojo y le enfocó la cara: ese precioso rostro de ojos tristes. Apretó el botón y volvió a disparar... muchas veces. Entonces pasó a enfocarle las piernas y la imagen que inmediatamente después apareció en la pantalla no escondía ninguna de sus cicatrices ni su etérea belleza.

Debía de ser una de las mejores fotografías que había tomado en su vida. Desprendía un color, una luz y una emoción que parecían salirse de la pantalla, y fue en ese momento cuando Hud sintió que una parte de él, que había estado perdida demasiado tiempo, por fin había regresado.

La contempló unos momentos más mientras la amarga realidad

le recordaba por qué tenía que volver a Londres y continuar con su antigua vida.

Había llegado el momento de que él también dejara de esconderse.

Kendall observaba sus pies sumergidos en el agua mientras la imagen de Hud Bennington le invadía la mente. Lo acababa de ver en el pueblo, recién afeitado y bien vestido con aspecto sonriente y pareciendo sentirse muy cómodo en Saffron. Como si jamás se hubiera alejado de allí, como si fuera su hogar.

Sabía que no debía permitirse pensar así, sabía que él se marcharía en, aproximadamente, una semana. Jamás había conocido a nadie que la afectara de ese modo. Tan de repente. Tan intensamente. Podía sentirlo en las puntas de los dedos, podía sentirlo en los pulmones, podía sentir cómo su efecto le debilitaba los músculos.

Y aquella tarde, cuando se habían mirado, también lo había sentido en su corazón.

Lo amaba.

Volvía a amar. En aquella ocasión, a un hombre seguro de sí mismo, experimentado; un hombre que vivía peligrosamente, que se guardaba sus sentimientos y que la hacía sentir como si ella pudiera serlo todo, hacerlo todo.

Eran cerca de las cuatro, de modo que tenía que empezar a moverse. Se puso en pie con piernas temblorosas e hizo acopio de fuerzas para ir a buscar a Hud, preguntándose en todo momento si ese poder que él le daba para hacerle creer que era capaz de hacerlo todo incluiría lograr hacer que la amara.

El chirrido de unas botas Doc Marten sobre el suelo de madera le dijo a Hud que Kendall había llegado.

Sintiéndose abrumado por lo que estaba a punto de hacer, se limitó a saludarla alzando el libro que tenía en las manos y diciendo:

—He estado leyendo a tu amigo Shakespeare.

—¡Vaya! Estoy impresionada. Me he ganado una estrella de oro de parte de los amantes de Shakespeare por convertir a otro más a la causa.

—Me ha costado un poco, pero creo que estoy empezando a entenderlo un poco más. Escucha.

... las buenas piernas se echarán a perder, una espalda derecha se encorvará, una barba negra se volverá blanca, una cabeza rizada se quedara calva, un rostro hermoso se marchitará, una mirada viva se volverá vacía; pero un buen corazón, Kate, es el sol y la luna, o mejor dicho, el sol, y no la luna, pues brilla claro y nunca cambia, sino que sigue firmemente su curso.

—La escena del cortejo de *Enrique V*. No sé qué decir.

Se acercó al brazo del sillón sobre el que él estaba sentado. Sonrió. Le brillaban los ojos y sus mejillas se veían redondas y rosadas.

Era hermosa y la expresión de su cara era más abierta de lo que nunca antes había sido.

—Hoy he sacado a Mirabella a dar un paseo, por primera vez en mucho tiempo.

—¿Y por qué tanto tiempo?

—Colombia —dijo él.

Ella simplemente asintió; a pesar de desconocer los detalles, lo entendió.

—He dado un paseo por el jardín y he acabado en la casa de la piscina.

—En la casa de la piscina —repitió ella—. ¿Cuándo?

—Hace una media hora.

El rostro de Kendall palideció, pero él tenía que acabar lo que había empezado.

—Te he visto, Kendall, con las piernas en el agua y pensativa.

—¿Y por qué no has entrado?

—Parecías tan... ausente, como si quisieras estar sola. No quería molestarte.

—Mentira —dijo ella con un tono de voz tan fuerte que Hud prácticamente se estremeció—. Has visto más que eso. No soy idiota, Hud. El fragmento que acabas de leer, «las buenas piernas se echarán a perder»... —alzó una mano para cubrirse los ojos—. ¡Oh, Dios!

—Yo no creo que seas idiota. Quería decirte que eso no importa —alargó la mano hacia ella, que dio un paso atrás.

—Ni lo intentes, Hud. Tengo una pierna desfigurada, marcada con una cicatriz.

—¿Y? Creo que eres preciosa, completa y absolutamente

cautivadora y no podrás negarme que no has notado esto que siento. Que no has notado lo mucho que deseo acariciarte, besarte y estar contigo en todo momento.

Ella cerró los ojos y sacudió la cabeza, como si oír esas palabras le estuviera resultando más duro que el hecho de que él hubiera visto las cicatrices.

—Es cierto. En este mismo momento me estoy teniendo que reprimir mucho para no abrazarte. Tú me has hecho querer volver a sacar a Mirabella. Hace una semana no habría podido hacerlo, no hasta que te conocí.

—¿Y? Eso no tiene nada que ver conmigo. Yo he superado mi problema, ¿por qué no ibas a hacerlo tú sin mi ayuda? —le dijo con extremada frialdad.

Él se levantó y dio un paso hacia ella, lenta y cuidadosamente.

—Me inspiras en muchos más modos de los que imaginas.

Kendall recogió su bolsa, se dio la vuelta y se marchó. Prácticamente se fue corriendo.

En el momento en que la perdió de vista, la habitación se quedó fría, vacía y carente de vida. Salió corriendo tras ella.

—Kendall —dijo al alcanzarla en el jardín—. Mira, no hay necesidad de esto. No seas tan testaruda, quédate, habla conmigo. Sé escuchar. Lo prometo. Y es lo mínimo que puedo hacer después de que hayas tenido que escuchar mis paparruchas.

—A cambio de eso me merecería una compensación mucho más grande.

—Muy bien. Te extenderé un cheque para cubrir ese sufrimiento emocional que te habrá supuesto haber tenido que escucharme. Tú pones el precio. La piscina, el coche, la casa, mi alma.

Ella ni siquiera lo miró.

Algo atrapó el talón izquierdo de Hud y, a pesar de agarrarse a la fina rama de un rosal cercano, no pudo evitar caerse al suelo.

Allí, sentado, echó la cabeza hacia atrás y contuvo el aliento, dándose cuenta de que había perdido la batalla. Eran polos opuestos, razón por la que se atraían tanto el uno al otro.

Pero entonces vio una pálida mano acercarse a él.

Kendall York, además de todo, era humana y comprensiva.

—Estoy sangrando —le dijo mostrándole la palma de la mano e intentando rechazar su ayuda. Después de todo, se suponía que él era el grande y fuerte y ella la frágil y vulnerable.

—Ya lo veo —le respondió sin apartar la mano.

Él la agarró; su encallecida mano raspó la suavidad de la de Kendall y la envolvió.

—Vamos —dijo ella—. Vamos dentro, no vaya a ser que mueras de gangrena y luego me sienta culpable —caminó hacia la casa y la cojera de su pierna fue tan clara como el día. Él se preguntó cómo no se había dado cuenta antes; él, que vivía en el mundo de las imágenes.

Probablemente porque desde el segundo en que había aterrizado allí, había estado viviendo una fantasía basada en los hermosos recuerdos de su juventud y la había proyectado en esa casa, en ese lugar y en esa mujer. Pero las fantasías no duraban. La vida real siempre encontraba el modo de interceder.

La siguió, preguntándose cómo acabar con todo del modo menos doloroso posible, aunque tal vez ya era demasiado tarde para eso.

Capítulo 10

HUD SE sentó en el banco de madera de la cocina.

Había encontrado gasas amarillentas, un antiséptico de color morado oscuro que debía de estar caducado desde hacía ocho años y una caja de vendas que lo habían hecho sonreír al recordar cuando Tía Fay la había comprado diciendo que iba a necesitarlas al tener a un chico en casa.

Pero Kendall no tenía la más mínima intención de sonreír. Se sentía dolida. Confusa. Hud había sacado a Mirabella, parecía que estaba volviendo a ser él y eso implicaba que pronto se marcharía.

Y además la había visto en la piscina, había visto sus cicatrices y sabría que ella estaba muy lejos de ser la mujer enérgica y dinámica que él querría tener a su lado.

Justo cuando estaba comenzando a salir del cascarón, a arriesgarse y a atreverse a soñar, volvía a ser la pobre Kendall York. La niña a la que habían dado palmaditas en la espalda cuando su madre había muerto. La joven sobre la que habían murmurado al morir su novio.

—Pon la mano boca arriba —recorrió con un dedo el largo arañazo, que era bastante profundo—. Sabes que te voy a hacer daño, ¿verdad?

—Lo sé muy bien, Kendall.

Ante el delicado y suave sonido de su voz, Kendall no pudo más que alzar la vista y mirarlo por primera vez desde que había salido corriendo; se quedó sin aliento.

La estaba mirando... de otro modo. Ella buscaba algo de compasión, de lástima, pero en su mirada no había nada de eso. Había...

Admiración, respeto, algo de incertidumbre y una buena cantidad de descarada atracción sexual.

—No te muevas —dijo cuando se volvió para empapar una gasa con antiséptico.

—Lo que digas, jefa.

Fue lo suficientemente lista como para no mirarlo mientras le curaba la herida, a pesar de que su aroma y el recuerdo de sus palabras, diciéndole que era hermosa, que quería besarla y estar con ella, era tan poderoso como la verdad que reflejaban sus ojos.

—Cuéntame lo de la pierna.

Ella lo ignoró.

—Lo de las cicatrices, lo de la cojera y háblame tam

bién de George —dijo directamente—. ¿Cómo sucedió?

—¿Qué sabes tú de George? —Taffy lo mencionó de pasada ayer.

—Por supuesto, ¡cómo no iba a hacerlo! Mira, yo no quiero hablar de esto y tú en realidad no quieres oírlo.

—Sí que quiero y a ti te vendría bien compartirlo con alguien.

—Y esto lo dice un tipo que palidece con sólo mencionar la palabra «Colombia», pero que no me dice el porqué. ¿Tú hablas de compartir?

—Kendall…

Ella presionó la gasa empapada sobre las heridas y lo hizo callar.

—Estábamos comprometidos y él murió. Yo resulté herida en el mismo accidente. ¿Ya estás contento?

—No del todo. Háblame de George —dijo y cerró la mano alrededor de la de Kendall.

¿Cómo podía hablarle a ese hombre de George? A ese hombre que se había apoderado de su atención, de su imaginación y del corazón que ella había prometido no volver a entregar jamás no podía hablarle del dulce, sereno y reconfortante amor que había sentido por George.

—Venga, no pasa nada —le dijo y el tono de su voz le infundió calidez y la hizo sentirse inmensamente segura.

—Yo era muy impulsiva cuando era más joven; era impetuosa y estaba en las nubes la mayor parte del tiempo, hasta que conocí a George. Él odiaba leer, a menos que se tratara de un libro de texto o sobre la historia de puentes. Jamás le gustaron ni los museos ni las galerías de arte y la poesía lo ponía enfermo, pero me amaba.

Hud extendió la otra mano y le acarició el pelo. Ella cerró los ojos y se entregó.

—Entonces un día íbamos a pararnos a visitar a Taffy de camino a Sydney para celebrar mi graduación. Yo conducía y estaba cantando muy alto una canción de la radio para molestarlo. Un zorro… un estúpido zorro cruzó la carretera, di un volantazo y chocamos contra un árbol —tragó saliva—. Él murió al instante. Un pequeño chorro de sangre le caía por la frente. Aparte de eso, parecía como si simplemente estuviera durmiendo, pero yo lo sabía.

—Oh, cielo —dijo él, pero Kendall no lo oyó. Estaba inmersa en el recuerdo que la había perseguido durante años.

—Yo sentía un dolor... ¡Dios!, ni siquiera puedo describirlo. Fue horrible, pero no logró hacer que me desmayara y tuve que quedarme allí, gritando, pidiendo ayuda, intentando alcanzar mi bolso, que estaba en el asiento de atrás, para sacar el móvil.

Podía sentirse las lágrimas cayéndole por la cara.

—Y estuve en el coche, con él a mi lado, muerto, durante tres horas hasta que alguien nos encontró.

Hud le secó las lágrimas con el pulgar delicada y tiernamente.

—¿Y tu pierna?

—Un trozo de metal me atravesó el muslo y me cortó los músculos. Me operaron mediante una cirugía innovadora.

—Pero no te recuperaste del todo.

—La recuperación no consiste simplemente en medicinas y descanso. Me dijeron que tenía que darle tiempo. Les pregunté cuánto. ¿Un mes? ¿Un año? ¿Una fecha que pudiera marcar en un calendario y estar esperando con ansia?

Hud se inclinó y le besó el cabello.

—No fue culpa tuya.

—Lo sé —dijo. Apenas podía respirar.

—No fue culpa tuya —le repitió.

—Lo sé —repitió ella también, tras una pausa.

Él la miró intensamente.

Lo amaba y se sentía tan atraída físicamente a él que temía que eso pudiera reflejarse en su cara. Se sentía tan emocionalmente unida a Hud que sentía como si hubieran compartido todas las experiencias que él había vivido.

Pero no podía tenerlo. No a un hombre como él, de modo que era mejor apartarse y evitarse tener que sufrir el dolor de perderlo.

—Kendall, mírame.

Ella hizo lo que le dijo.

—Tu madre no va a desaparecer de tu vida si no escribes sobre ella, y tampoco lo hará George. Está bien dejar las cosas en el pasado, está bien mirar hacia el futuro y está bien disfrutar del momento.

Tal vez por la comprensión de su mirada o, tal vez, por la calidez de sus palabras, Kendall dejó de pensar, dejó de torturarse a sí misma y se rindió, inclinándose hacia él y besándolo.

Esos labios eran calientes, dulces y suaves como el terciopelo.

Hud la llevó hacia él y el beso se hizo más intenso. Con un suave suspiro, ella le rodeó el cuello, mientras saboreaba su boca. Él tenía

un sabor ardiente y picante. Delicioso.

Kendall había sentido una conexión desde el momento en que se habían conocido, como si los dos provinieran del mismo lugar. Pero al verse entre sus brazos, sólo veía diferencias. La dureza del pecho de Hud contra la suavidad de sus pechos. Los rígidos tendones de su cuello bajo sus pequeños dedos. La mandíbula cubierta de una ligera barba rozando sugerentemente sus suaves labios.

Era todo un hombre. Era una mezcla de fortaleza, sabiduría, madurez y hormonas y ella quería entregarse a él.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en su pecho.

Ella no era una joven de veintitrés años a la que nunca habían besado. Cuando había salido del hospital y se había mudado al otro lado de Melbourne, había salido todas las noches, había conocido a hombres y había necesitado el contacto humano para eliminar los ruidos de su cabeza.

Pero un beso como aquél, un beso con conexión, un beso con historia y posibilidades... eso era algo muy distinto. Era más intenso, más puro. Un beso como aquél cambiaba a una persona. Cambiaba una relación. Y ya no había vuelta atrás.

—No puedes tener frío —dijo Hud después de que un escalofrío recorriera el cuerpo de Kendall.

—No... Es sólo que... estoy temblorosa.

—Vale, me lo tomaré como un cumplido.

Ella sonrió.

—Arriba —dijo él al alzarla y sentarla en el banco de madera.

Comenzó a besarla en la mejilla, en la barbilla, en el cuello...

El pecho de Kendall se alzaba para respirar más profundamente a la vez que se acercaba a él.

Él deslizó suavemente una mano sobre su muslo, creando una cálida oleada de placer que se extendió por todo el cuerpo de Kendall. Ella puso su mano sobre la de él y juntos alzaron la falda.

Las cicatrices de su pierna izquierda quedaron expuestas. Ella se sintió vulnerable, pero seductora a la vez.

Miró a Hud: unos preciosos ojos color avellana, unas pestañas oscuras, un pelo oscuro y rizado y una cicatriz reciente que se extendía desde su labio superior hasta su nariz.

Alargó la mano y la acarició.

Él se estremeció y respiró hondo.

La cicatriz reflejaba un corte limpio. La marca de un cuchillo o de un pedazo de cristal.

Podría haber preguntado cómo había sucedido, pero prefirió inclinarse hacia delante y deslizar su boca sobre ese fragmento de piel.

Hud le devolvió el beso y fue un beso cargado de dulzura y afecto al que Kendall se entregó dejando que esa ternura la empapara como una cálida ducha reparadora.

Un buen rato después, Hud le rodeó la cara con las manos y la besó una última vez.

Después, bajó la vista y le observó la pierna.

Capítulo 11

TE DUELE? —preguntó Hud.

Kendall pensó en mentir, en alzar la barbilla y fingir una fortaleza sobrehumana, pero los últimos veinte minutos habían sido los más sinceros de su vida.

—No siempre. Ahora no.

—Pero después de estar de pie mucho rato...

—O sentada mucho rato, o caminando mucho rato... Aunque nadar me ayuda.

—Claro —su preciosa boca dibujó una dulce sonrisa cuando ella, al fin, le dio la razón real por la que tanto ansiaba su piscina.

Entonces él se remangó la manga de la camiseta dejando ver una cicatriz vertical en la cara interna del brazo. Ella deslizó la mano sobre ella.

—¿Qué te pasó? —le preguntó casi con un susurro.

—Me caí y atravesé una ventana de cristal cuando tenía ocho años.

Ella lo miró a los ojos y supo que no estaba bromeando.

—¿Aquí?

—En el internado. Pero espera, aún hay más.

Se agachó y se remangó la pernera derecha del pantalón vaquero.

—¡Ay! —dijo ella inclinándose para verlo mejor y preguntándose en qué peligroso y lejano lugar se había hecho eso en un tobillo que, de lo contrario, sería aparentemente perfecto.

—En los barrios pobres de Londres, un accidente de moto cuando tenía más o menos tu edad. Aún me siguen saliendo pedacitos de grava de la herida de vez en cuando.

Ella lo miró sonriente.

—Eres un poco torpe, ¿no, Hud Bennington?

Se colocó el pantalón y le sonrió.

—Prefiero pensar que más bien tengo un espíritu intrépido.

Ella sonrió. Le estaba gustando ese juego porque él no estaba sintiendo lástima por ella y tampoco estaba mostrando repulsa por sus cicatrices, ya que las había visto peores. Pero lo más importante de todo era que sus cicatrices habían sido el resultado de comportarse como un niño grande y no de haber sido mordido por un tiburón, ni de haber tenido una pelea con navajas ni de haberse

visto en situaciones peligrosas. Lo que Taffy le comentó sobre las minas y los disparos debió de ser otra de sus bromas y por esa razón se merecía que la estrangulara.

Su pobre y expuesto corazón se sintió aliviado.

—Bien, ¿alguna más?

Sin dejar de mirarla y sin sonreír, él comenzó a levantarse la camiseta y Kendall pudo ver sus calzoncillos de algodón asomando bajo los pantalones y un abdomen musculoso y bronceado. Si hubieran estado bañándose en la piscina, no habría significado tanto, pero en aquel momento un asomo de piel era como un secreto revelado. Una intimidad compartida.

—¿Qué vas a enseñarme, Hud?

—Espera —dijo él manteniendo la mirada.

—Más vale que sea interesante.

—Aquí está.

Kendall se vio frente a unos abdominales que parecían una tabla de lavar y un pecho ancho. Tanta piel, piel caliente, hermosa y masculina. La piel de Hud. Deseaba tocarla y recorrerla con los dedos. Él deslizó el dedo sobre una pequeña cicatriz roja situada entre dos costillas.

—¿Qué es?

—Me caí y un poste me atravesó en una granja abandonada en Kenya. Hace dos años. No atravesó ningún órgano vital, pero perdí tanta sangre que me desmayé. Ya sabes que soy un torpe.

Estaba bromeando, pero algo había cambiado en el tono de su voz y Kendall entendió que ese juego estaba dejando de ser divertido.

La cicatriz del labio también era reciente. Su vida era un enigma para ella y había llegado el momento de saber más. De saberlo todo.

—¿Te han disparado alguna vez? —le preguntó.

Él negó con la cabeza.

—No, gracias a Dios.

Kendall respiró aliviada…

Hasta que Hud continuó.

—Aunque sí han disparado a mi cámara. Tres agujeros, para ser exactos. En Guatemala, en El Salvador y en Texas. Mirabella me ha salvado la vida muchas veces.

Él estaba intentando abrirse, compartirlo con ella, hacerle sentir que no sólo ella tenía cicatrices, pero lo único que estaba consiguiendo realmente era recordarle a Kendall que mientras que

ella soñaba con ver la Torre Eiffel algún día, él ya había vivido una vida que parecía sacada de una novela de aventuras.

Ella llevaba protector solar cada día, no conducía, se aferraba a su casa, a su trabajo, a su mejor amiga y a su comunidad. Él, por el contrario, miraba a la muerte de cara cinco días de cada diez.

Y se había enamorado de él, del hombre que menos podría encajar en su forma de vida. Lo único que los esperaba eran dos corazones rotos, despedidas y promesas que ninguno de los dos podrían cumplir.

—¿Y cuándo vuelves?

—¿Adónde?

—Allí, adonde sea. Al mundo de los disparos, de los postes y de los viajes largos. A tu vida real.

El le acarició la mejilla y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Me han mandado una carta pidiéndome que responda exactamente esa pregunta y también me han enviado un mensaje al móvil. No me extrañaría que una paloma mensajera se presentara en mi puerta un día de éstos. Quieren que participe en un reportaje.

—¿Dónde?

—En el norte de África.

—¿Cuándo?

—La semana que viene.

—Entonces, ¿cuándo...? —se detuvo un momento—. ¿Cuándo tienes que decidirte?

—Si dependiera de Voyager, ahora mismo.

Eso no era una respuesta y ambos lo sabían.

—¿Y tu libro? ¿Tienes que acabarlo primero?

Arrugó los ojos cuando se detuvo a pensar antes de responder.

—Sí, preferirían que sí.

—Vale —dijo e hizo todo lo que pudo por esconder su dolor. Hud se marchaba, aunque, por otro lado se recordó que eso era mejor que recibir una llamada un día diciendo que había muerto realizando algún documental. No, ella no podría vivir así—. ¿Por qué no hacemos lo que se supone que deberíamos estar haciendo y nos vamos al salón para terminarlo? Así podrás tomar una decisión sin sentirte presionado por el tema del libro que tienes pendiente.

Se levantó y llevó su bolsa al salón esperando que no le relatara más cosas sobre visados y asuntos de aduanas. Esperando que, al menos, la respetara lo suficiente como para contarle la verdadera

historia antes de irse.

¿Sin sentirse presionado? Tonterías. Ya sentía la presión tomando forma dentro de él: Voyager, Grant y el resto del equipo. Tía Fay, Saffron, Taffy, Kendall e, incluso, él mismo.

Se reunió con Kendall en el salón, sin saber qué debería decir.

Ella estaba sentada en su sitio habitual y se había recogido el pelo en una coleta alta. Descansó los dedos sobre el teclado y lo miró al decir:

—Estoy lista para que me dictes, señor Bennington.

Hud vaciló. Por un lado quería saltar por encima del escritorio y tomarla entre sus brazos y por otro quería retroceder en el tiempo y no haberla animado a que lo ayudara con el libro. Presión, presión, presión...

Se sentó en el borde del sofá y pudo ver la pantorrilla de Kendall cuando ésta se cruzó de piernas. No podía apartar los ojos de ella. Los músculos se contraían mientras ella movía la pierna hacia— arriba y hacia abajo con esa pantorrilla tonificada con la natación diaria. ¡Qué pierna! Su pierna buena. Incluso a pesar del flirteo y de lo que habían compartido, ella seguía escondiendo las cicatrices y él estaba haciendo exactamente lo mismo. Estaba escondiendo su cicatriz interior.

A lo mejor se trataba de eso. A lo mejor ése era el modo de mostrarle que no era el gallardo aventurero que ella pensaba. Si se sinceraba con ella, si ella sabía toda la verdad, entonces vería que él también era humano.

—¿Estás lista?

—Como siempre.

Hud respiró hondo, estiró el cuello, cerró los ojos y se adentró en el mundo real del que había estado alejándose todo lo posible durante las últimas semanas.

—Aquella noche, la noche de la fiesta, Phil, Grant y Vine se quedaron en el bar. No teníamos que marcharnos hasta dos días más tarde, cuando nos recogería una furgoneta para llevarnos a Bogotá, pero yo quería comprobar que la nevera de mi habitación de hotel tenía la temperatura adecuada porque antes se había estropeado y tenía dentro algunos carretes de una cámara vieja que me había llevado.

Kendall se aclaró la garganta y él fijó la mirada en la mesa de café que tenía delante. Esa mesa representaba a su familia, algo

sólido, y eso lo ayudó a continuar.

—Recuerdo el olor de los pollos, de la basura, de la cerveza, de verduras pasadas, de madera podrida. Y, por encima de todos esos olores, recuerdo el aroma de la lluvia que se avecinaba.

Estaba cerca. Cerca de ese momento que había supuesto una sacudida para su memoria y lo había hecho detenerse cuando, estando en Londres, había intentado hablar con profesionales, con compañeros de trabajo, con amigos…

—Que se avecinaba… —repitió Kendall con voz dulce y suave para animarlo a continuar.

Él la miró, le atrapó la mirada y tomó fuerzas de ella.

Kendall sonrió y asintió con la cabeza. «Sigue», le dijo en sus adentros. «Puedes hacerlo».

—Olía a sudor, a sudor de hombre, como si alguien hubiera pasado por delante de mí. Pero no lo habían hecho, se habían quedado detrás de mí. Me giré y vi un arma que me golpeó el cráneo; me dolió más todavía cuando caí al suelo. Saboreé la sangre, un sabor metálico y salado mezclado con barro. Y luego nada. Oscuridad. Un agujero negro.

—Hud —lo miró y él pudo sentir esa cálida mirada de preocupación arropándolo como si fuera una manta.

El ácido sabor en la boca y el atronador latido en su cabeza se disiparon al verla.

Ella era su bella distracción.

Su ancla.

Su razón para superar aquello.

—Me desperté. Me estaban arrastrando, podía sentir la áspera tierra bajo mis pies. El sonido de los disparos rompió el silencio y sentí el metal de la pistola en mi sien: me habían secuestrado.

—¿Sabían quién eras?

—Llevar un pase de Voyager suele ser tan útil como llevar una cruz roja en tu espalda, pero dos tercios de los secuestros que se producen en el mundo se dan en Colombia.

—¿Quién te hizo esto?

—Los «protectores» locales que tal vez pensaban que nuestra presencia allí le haría ganar demasiado dinero a los Salinas.

—¿Te… te hicieron algo más?

—Estuve bajo su «cuidado» durante ocho días. Sin comida, con poca agua y atado de pies y manos en una cabaña llena de fango. Entonces un día me encontraron en un callejón en Salento,

inconsciente, con el labio sangrando. Me habían soltado. ¿Quién sabe por qué? Me desperté en un hospital en Londres con lagunas de memoria. Y eso es todo.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que Kendall había dejado de teclear. Tenía el codo apoyado en la mesa y se cubría la boca con la mano. Las lágrimas se deslizaban por su rostro.

Se levantó y fue hacia ella. Había llegado a Saffron para hacer lo que Voyager le había pedido, pero jamás se habría esperado aquello. Jamás se habría esperado ver lo que le había ocurrido a él a través de los ojos de otra persona. De alguien que, obviamente, se preocupaba por su bienestar; se preocupaba de que regresara a casa sano y salvo. Jamás había visto que nadie se interesara tanto por su vida y él tampoco había sentido eso por otra persona. De pronto, todo aquello le pareció demasiado.

—Hud, lo siento —dijo ella, tratando de no llorar y tecleando desesperadamente sobre el ordenador—. Continúa.

—¿Para qué? No hay ningún acuerdo para el libro.

—No hay... ¿cómo has dicho?

—Me han hecho ofertas, pero no hay ningún contrato. La idea de que la gente lea cómo unos hombres que medían la mitad que yo me arrastraban por el fango como si fuera un muñeco de trapo no me atrae mucho. La idea de que me retrates de ese modo no me gusta demasiado. Kendall... No soy quien crees que soy.

—¿Y qué crees que pienso yo?

—Que soy el chico que puede hacerte olvidar a George.

—¿Qué te hace pensar que quiero olvidarme de George? Lo amaba. Era mi mejor amigo, mi familia. Jamás lo olvidaré.

—Entonces, ¿qué puedes ver en mí? Si buscas un novio, yo no soy el adecuado. He estado solo toda mi vida y esa forma de vida es la única que conozco. He viajado durante quince años y no puedo imaginarme viviendo en un mismo lugar más de tres meses. Alguien me pidió que lo hiciera una vez; una mujer, una mujer increíble, y no pude hacerlo.

—Vale, ya entiendo, entonces has estado aquí haciendo tiempo. Estás deseando marcharte, ellos quieren que vuelvas, así que ¿por qué no te vas ahora mismo? Mejor todavía, ¿por qué decidiste venir aquí en un principio?

Él tomó aire dos veces y pensó bien antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse.

—Volví aquí para hacer un pequeño paréntesis en mi vida,

Kendall. Y no me arrepiento en absoluto porque, de lo contrario, no te habría conocido.

Ella alzó las manos al aire y echó la silla hacia atrás produciendo un fuerte chirrido.

—¡No conocerme no habría marcado ninguna diferencia en tu vida! ¡Nada! Te marcharás de todas formas y yo me quedaré aquí, con mi trabajo que no entraña peligros y mi rutina donde la parte más emocionante y brillante del día consiste en un baño a escondidas en una piscina.

Se levantó.

—Lo único que quería era que fueras sincero conmigo, pero ni siquiera estoy segura de que puedas ser sincero contigo mismo. Tú vives de avión en avión y detrás de la lente de tu cámara, pero luego hablas de Tía Fay, de tus padres y de Grant con tanta ternura que sé que significan para ti mucho más de lo que tú te das cuenta.

—Vale, ¡como si tú hubieras sido sincera conmigo desde el primer día!

—Bastante más de lo que tú has sido conmigo, lo cual demuestra que he sido una completa idiota. ¿Qué crees que soy, Hud? ¿Una ONG? ¿Una pobrecita chica de pueblo con la que puedes jugar hasta que se acabe tu «paréntesis»?

—Kendall, no intentes eso conmigo.

—¿O qué? —tenía las mejillas encendidas y allí de pie, mirándolo, le infundió tanta energía que Hud no supo bien cómo controlarla.

—O te volveré a besar. O peor, te tomaré en brazos y te llevaré a ese sofá para hacerte exactamente lo que esos expresivos ojos que tienes me han estado pidiendo durante días.

—¡Ja! ¿No crees que a estas alturas ya me he dado cuenta de que hablas mucho y no haces nada? ¿Acaso lo estaba retando a...?

—Y además estás emocionalmente bloqueado. Lo supe desde el primer momento que miré a esos tristes ojos color avellana y, aun así, mordí el anzuelo como una estúpida. Una estúpida. Me lo merezco, todo. Una lección. Eso es lo que has sido para mí. Una gran e importante lección.

Hud estaba impactado de sentir que lo único que seguía queriendo hacer era besarla apasionadamente.

—¿Así que estoy emocionalmente bloqueado? No creo que estés preparado para oír la profundidad de mis verdaderas emociones en este momento, Kendall.

—Prueba.

Jamás había deseado tanto besar a una mujer, hacerle el amor hasta que ella pronunciara su nombre entre sollozos.

Kendall enarcó una ceja como diciéndole: «Venga, prueba, adelante». Pues muy bien, ella lo había querido.

Se acercó más a Kendall, caminando despacio deliberadamente.

—¿Y si te dijera que ahora mismo mis emociones tienen muy poco que ver con experiencias en países lejanos y muchísimo más que ver contigo?

Ella parpadeó varias veces antes de decir verdaderamente impactada:

—Me taparía los oídos y diría «la, la, la» bien alto hasta que las voces de dentro de mi cabeza dejaran de convencerme de que yo siento lo mismo por ti.

Hud la tomó de los brazos y la llevó hacia él. Su piel resultaba extremadamente suave bajo las palmas de sus manos, su pelo olía a aire fresco y su cuerpo a algo dulce y excitante a la vez.

Ella se puso de puntillas y lo miró a los ojos; sus ojos azul grisáceo brillaban de atracción y de algo mucho más profundo y peligroso.

Victoria.

Capítulo 12

LOS OJOS de Hud eran oscuros y bellos. Kendall sólo podía pensar en la palabra «bello» mientras él le cubría el cuello de besos.

—Te deseo, Kendall. He querido esto desde el primer momento que te vi. Me vuelves loco.

—Hud —dijo ella, apartándose y presionando los puños contra su pecho—. Hud, espera.

Él se apartó respirando aceleradamente. Tenía los ojos brillantes, los labios humedecidos y el resto de él era demasiado bello como para describirlo con palabras. Demasiado bello para ella.

—¿Qué pasa?

¿Por dónde podría empezar?

Comenzó por sentarse en el sofá, ya que le temblaban las rodillas. Descansó las manos sobre su regazo y miró hacia la preciosa mesa de café recordando que ella no era una chica lo suficientemente atrevida y dura como para poner los pies encima.

—Siempre le pongo las tapaderas a los bolígrafos después de usarlos, miro tres veces antes de cruzar, aprieto la pasta de dientes desde el extremo final para aprovechar cada tubo al máximo. No nos parecemos en nada.

El asiento que tenía al lado se hundió cuando Hud se sentó.

—No soy tan distinto a ti, Kendall.

—Por favor —se mofó ella—. Tú vives al límite, eres completamente distinto a mí.

—Yo no entro en edificios en llamas, jamás me quedaría en primera línea de fuego para sacar la foto perfecta. Soy muy protector con mi cuerpo. Llevo chalecos antibalas cuando tengo que hacerlo y eso han sido ocho ocasiones en todos mis años como fotógrafo. El año pasado, aparte de Colombia, he fotografiado habitantes de Utah, la flora y la fauna del Zambezi, el interior de salas donde se llevan a cabo tratamientos de fertilidad en Londres y otros lugares carentes de peligro.

—Pero Colombia...

—Lo que ocurrió allí no es lo habitual.

—Entonces vas a volver —no fue una pregunta.

—No... Aún no he tomado una decisión, pero aunque lo hiciera, no sería capaz de alejarme de este lugar sin más —la voz se le quebró ligeramente cuando añadió—: Kendall, no quiero perderte

—extendió la mano y la posó sobre su mejilla—, así que ¿qué te parecería si me instalara aquí, en Claudel, en lugar de quedarme en mi apartamento de Londres?

Kendall se centró en la boca de Hud. ¿Realmente había sugerido...?

—¿Te mudarías aquí de verdad? ¿Vivirías aquí? ¿De manera permanente?

—Podría.

—¿Y cuánto tiempo pasarías aquí?

—Ocho o nueve semanas al año.

¿Ocho o nueve semanas? La euforia que se había apoderado de Kendall durante quince segundos se apagó al instante.

Y él debió de apreciar su reacción porque inmediatamente añadió:

—Y tal vez podrías venir a verme y reunirnos en Londres; además, desde allí estamos a tiro de piedra de cualquier otro país en Europa.

La oferta era terriblemente dulce, terriblemente tentadora y también terriblemente injusta. Porque él era un hombre bello, libre e intrépido y ella estaba atrapada en un cuerpo que jamás estaría completo y que siempre se quedaría atrás.

—No te imaginas lo mucho que aprecio tu oferta, Hud. De verdad, pero nunca funcionaría.

Hud agachó la cabeza. Pasó del entusiasmo a la decepción en un instante.

—«Nunca» es una palabra que no puedo aceptar. Cuando estoy contigo, Kendall, todo lo demás se desvanece, y estoy seguro de que tú sientes lo mismo.

—Hud, yo...

Él alzó una mano.

—Yo... yo sé que he intentado ignorar esto varias veces, pero desde el incidente en Colombia, he dejado de ser yo mismo. No he podido dormir por las noches, no he podido concentrarme en nada y me he vuelto más protector conmigo y con mi espacio.

Se detuvo, tragó saliva y la miró con tanto deseo que Kendall apenas acertaba a pensar en nada.

—Lo que intento decirte es que me he acostumbrado a tenerte aquí, cerca de mí, y no quiero perderte.

«Y yo no quiero perderte a ti», pensó ella, pero no podía pronunciar esas palabras, sólo servirían para presionarlo más. Lo

que él le estaba ofreciendo era algo mucho más grande de lo que ella podría haberse imaginado encontrar en la aletargada Saffron, pero ahora que había probado más, ahora que sabía lo profundamente enamorada que estaba de él, esa oferta no le parecía suficiente.

—Hud —le dijo eligiendo la razón menos complicada, de las muchas que tenía, por la que no podía aceptar—, ocho o nueve semanas con un viaje a París una vez al año podría haber sido la respuesta a todos mis sueños si yo fuera otra clase de chica, pero un día te enviarán a Colombia o a algún otro sitio parecido... No puedo estar con un hombre sin estar segura de si regresará después de un día de trabajo o no. Ya perdí al hombre que amaba y no quiero volver a pasar por ello.

—¿Estás diciendo que me quieres, Kendall?

Sí que lo amaba. Ella lo había sabido desde hacía días, ¿cómo no iba a hacerlo? Hud era absolutamente fabuloso y maravilloso, además de rico, exótico y vital.

Continuó, teniendo más cuidado con las palabras que elegía.

—Lo que estoy diciendo es que verte partir hacia lugares peligrosos me haría pedazos y no quiero tener que volver a recuperarme de algo así. Ya lo he tenido que hacer y sé lo duro que es ese proceso.

—¿Y eso es todo? —preguntó él con la voz rota—. ¿Esa es tu respuesta final?

—Es la única respuesta que tengo. Lo siento.

Se levantó con las rodillas incluso más temblorosas que antes, fue hacia el que se había convertido en su escritorio, cerró el portátil y metió sus cosas en la bolsa.

Hubo un silencio absoluto.

Se giró y encontró a Hud de pie, mirándola con los párpados caídos, antes de acercarse a ella lentamente. Kendall contuvo la respiración esperando que se arrodillara y le suplicara, que le dijera que la amaba desesperadamente, que le hiciera creer que ella también podía ser libre y bella.

Sin embargo, él simplemente la besó en la mejilla, bañándola en el aroma a sándalo que siempre le recordaría a él. Después, se quedó de pie, con las manos en los bolsillos, mirándola mientras se alejaba.

Hud pasó los dos días siguientes haciendo lo que debería haber

hecho desde un principio: trabajando más intensamente de lo que había trabajado en su vida, limpiando y clasificando muebles y objetos, quitando viejas sábanas y barriendo, abriendo ventanas chirriantes y dejando que el aire fresco y la luz del sol inundaran la casa.

El viento transportaba los aromas del verano: madreselva, rosas y pino. Un aroma que siempre le recordaría a una testaruda joven pelirroja que había pasado por su vida como una estrella fugaz. Brillante.

Se preguntó dónde estaría en aquel momento. ¿Sentada detrás de su escritorio de formica trabajando? ¿Tomando café con Taffy en el pueblo? ¿Nadando en su piscina? También se preguntó si volvería allí y esperaba que lo hiciera porque estaba loco por ella. Se lo había hecho saber, pero al parecer ella no lo amaba lo suficiente como para, al menos, esperar y ver si merecía la pena continuar con lo que tenían.

No obstante, no se sentía ni enfadado ni desilusionado por no volver a verla porque directamente no se creía que eso pudiera suceder. Era imposible que su sirena y él hubieran terminado. ¡Si apenas habían empezado!

Mientras continuaba con su ataque de limpieza en los cajones del escritorio de Tía Fay, encontró un tesoro: postales de sus padres. En cuanto las vio atadas con un cordel rojo dentro de una pequeña caja de madera, las recordó con tanta claridad como si las acabara de recibir.

Se sentó y las leyó en orden. Al menos había una a la semana por cada verano que había pasado en Claudel. En ellas sus padres le contaban aventuras y descubrimientos, pero sobre todo le preguntaban cómo — estaba y le decían lo mucho que lo echaban de menos y lo que les gustaría regresar a casa antes de lo esperado.

Una de esas postales había llegado adjuntada a su primera cámara; había sido un regalo de su padre con la condición de que él sacara fotografías de sus propias aventuras en la casa de Tía Fay.

—Maldita sea —les dijo a las paredes, porque allí no había nadie más para escucharlo, nadie más que entendiera el significado de esas postales ni el inmenso peso que se había quitado de encima al recordar momentos importantes que habían dado forma a su vida.

Kendall tenía razón, la memoria era voluble. El saber cosas no era algo tan poderoso como el registrarlas; de ahí los libros, la poesía y demás obras de cientos de años de antigüedad, cartas de

amor, certificados de matrimonio, artículos de noticias, diarios, postales, fotografías...

Ese era el único modo en que los recuerdos podían perdurar. El modo en que el significado de las cosas podía realmente ser preservado.

Se imaginó el día en que él mismo no fuera más que una imagen en la cabeza de Kendall, en que ella tuviera un recuerdo borroso y equivocado del tiempo que habían pasado juntos.

Sí. Kendall tenía razón, pero no en todo... Y en ese momento la energía de Hud se centró en un nuevo objetivo.

—¡Tienes correo! —gritó Taffy.

—Tráemelo —le pidió Kendall desde el sofá en el que prácticamente había vivido los tres últimos días.

—Ven tú a por él.

Kendall apartó a Orlando de su tripa, lo puso en el suelo, se levantó y fue hacia la entrada donde una carta con su nombre escrito yacía sobre una pila de facturas.

La levantó y le dio la vuelta, pero no había remite.

—¿Has traído esta carta de la oficina de correos?

—No —le respondió Taffy que iba hacia la cocina—. La he encontrado debajo de la puerta.

La mano de Kendall comenzó a temblar mientras abría el sobre y sacaba el contenido. No tenía duda de quién era. Si se trataba de una carta de despedida...

Dentro había fotografías. De ella. Estaba sentada en el borde de la piscina con las piernas colgando dentro del agua y con una apacible sonrisa en la cara.

Había fotos de sus ojos, de sus pies, de sus manos y de sus piernas, que parecían una cola de sirena bajo el agua. Pero sobre todo había fotos de su cara, mirando hacia abajo con las pestañas haciendo sombras sobre sus mejillas. Mirando hacia un lado, con un color de ojos vibrante por el reflejo de la luz de la piscina. Casi parecía hermosa.

—¡Jesús! —susurró Taffy a su lado. Kendall alzó la vista, no se había dado cuenta de que su amiga había regresado a la entrada.

—¿Cuándo te has hecho estas fotos?

—No he sido yo. Yo... Hud. Debió de sacármelas cuando yo no miraba.

—Jesús —repitió Taffy con veneración.

Kendall deslizó un dedo sobre la imagen de su cara, de su sonrisa. Ese día había estado sonriendo porque había estado pensando en él. Había estado soñando despierta. Había sido un momento de plena dicha y él había estado allí, lo había visto y lo había capturado para siempre.

Había registrado ese momento para que ella no pudiera olvidarlo jamás.

Vio un ligero abombamiento en la foto y le dio la vuelta. Tenía la fecha escrita y una nota de Hud: «La mujer más bella que he conocido nunca».

Kendall sintió los ojos llenándosele de lágrimas justo antes de que le borraran la visión completamente.

—Kendall, cielo, ¿estás bien? ¿Hay algo que pueda hacer…?

—¡No! —respondió Kendall tan fuerte que Taffy se sobresaltó—. Perdona, pero yo soy la única que puede hacer algo. Soy yo la que lo ha estropeado todo. Soy yo la que lo ha alejado justo cuando más me necesitaba, como hice con otros chicos después de lo de George. Me duele mucho saber cuánto daño les hice a otras personas cuando él murió.

—A algunas personas también nos duele verte sufrir a ti, cariño, pero esta última semana te he visto más feliz que en todos estos años. No te rías cuando te diga esto, pero es como si hubieras florecido delante de mis ojos.

Kendall sonrió entre lágrimas.

—Y me imagino que eso es gracias a Hud, ¿no? Kendall asintió.

—A Hud y a las cosas de las que me ha hecho darme cuenta sobre la vida, sobre mí y sobre… el amor.

—¡Oh, creo que voy a llorar! —dijo Taffy aunque ya era demasiado tarde. Tomó unos pañuelos de papel de la mesa de la entrada y se sonó la nariz.

—No hagas que me ría. Esto es horrible. Este hombre es… maravilloso y yo he sido una auténtica imbécil.

Taffy no dejaba de sollozar… tanto que Kendall tuvo que abrazarla para intentar reconfortarla.

—Creo que debería irme.

Inmediatamente, Taffy se apartó. Kendall tenía un plan.

Hud estaba sentado en el tercer escalón de una escalera de hierro forjada que conducía quién sabía adónde y con la nariz enterrada en las últimas páginas de *Enrique V*, en el corazón de la

escena del cortejo.

Aquel lugar no sólo lo había ablandado, también lo había convertido en amante de Shakespeare, aunque tal vez eso lo mantendría en secreto.

Alguien llamó a la puerta.

Dejó el libro en las escaleras y fue hacia la puerta principal.

—Kendall.

Allí estaba, resplandeciente, con su típico atuendo y el pelo medio recogido, con mechones cayéndole a ambos lados de su hermosa cara.

Apoyó una mano en la cadera y le dijo en tono acusatorio:

—He recibido tu carta esta mañana.

—¿Carta?

Ella se apartó el pelo de la cara y alzó la barbilla.

—Estas fotos. Son tuyas, ¿no? y encima el mensaje en la parte de atrás...

—Eres la mujer más bella que he visto nunca.

—Oh —dijo ella perdiendo de inmediato ese gesto desafiante—. No... No sé qué decir.

—No digas nada. Con tal de que lo sepas, ya soy feliz.

Asintió y entonces él supo que no se había equivocado y que aquel día Kendall no lo había escuchado realmente, que no había captado lo mucho que significaba para él. Pero gracias al amor de sus padres, que había recordado al leer las postales, había tenido una segunda oportunidad y no iba a dejar que se echara a perder.

—¿Te han gustado?

Ella tragó saliva.

—Son... son preciosas. De verdad. Hacía mucho tiempo que no me sentía hermosa. No tienes ni idea del regalo que esto supone. Del regalo que tú supones para mí —añadió con voz temblorosa.

Entonces sacudió la cabeza y movió los pies inquieta. Hud pensó en su pierna; debía de haber ido hasta allí caminando y hacía calor, no se habría molestado en hacerlo si no hubiera tenido algo que decirle.

—¿Pasas?

Entró y esperó en el recibidor, con las fotos en el puño, mientras Hud cerraba la pesada puerta.

—Hud, yo...

—Kendall...

Hablaron al mismo tiempo.

—Tú primero —propuso ella.

—Iba a decir que jamás habría hecho ninguna foto ese día si no hubiera sido por ti. Tú me diste ese regalo. Me impulsaste a hacerlo, me inspiraste, me diste la energía y la fuerza suficiente para salir adelante como no había logrado hacerlo en meses.

—Es muy dulce por tu parte...

La interrumpió otra vez.

—Yo no soy dulce, Kendall. La verdad es que soy tosco, cabezota y tenaz y precisamente por eso no pienso dejarte marchar otra vez.

—Bueno, estoy aquí ahora, ¿no? —le dijo con voz suave e increíblemente sexy.

—Sí. Y eso me hace el imbécil más afortunado del mundo. Lo que te propuse el otro día es horrible y tenías toda la razón al marcharte. Soy nuevo en esto... en esto del amor.

—¿En esto del amor?

—Desde el momento en que te vi en la casa de la piscina como si me hubiera topado con mi propia sirena, quedé cautivado. Y desde entonces, a medida que te he ido conociendo, que he visto que tienes un gran corazón, que me has abierto la mente y me has enseñado a ver el mundo de otra forma, sigo impactado.

Se acercó a ella y le tomó la mano. Kendall se guardó las fotos en la parte trasera de la falda y puso la otra mano encima de la de él. Estaba temblando.

—Kendall, estoy dispuesto a hacer lo que sea para tenerte en mi vida porque ésa es la única vida que quiero tener. Estoy enamorado de ti.

Ella tragó saliva mientras las lágrimas se iban acumulando en sus ojos abiertos de par en par.

—Amo la fotografía, amo viajar, pero también amo este lugar, amo los recuerdos que esconde. No necesito trabajar, pero sí necesito mantenerme ocupado, sentirme inspirado, seguir probando cosas nuevas. Y siempre puedo hacer todo esto sin estar trabajando para Voyager.

—¿No vas a irte a África?

—No es seguro, pero ya he enviado mi carta de renuncia a Londres. Puede que vaya a África, pero sólo si tú vienes conmigo. No has tenido vacaciones en tres años y eso se merece unas vacaciones de al menos tres meses.

—¿Cómo sabes que no he tenido vacaciones?

—Taffy me lo dijo.

—Claro, ¡cómo no!

—Ven conmigo, Kendall.

Ella abrió la boca y su primera intención fue decirle «no puedo», pero en lugar de hacerlo, cerró la boca, lo miró a los ojos y le dijo:

—Me encantaría.

Sin pensarlo, él la levantó en brazos y comenzó a dar vueltas sobre el suelo blanco y negro.

Ella se rió tan fuerte que Hud pudo sentir esa risa vibrando contra su pecho. Entonces, se detuvo y la dejó en el suelo, con el cuerpo pegado al suyo.

—He venido a decirte que estoy enamorada de ti, Hud. Los dos últimos días han sido terribles, pregúntale a Taffy la próxima vez que la veas, estará encantada de darte todo tipo de detalles.

—Lo haré —dijo él sonriendo.

—Sé que es una locura, pero creo que te quiero desde que te miré a los ojos en la piscina. Eres distinto a todas las personas que he conocido, pero de algún modo también eres parecido a mí. Es como si desde el primer momento que te vi no hubiera tenido opción.

—¿Me estás diciendo que me quieres porque te recuerdo a ti?

—Podría ser —dijo ella con una pícara sonrisa—. O también podría ser por esos brazos tan sexys que tienes, o por esas manos que hacen magia cada vez que me tocan, o tal vez podría ser por tu manera de besar. ¿Estás seguro de que no te has traído alguna poción mágica de alguno de tus viajes?

—Si lo hice, te aseguro que en ese lugar de donde la traje aún queda mucha más magia.

—En ese caso, inclúyeme.

—¿Que te incluya?

—En tu vida. Si me quieres, soy completa y absolutamente tuya. Te elijo a ti, Hud.

—Vaya, pues es toda una casualidad porque yo también soy tuyo y también te elijo a ti.

Agachó la barbilla y reiteró con un beso todo lo que le había dicho y todo lo que sentía.

—Te amo, Kendall —dijo cuando finalmente se apartaron.

—Y yo a ti, Hud.

Epílogo

KENDALL se encontraba en la cima de una colina en el pueblo amurallado de San Gimignano, en Italia.

La pierna le dolía horrores después de haber subido hasta allí. Cerró los ojos y se tomó un momento para estirarse. Para respirar.

Entonces los abrió y se vio frente a las colinas multicolores de la bucólica Toscana; una imagen tan poética que se quedó sin palabras.

Había rellenado tres nuevas libretas rojas durante los últimos tres meses en los que había viajado por África y Europa, teniendo especial cuidado de añadir todos y cada uno de los fascinantes detalles correspondientes a las maravillosas cosas que había visto, ya que sabía que su mente estaría tan abarrotada que se olvidaría del noventa y nueve por ciento de ellas.

Y ahora que Voyager Enterprises quería editar unos libros ilustrados de gran formato con sus recuerdos escritos a mano bajo las fotografías de Hud, sentía que su mundo había dado un giro completo.

El clic de una cámara la hizo salir de su ensueño. Se giró y se encontró a Hud, a su Hud, a unos metros de ella y apuntándola con Mirabella.

Se puso una mano delante de la cara y le dijo:

—Para. Estás en la Toscana, Hud. Hay un billón de cosas mucho más interesantes para fotografiar que yo.

A través de sus dedos separados pudo verlo soltar la cámara y dejarla colgando junto a su pecho.

—Dime una.

Ella dejó caer la mano y deseó haber tenido una cámara para capturar su pelo oscuro azotado por el suave viento, la fuerza del color avellana de sus ojos y la energía latente bajo su piel, que parecía alcanzarla a ella.

Tragó saliva antes de poder decir:

—Por ejemplo, ese precioso y antiguo cine al aire libre que hay allí. Y todos esos limoneros. Y…

Las largas piernas de Hud lo llevaron junto a Kendall en tres zancadas, que dejó de hablar y lo rodeó por la cintura con un brazo mientras él la atraía hacia sí.

—¿Qué he hecho para merecerte? —preguntó Kendall.

—Me has amado.

—¿Eso es todo? —preguntó ella aún asombrada, a pesar de que hubieran pasado tres meses, de que todo aquello fuera real. De que él fuera real. De que la deseara y la amara tanto como ella a él.

—Eso es todo —le dijo antes de darle un tierno beso en la punta de la nariz.

Pero como de costumbre, una muestra de cariño tan dulce y tierna no fue suficiente. Hud agachó más la cabeza y la besó, recordándole a Kendall lo que vendría después: otra noche en una cama extraña, en una ciudad extraña, a miles de kilómetros del lugar en el que siempre había pensado que acabaría, pero en los mismos brazos en los que sabía que dormiría durante el resto de su vida.

Fin